Carlos Taibo

Historias antieconómicas

CATARATA

Carlos Taibo

Historias antieconómicas

CATARATA

Carlos Taibo

Profesor de Ciencia Política, durante treinta años, en la Universidad Autónoma de Madrid, entre sus últimos libros se cuentan Anarquistas de ultramar (Los Libros de la Catarata, 2018), Ante el colapso. Por la autogestión y por el apoyo mutuo (Los Libros de la Catarata, 2019) y Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo (Los Libros de la Catarata, 2020; 4ª edición actualizada).

Carlos Taibo

Historias antieconómicas

© Carlos Taibo, 2020

© Los libros de la Catarata, 2020

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

HISTORIAS ANTIECONÓMICAS

isbne: 978-84-9097-998-3

ISBN: 978-84-9097-979-2

DEPÓSITO LEGAL: M-12.784-2020

THEMA: KCS/JPFB

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente pos ible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir p artes, se haga constar el título y la autoría.

creative commons

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Au toría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términ os de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor. Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonComm ercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http:// creativecommons.org/ licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta.

Para Iruca, que não pôde ler estas páginas

PRÓLOGO

En esta obra no se habla —no se preocupe usted— del coronavirus y de su entorno. Creo yo, sin embargo, que las historias que recoge arrojan alguna luz sobre cuáles han sido los criterios y los valores que nos han conducido a lo que cabe entender que es la antesala del colapso en forma de pandemia. Y, también, sobre cuáles son algunos de los remedios que estamos llamadas a invocar al respecto, de la mano de actitudes que colocan el apoyo mutuo y la vida en el centro.

El propósito de este libro es recuperar un puñado de hist orias, de relatos breves, de anécdotas, de chistes, de apre ciaciones, de juicios, que mal que bien rompen con la lóg ica económica dominante. Esas historias procuran colocar lo colectivo por encima de lo individual, rehúyen la identificación entre consumo y bienestar, otorgan más relieve al tiempo que al dinero, recelan de las virtudes del trabajo que nos imponen, llaman la atención sobre las discriminaciones que padecen tantas mujeres, subrayan el escenario tétrico que sufren los animales, se interesan por prácticas de solidaridad y apoyo mutuo, o recuerdan las miserias que rodean a nuestro muy precario conocimiento del lugar en el que estamos.

Disculparán ustedes que me incline por medio esquivar la discusión relativa a las virtudes, y a las taras, que rodean a lo anecdótico . No sé si fue Azaña quien dijo de Ortega, u Ortega quien dijo de Azaña —más probable resulta lo primero—, que confundía las ideas con las ocurrencias. Me parece a mí que no está de más, si la fórmula se despliega con talento y con mesura, alentar esa confusión. Muy a menudo sucede que una historia bien tramada arroja más luz sobre la realidad que la que aportan sesudas y complejas teorizaciones, y ello por mucho que sea cierto que al amparo de esa historia corremos el riesgo de perdernos en lo que hace a la comprensión de imaginables esencias. Lo aparentemente trivial puede fortalecer nuestro

acercamiento a esas esenci as y acrecentar nuestra capacidad de comunicación de lo que significan. Puede abrirnos los ojos y puede invitarnos a profundizar, también, en materias que en otras circunstancias a duras penas nos habrían atraído. Creo al respecto que llevaba razón José Saramago cuando se sirvió afirmar que “es verdad que la metáfora se nos presenta como una iluminación diferente de las cosas. Como una luz rasante que ilumina el relieve de una pintura. La metáfora es un presentimiento del saber total” [1] . Si nos preguntamos, por lo demás, qué es lo que buscamos en una historia, imagino que las previsibles respuestas sugerirán que procuramos tres ganancias: arrojar luz sobre la realidad, reírnos o, en fin, emocionarnos. En estas páginas me daría más que por complacido si encontrasen alguna satisfacción los dos primeros de esos objetivos.

Mucho me gustaría poder contarle al lector que el procedimiento maestro que ha conducido a la elaboración de esta obra partió de la identificación de un puñado de materias que merec ía la pena encarar para, a continuación, buscar las historias que permitirían ahondar en los rasgos y en la condición de aquéllas. Infelizmente los hechos no han discurrido conforme a ese patrón. Y ello ha sido así por cuanto, acaso por impericia mía, el número de historias que he conseguido recopilar era reducido, o al menos así me lo ha parecido, de tal manera que no ha quedado otro remedio que partir de estas últimas para perfilar un todo razonablemente compacto. Creo que, pese a que el procedimiento no era el mejor, el resultado final no es en modo alguno desdeñable. Por las páginas de este libro pasan, como pronto podrá comprobarse, las materias que antes he mencionado, y algunas más. He preferido, por otra parte, dejar las historias tal cual las recibí, aun a sabiendas de que en algunos casos arrastran sus contradicciones, como lo revelan, y propongo un ejemplo entre varios, consideraciones muy lúcidas sobre tramas económico-financieras deleznables acompañadas de un franco olvido de los derechos de los animales. Si en esta obra no hay —lo reitero— un plan previo que he procurado rellenar con historias, sino historias para las que he buscado, a regañadientes, un plan, bueno será que precise que el libro puede leerse en el orden, rayueliano, que quien se acerque a estas páginas dé por bueno. Nada, o muy poco, se pierde, en otras palabras, si los textos se afrontan cada uno por separado y en el orden que se desee.

Co nviene que agregue que uno de los requisitos que debían satisfacer los textos incluidos en esta selección era su carácter breve, algo que a buen seguro ha reducido sensiblemente el tamaño de la muestra de historias seleccionables. Me he permitido, por añadidura, introducirlos y comentarlos con apreciaciones personales —el capricho alcanza, por cierto, a la inclusión de alguna de esas historias, como supongo no podía ser de otra manera—, consciente, aun así, de que no estoy a la altura de lo que reclamó en su momento Menéndez Pelayo: “Hay muchos modos de contar una anécdota: reducida a sus términos esquemáticos, como en la Disciplina clericalis o en el Libro de los exemplos , no tiene valor estético alguno. El genio del narrador consiste en saber extraer de ella todo lo que verdaderamente contiene; en razonar y motivar las acciones de los personajes; en verlos como figuras vivas, no como abstracciones simbólicas; en notar el detalle pintoresco, la actitud significativa; en crear una representación armónica, aunque sea dentro de un cuadro estrechísimo; en acomodar los diálogos al carácter y el carácter a la intención de la fábula; en graduar con ingenioso ritmo las peripecias del cuento” [2] .

Obligado estoy a aclarar, y ya voy terminando, lo que se halla por detrás del adjetivo, antieconómicas , que he decidido incorporar, por detrás del sustantivo historias , al título de esta obra. En modo alguno se me escapa que sería absurdo demonizar la economía como un todo. No faltan, a buen seguro, los profesionales de la disciplina, hombres y mujeres, que se mueven en claves que, heterodoxas y contestatarias, bien pueden estar próximas a aquellas que inspiran muchas de estas historias. Aceptaré de buen grado que la propia formulación de la que acabo de echar mano tiene que ser por fuerza controvertida, no en vano da por descontado, sin asumir la preceptiva discusión al respecto, que existe una economía oficial y ortodoxa que presenta, por añadidura, perfiles claros. Me ha parecido, sin embargo, que, aun a costa de tomar inopinadamente la parte por el todo, la manera más afortunada de retratar el perfil de muchas de las historias que recojo en este libro —no de todas, habida cuenta de que, como se verá, algunas no se relacionan de manera estricta e inmediata con el saber propio de la economía— era la que, pese a todo, invita a identificar una apenas contestada economía oficial que, antes que dar cuenta puntillosa de la realidad, se propone defender contra viento y marea un sistema, el capitalismo, por muchos conceptos indefendible. Esa economía oficial ha encontrado sus portavoces en gentes que, vendidas al poder, promotoras de un lenguaje arcano e impenetrable, y entregadas a un sinfín de premeditadas manipulaciones, disfrutan de un eco mediático poco menos que ilimitado. Y ello por no hablar, claro, de la frecuente inanidad de una disciplina que permite concluir que “un economista es un experto que sabrá mañana por qué no se ha cumplido hoy lo que había previsto ayer” [3] y que nos obliga a recordar que configura un campo singularísimo a cuyo amparo dos personas pueden obtener el premio Nobel tras haber defendido posiciones diametralmente opuestas. El discurso oficial, académico y mediático, es a menudo tan hilarante que en algún momento, cuando trabajaba en este libro, me ha asaltado la idea de que acaso hubiera sido más provechosa una antología de las historias que cuentan los defensores del sistema realmente existente. Serían, en cualquier caso, más divertidas.

Quiero dejar constancia, en fin, de las muchas personas que me han ayudado a perfilar los textos que componen este libro. Empiezo al respecto con la mención de amigos y amigas de Facebook como Adolf Zimmer, Águeda Quiroga, Alexis PM, Alfonso Rodríguez Rodríguez, Alicia Martínez, Álvaro Zafrilla, Ana Manzanedo, Ana Ribeiro, Andrew Morton, Ángeles Martín Domínguez, Antonio Bienvenida, As de Picas, Carlos Barreto, Carlos Lorenz Benlloch, Carlos Parrado, Carolina Terrizana, Cecilia Domech Martínez, Cecilia Gefaell, Cris RB, Cristina Arpiacantora, El Pseudo-arte de un don nadie, Elba Martínez Vargas, Fátima Romano, Germán Muñoz, Gitania piesesnegros, Inma Mine, J. Carlos P. Aguilera, Jessi Fer, Jesús Guardiola, José Carlos Lechado, José Luis Diéguez, José Luis Homedapedra, José Manuel, Juan Carlos el Jevi, Juan Crespo, Leticia Esteban, Luddita del Sur, Luis Morales Oliva, Mar Samos, Marco Turra, María-José Ramos Sabatié, María Sol Castrillón, Meni de Gaia, Mercedes Rodríguez Manzano, MTati Bello Costas, Ninkasi Azkona, Noemí Maza, Pilar Cano, Quique Morales, Ramón Cifuentes, Raquel Vaamonder, Rosa Pera, San Casen, Santi, Silvia Augé, Silvina Ribotta, Txerra Rodríguez, Vicent Cucarella, Vicky Wright y Vir del Pozo. Sigo con el nombre de quienes han formulado sugerencias desde Twitter: Andreu van der Eynde, Barato, Bentham, Bicis solidarias, BlogSOStenible, blopezm, Bonaventrure, Brenda Dayana, Carlos Lorente, Dan, David Álvarez J., David Crystal, Denís Gándara Pumar, Driade, Escritor de soños, Eva Roset, Fco. R. Sánchez G., Fernando Castro, Grrr Gruñido, IldeVrMy, Ismael Peña-López, José Luis Martí, Laurabaia, Lucy Lu, Luz Susana Seoane Ló, Manuel Meseguer, Ms Mikaelson, Nestor Mackno, Oskar Calvo, Raquel, Rastafury, Rayo que no cesa, Río Alam MB, Rosa Pera, Santi, Serxinho, Servei, Tess López, Tomàs de los Santos y las amigas de Virus. Y concluyo con el recordatorio de otras personas o instancias que, lejos de las redes sociales, me han sido también de ayuda, en ocasiones a través de textos que me he permitido reproducir: Arturo de Nieves, la Cooperativa Econoplastas, Elías Milojevi ć , Enrique Falcón, Enrique Flores, Esther Requena, Fernando Esteve, Gustavo Duch, Joel Segarra, María del Carmen Núñez, Mia Men, Rafael Sanz, S., Suso Jares, Tamara Marbán, Tono Cano, Verónica Sánchez y Victoria Aragón.

Como, en suma, salta a la vista que esta obra es manifiestamente mejorable, mucho agradeceré a quienes a ella se han acercado que, si a bien lo tienen, me hagan llegar historias que en sucesivas ediciones puedan contribuir a darle un mayor empaque. Para seguir confundiendo las ideas con las ocurrencias.

Madrid, marzo de 2020

LAS HISTORIAS

1. SAL, ARROZ Y CERILLAS

Dersú Uzalá es el protagonista de un libro, muy celebrado, en el que Vladímir Arséniev relata la vida de un cazador nómada radicado en las tierras más orientales de Siberia. El libro fue llevado al cine, con notable éxito, por Akira Kurosawa.

Cuenta Arséniev que un buen día, al despertar de una siesta, se percató de que Dersú, tras haber acopiado leña y cortezas de árbol, las había

depositado en una cabaña [4] . Comoquiera que Arséniev pensó que el propósito del cazador era incendiar la cabaña en cuestión, intentó convencer a Dersú de que no lo hiciera. El cazador, sin mediar palabra, le pidió un poco de sal y un puñado de arroz, al tiempo que envolvía entre las cortezas algunas cerillas, y hacía otro tanto con la sal y el arroz. Colgó los dos paquetes en uno de los muros de la cabaña y se dispuso a marchar. Arséniev le preguntó si pensaba regresar pronto a aquel lugar. Dersú negó con la cabeza y señaló que alguien llegaría en algún momento a la cabaña y se sentiría muy satisfecho de encontrar madera seca, cerillas y un poco de alimento. Apostilla Arséniev que Dersú estaba pensando en una persona desconocida a la que nunca vería y que esta última, por su parte, no sabría a quién tendría que agradecer el fuego y la comida.

Me trae a la memoria esta historia el relato, tantas veces escuchado, de cómo en el Mediterráneo —y en tantos otros lugares— las gentes del campo tenían, y acaso tienen todavía, la costumbre de plantar árboles de maduración lenta. Bien sabían que nunca iban a sacar provecho de esos árboles: estaban pensando, con toda evidencia, en las generaciones venideras. Me veo, por otra parte, en la obligación de señalar que a los ojos de quienes hemos recibido una educación occidental es difícil entender que los árboles tienen espíritu. Norbert S. Hill subraya, sin embargo, que para muchas comunidades indígenas el universo está vivo. Cuando vemos cómo sus integrantes hablan con un árbol, no estamos ante ningún desorden mental.

Un dicho propio de las comunidades indígenas del norte de América reza que cada generación debe asegurar el futuro de las siete siguientes. Hasta dónde no habrá llegado nuestra ignominia que, en nuestra versión más ilustrada, nos contentamos con demandar que cada generación entregue a la posterior el mismo capital natural que heredó de la previa. En la versión más ilustrada, repito.

1. LAS CHOZAS DE LAS MUJERES

El nombre de John Zerzan se identifica con el anarcoprimitivismo. Zerzan es un crítico feroz de la tecnología. En más de una ocasión ha afirmado categóricamente que todas las tecnologías creadas por el capitalismo llevan por detrás la huella de la división del trabajo, de la jerarquía y de la explotación. Es un argumento serio que conviene tomar en consideración.

En uno de sus libros, Twilight of the machines (El crepúsculo de las máquinas), recupera Zerzan la opinión de Camille Paglia, una muy conocida estudiosa de la literatura, de controvertido discurso que, feminista en una de sus dimensiones, suscita con todo muchas controversias entre las propias feministas [5] . Señala Paglia, acaso con afán provocador, que en un momento determinado se topó, en la ca lle, con una grúa gigantesca que se levantaba sobre la plat aforma de un camión. Y agrega que semejante visión hizo que se preguntase si tal prodigio tecnológico, que nos une con el antiguo Egipto, habría sido concebible al amparo de una sociedad, y de una historia, dirigida por las mujeres y no, como la nuestra, por los hombres. Concluye Paglia que, con las mujeres al mando, seguiríamos viviendo en chozas de paja.

Supongo que la respuesta inmediata, y lógica, ante una conclusión como ésa invita a negar la mayor, esto es, a certificar que las mujeres habrían hecho valer las mismas, o superiores, cotas de desarrollo tecnológico que los hombres. Creo yo que, aunque respetable y compartible, esa respuesta esquiva una cuestión principal. Y es que, ¿no ser án esas modestas y despreciadas chozas de paja la mayor, y maravillosa, aportación de las mujeres al desarrollo de la humanidad, lejos de las miserias de unas tecnologías que, tantas veces, han demostrado su enorme capacidad para acabar con la vida? En uno de sus textos se pregunta María González Reyes, muy a tono con lo que cuento, cómo sería la historia si la hubieran escrito las mujeres. Ahí va su respuesta: “Sería una historia en la que aparecerían relatos de lo que ocurre en el interior de las cocinas, en los patios de vecinas, los que se quedan pegados a las escobas y al agua que se lleva la suciedad del suelo. Aparecerían hi storias colgadas al viento en los tendederos comunitarios, agarradas con pinzas sobre las cuerdas, a punto de volar según se le antojase al viento” [6] .

1. MULTIPLICAR LOS OBJETOS

Sigo, discúlpenme, con lo de las cabañas de paja. Y lo hago para rescatar uno de los textos incluidos en ese libro maravilloso que es Der Papalagi (Los papalagi) [7] . El texto en cuestión señala que si la población blanca —los mentados papalagi— se viese obligada a vivir en las chozas características de Samoa, no haría otra cosa sino lamentarse y sufrir una y otra vez. Tanto que, inmediatamente, sus miembros se adentrarían en el bosque para procurarse madera, caparazones de tortuga, vidrio, alambre, piedras vistosas y otros muchos objetos y materias primas. En disposición de todo ello, trabajarían día y noche para conseguir que la cabaña samoana estuviese repleta de objetos. Estos últimos, grandes y pequeños, se romperían con enorme facilidad y quedarían, por añadidura, a merced del fuego y de la lluvia, con lo que habría que reemplazarlos constantemente. Concluye la sabiduría de los papalagi que cuantos más objetos necesitas, mejor europeo acabas siendo.

Recuerdo haber leído en su momento que quienes vivimos en los países ricos disponemos, por término medio, de diez mil objetos. Muchas de las gentes que habitan en comunidades indígenas en América Latina disfrutan, en cambio, de un escaso centenar de objetos por cabeza. Doy por descontado, sin embargo, que no son cien veces menos felices que nosotras. Antes al contrario, intuyo que a menudo su felicidad es, llamativamente, mayor, mucho mayor, que la nuestra.

1. TRABAJAR PARA VIVIR, NO PARA COMERCIAR

En un libro muy celebrado, The Innocent Anthropologist (El antropólogo inocente), cuenta Nigel Barley algo que tuvo la oportuni dad de palpar entre los habitantes de la comunidad dowayo de Camerún [8] . Esas gentes bien sabían que el mijo que cultivaban alcanzaba precios muy altos en las ciudades del país. No se sentían atraídas, sin embargo, por la posibilidad de colocar su mijo en ellas, toda vez que el mercado correspondiente estaba controlado por los comerciantes fulani quienes, según la versión de Barley, aspiraban a conseguir beneficios de un cien o de un doscientos por cien en

todos sus negocios. Como esos comerciantes eran, también, quienes se encargaban del transporte del mijo, la conclusión parecía servida: la recompensa que el campesinado dowayo debía aprestarse a recibir por su producción era, en cualquier caso, exigua. Por eso, y antes que mover semejante carr o de inmundicia y explotación, en la comunidad dowayo preferían limitarse a cultivar lo justo para atender a sus necesidades y se inclinaban, de resultas, por dar la espalda al mercado, aparentemente tan suculento, que proporcionaban las ciudades.

Creo que salta a la vista que la decisión que acabo de glosar llevaba aparejada una consecuencia venturosa: había que trabajar muchas menos horas que las que hubiera requerido el deseo de satisfacer la demanda de mijo que llegaba de las ciudades. Lo que ocurría era lo mismo que sucedía con buena parte del campesinado europeo que, en la edad media, y, de nuevo, alejado del deseo de acopiar para vender, se contentaba con satisfacer sus necesidades más elementales, o con poco más.

Pero el caso de la comunidad dowayo me trae a la memoria también la bajísima productividad que se hacía valer, al menos a partir de la década de 1950, en los sistemas de tipo soviético. Esa baja productividad era, con toda evidencia, un mecanismo de resistencia de la clase trabajadora frente al autoritarismo y las disfunciones de esos sistemas. Preferible parece, de cualquier modo, que la decisión de trabajar más o menos sea —no lo era en esos sistemas, y no lo es en el capitalismo realmente existente— libre. ¿A cuántas personas no les gustaría, entre nosotras, reducir sensiblemente la jornada laboral, aun a costa de ga nar menos? Pero las reglas del juego lo impiden o, al me nos, lo dificultan.

1. MERCADILLO ENTRE LAS RUINAS

Hace años me enfrenté, en unos pocos minutos, con las paradojas, con la sinrazón y con las miserias de nuestras sociedades. Había participado en un debate en un pueblo del este de Aragón y en la mañana de un domingo me llevaron a Zaragoza para tomar un tren. Comoquiera que tiempo había, mi acompañante propuso que diésemos una vuelta por los edificios que restaban de la exposición sobre el agua que se había desarrollado en su momento en la capital aragonesa. Por doquier se revelaban los restos del naufragio. Las sumas, cuantiosas, invertidas en su momento apenas habían dejado otra huella que la que asumía la forma de edificios abandonados y, por todas partes, despilfarro. No sólo eso: en el área cubierta por la vieja exposición no se veía un alma.

Ya enfilados hacia la estación de tren descubrí que, en los alrededores de ésta, y muy cerca de las ruinas que acabo de mencionar, despuntaba orgulloso un rastro, un mercadillo tradicional. Quienes ofrecían sus productos habían levantado sus puestos, con las manos, haciendo uso de cuatro hierros. De por medio no había ni inversiones cuantiosas ni edificios de diseño. Se hacían valer, antes bien, las reglas de siempre, modestas y, al tiempo, sorprendentemente eficaces. Porque el mercadillo era un hervidero de gente. La gente que faltaba, en cambio, entre esos maravillosos edificios que habían enriquecido a unos pocos y habían llenado de patético orgullo a unos cuantos responsables políticos. La vida estaba, claramente, en otra parte. Cerca, pero en otra parte.

1. UNA RERRURALIZACIÓN CONFLICTIVA

Cuand o tengo que hablar de decrecimiento, o del colapso que viene, en comarcas que tradicionalmente se describen como deprimidas suelo llamar la atención sobre una paradoja: esas comarcas serán las que mejor lo lleven en el escenario del colapso mencionado. Y lo serán, en buena medida, porque son las que menos dependen, en la realidad presente, de tecnologías y de energías de acceso difícil y complejo.

Lo que acabo de señalar se completa con el recordatorio de que el colapso será un golpe más duro en las ciudades que en el campo. Cierto es que no todas las primeras lo llevarán igual: saldrán previsiblemente mejor paradas aquellas que cuentan a su alrededor con superficies agrícolas importantes, que disfrutan de agua en abundancia, que se hallan en encrucijadas de caminos y que tienen un carácter más bien vetusto y tradicional. El modelo contrario, el de ciudad que ya ha experimentado, y con dureza, su propio colapso, lo ha aportado Detroit, la meca de la industria automovilística norteamericana. En paralelo, y en lo que respecta al campo, hay que reconocer que, pese a lo dicho, el escenario será cualquier cosa menos idílico. A buen seguro se harán valer los efectos de lo que hemos hecho en las últimas décadas en materia de mal uso de los suelos, de monocultivo, de mecanización y, en general, de mercantilización de todas las relaciones.

Intuyo que los problemas del campo en su relación con el colapso no acaban, sin embargo, ahí. Hace unos años tuve la oportunidad de hablar de decrecimiento en Binéfar, un pueblo de Aragón colindante con Cataluña. Aunque no es la de Binéfar una comarca particularmente deprimida, sirve para ilustrar la tesis general que acabo de enunciar, con un agregado importante. Probablemente elogié en Binéfar las ventajas que se derivaban de disponer de una vida agrícola activa, de abundancia de agua y de una baja densidad de población. ¿Cuál era entonces el problema de la localidad y de su comarca? El problema radicaba —radica— en el hecho de que está a doscientos kilómetros de Barcelona, de tal suerte que en la eventualidad de un colapso general lo suyo es que se produzca una huida masiva de población que, procedente de las grandes ciudades, y de las no tan grandes, buscará escenarios más llevaderos. Si así se desarrollan los hechos, las ventajas iniciales de las comarcas deprimidas bien pueden desaparecer, claro, como por ensalmo.

1. EL PRECIO DE UNA ESTANCIA

Gracias a Fernando Esteve me llega una histor ia que relata Bruce Chatwin en su libro In Patagonia (En la Patagonia) [9] . Tras pernoctar un cliente en un hotel de Río Pico, en la Argentina, regentado "por una familia judía que no tenía la noción más elemental de lo que era el lucro", a la mañana siguiente, al disponerse a pagar, se desarrolló el diálogo que sigue: "'¿Cuánto le debo por la habitación?'. 'Nada. Si usted no hubiera dormido en ella, nadie lo hubiera hecho'. '¿Y cuánto le debo por la cena?'. 'Nada. ¿Cómo podríamos haber sabido que iba usted a venir? Cocinamos para nosotros'. 'Entonces, ¿cuánto le debo por el vino?'. 'Nada. Siempre servimos vino a los huéspedes'. '¿Y qué me dice del mate?'. 'Nadie paga el mate'. '¿Qué es lo que puedo pagar, entonces? Sólo quedan el pan y el café'. 'No puedo cobrarle el pan, pero el café con leche es cosa de gringos y se lo haré pagar'".

Ya sé que alguien aducirá que un negocio, en particular, y una economía, en general, no pueden funcionar conforme a reglas como las que Chatwin atribuye a esa singularísima familia judía (bien está, por cierto, romper los prejuicios xenófobos al respecto). Y, sin embargo, hay motivos más que sólidos para afirmar que muchas sociedades humanas se han ajustado, desde tiempo inmemorial, a reglas como ésas. No sólo eso: las han justificado sobre la base de un criterio muy respetable: el de la reciprocidad. Cuánto ganaríamos —me pregunto yo— si fuésemos capaces de pelear por una franca desmercantilización de nuestras relaciones. Como la que aplicaban los propietarios de ese hotel, que al parecer le daban mayor importancia a otras realidades distintas del dinero.

1. LA LECHE DEL TÍO ARSENIO

La historia del tío Arsenio revela cómo la mercantilización de todas las relaciones acaba infelizmente con aquello que funcionaba y generaba bienestar [10] . Cuenta que el tío Arsenio tenía diez vacas que le daban cada día veinte litros de la mejor leche. Ésta acababa en manos de una empresa lechera local, buena pagadora y muy apreciada por sus productos. El tío Arsenio vivía bien y, por añadidura, generaba riqueza en provecho del veterinario, los proveedores, la tienda, la panadería y el bar.

En un momento determinado la empresa lechera pidió que el tío Arsenio acrecentase la producción de leche. No le hizo a éste mucha gracia, toda vez que, para comprar diez nuevas vacas, hubo de pedir un crédito y tuvo que contratar a una persona. No mucho después, los propietarios de la lechera local recibieron por ella una oferta irresistible procedente de una transnacional. Al poco, la nueva firma prescindió de buena parte de la plantilla e indicó al tío Arsenio que, inexorablemente, debía rebajar el precio de la leche. Las instrucciones al respecto llegaban de muy lejos, y de por medio estaban los dividendos que había que pagar a los accionistas.

Si hasta entonces, y mal que bien, el tío Arsenio había resistido, en adelant e las cosas se pusieron difíciles. Para pagar el crédito se vio obligado a prescindir del ayudante y tuvo que quedarse él solo con las vacas en un momento en que la transnacional exigía que la producción aumentase. Como no había dinero para comprar nuevas vacas, la empresa sugirió al tío Arsenio que adquiriese pienso para engordar los animales, aun cuando la

calidad de la leche se resintiese. Con la compra del pienso, sin embargo, los gastos se dispararon, y nuestro hombre se vio en una situación muy delicada: no podía pagar el crédito, no podía hacer otro tanto con los proveedores y, en realidad, ni siquiera estaba en condiciones de vivir decentemente él mismo. Le denegaron, claro, el nuevo préstamo que solicitó y, al poco, el banco embargó la granja y sacrificó las vacas (que a bue n seguro sufrieron más que el propio tío Arsenio).

Hoy el tío Arsenio no genera riqueza alguna. Recibe una ayuda de 420 euros mensuales. A duras penas puede pagar una habitación, la luz y el agua, y frecuenta el comedor social. Entre tanto, la transnacional, vaya sorpresa, cerró la fábrica de leche o, por mejor decirlo, la trasladó a otro país en el que los costos de producción eran mucho menores. Todas —dicen— salimos ganando.

1. UNA ALDEA LAOSIANA

A los organismos financieros internacionales les molesta la vida. La relación entre los unos y la otra la ilustra de manera fehaciente un relato que, ambientado en Laos, recoge Pierre Rabhi en uno de sus libros [11] .

Cuenta un paisano que en su aldea laosiana vivían, junto a un bosque y a orillas de un río, unas doscientas personas. El arroz que cultivaban era el alimento principal. Si las casas estaban construidas con materiales autóctonos, las tierras se ajustaban a las capacidades de los búfalos de los que disponía la comunidad. La cosecha se almacenaba en graneros situados a la vera del camino que bordeaba la aldea. Los cereales, las frutas y las legumbres que se consumían se veían completados con el pescado que proporcionaba el río. Recuerda Rabhi que la lógica del apoyo mutuo y de la reciprocidad imperaba, y se revelaba, por ejemplo, a través de fórmulas de pesca colectiva que permitían acopiar pescado seco.

Esto al margen, la comunidad se hacía cargo de las viudas, de quienes carecían de familiares, de la gente mayor y, en general, de las personas con problemas. Un bonzo procuraba garantizar la armonía social y actuaba como juez. La percepción general, inspirada por el budismo, apuntaba, por lo demás, que todo es sagrado. Sólo despuntaba un elemento negativo: el hábito de desbrozar, una y otra vez, para ampliar el área de cultivo configuraba una agresión en toda regla contra el medio natural. Cierto que habría que preguntarse también —agrego yo— por el trato que merecían los animales.

Un buen día un experto del Banco Mundial visitó la aldea para estudiar su forma de vida. Acabada su estancia, redactó un informe que, dirigido, claro, al propio Banco Mundial, aseveraba que la comunidad, aunque merecedora de simpatía, no podía desarrollarse y crecer por cuanto dedicaba un tiempo injustificado al despliegue de actividades infelizmente improductivas. La conclusión de Rabhi es fácil de enunciar: pese a que la comunidad satisfacía de manera manifiesta las necesidades de sus miembros, no generaba, sin embargo, la riqueza que necesitan los poderosos. Se negaba a cambiar, en

otras palabras, la riqueza de verdad, la genuina, por los dólares de la seudoeconomía dominante.

1. LA PARÁBOLA DEL PESCADOR MEXICANO

Muchas veces he contado esta historia, omnipresente en los textos sobre decrecimiento. En la versión que he hecho mía, y a la que dediqué un libro entero, está ambientada en un pueblo de la costa mexicana.

Un paisano se encuentra, medio adormilado, junto al mar. Un turista norteamericano se le acerca, entablan conversación y en un momento determinado el forastero pregunta: "Y usted, ¿en qué trabaja? ¿A qué se dedica?". "Soy pescador", responde el mexicano. "Caramba, un trabajo muy duro", replica el turista, quien agrega: "Supongo que trabajará usted muchas horas cada día, ¿verdad?". "Bastantes, sí", responde su interlocutor. "¿Cuántas horas trabaja como media cada jornada?". "Le dedico a la pesca un par de horitas o tres", replica el interpelado. "¿Dos horas? ¿Y qué hace con el resto de su tiempo?". "Me levanto tarde, pesco un par de horas, juego un rato con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y, al atardecer, salgo a beber unas cervezas". "Pero, ¿cómo es usted así?", reacciona airado el turista norteamericano. "¿Qué quiere decir? No entiendo su pregunta". "Que por qué no trabaja más. Si lo hiciese, en un par de años tendría un barco más grande". "¿Y para qué?". "Más adelante, podría instalar una factoría aquí en el pueblo". "¿Y para qué?". "Con el paso del tiempo montaría una oficina en la capital". "¿Y para qué?". "Años después abriría delegaciones en Estados Unidos y en Europa". "¿Y para qué?". "Las acciones de su empresa, en fin, cotizarían en bolsa y sería usted inmensamente rico". "¿Y todo eso, para qué?", inquiere el mexicano. "Bueno"—responde el turista—, "cuando tenga usted, qué sé yo, 65 o 70 años, podrá retirarse tranquilamente y venir a vivir aquí a este pueblo, para levantarse tarde, pescar un par de horas, jugar un rato con sus nietos, dormir la siesta con su mujer y salir al atardecer a beber unas cervezas".

Dos son las dimensiones de este relato que me interesa rescatar. La primera subraya que el mexicano protagonista en modo alguno es un revolucionario o, lo que es casi lo mismo, en modo alguno promueve un orden diferente de aquél en el que vive. Lo que pide, sin más, es que lo dejen tranquilo, en el buen entendido de que ese designio bebe de un manifiesto desdén, eso sí, por lo que significan la vorágine capitalista y sus miserias. La segunda señala que la historia incorpora muchas fugas. Bastará con recordar, sin ir más lejos, que no explica cuántas horas trabajaba la mujer del mexicano protagonista…

1. QUEJAS ANTE LA PARÁBOLA DEL PESCADOR

Salta a la vista que la historia del pescador mexicano es una parábola, de tal suerte que su contenido no debe interpretarse de forma literal. Creo, por añadidura, que configura un elogio visible de la condición del pescador, frente a la propia del molesto y mercantilizado turista norteamericano. En alguna ocasión, y sin embargo, me he encontrado con personas que sopesaban con ojos muy críticos la condición que me ocupa.

Eso fue lo que sucedió, años atrás, con ocasión de un acto público. Un hombre de edad tomó la palabra para defender lo que, conforme a su descripción, había sido una vida, la suya, de trabajo denodado encaminado a levantar una familia muy humilde. Procuré explicarle lo que es una parábola, llamé la atención sobre el hecho de que comprendía perfectamente su percepción y me atreví a preguntarle si en algún momento de su vida no se le había aparecido, en su propia persona, y pese a todo, el pescador mexicano. No sin agregar, eso sí, que el carácter respetable, respetabilísimo, de lo que mi interlocutor estaba defendiendo se vendría abajo si de por medio su manera de progresar en la vida hubiese acarreado la explotación de otros seres humanos.

Mayor enjundia tuvo, sin embargo, la segunda polémica que recuerdo que se vincula con la histo ria del pescador. En este caso cobró cuerpo en una de las redes sociales. Un mexicano, que por lo que pude comprobar era un honesto luchador anticolonial, reaccionó airadamente tras contemplar un vídeo que recogía mi relato de la historia en cuestión. A su entender yo ignoraba lamentablemente la condición, tétrica, de los pescadores mexicanos y transmitía, lo anterior aparte, un relato por completo carente de sentido. Me vi en la obligación de subrayar, una vez más, qué es una parábola, para añadir que en el marco de la que provocaba nuestra discusión lo que despuntaba era una defensa cabal del pescador frente a la intrusión colonial, y productivista, del turista. Me preguntó, sin rebajar un ápice su indignación, por qué, en vez de servirme de un pescador mexicano, no había colocado como protagonista a uno español. Me vi obligado a responderle, claro, que infelizmente la mayoría de los pescadores españoles piensan lo mismo, o algo parecido, que el turista norteamericano. Aunque al cabo —intu yo— entendió lo que invocaba la parábola y comprendió en paralelo que se había equivocado, prefirió bloquearme y marchar. Cuántas personas, en México, plenamente conscientes, como este buen hombre, de lo que significan la coloniza ción y sus secuelas, no habrán sonreído con la parábola de un pescador con el que inequívocamente se identifican.

1. CÓMO MORIMOS

A menudo me he encontrado con textos que llaman la atención sobre algo importante, importantísimo, que, sin embargo, se nos escapa. Estoy pensando en cómo ha cambiado, en unas pocas décadas, y en el Norte rico, la forma de morir. Hablo, claro, de la muerte que se presenta, no de manera repentina e inesperada, sino de resultas de un proceso inexorable, porque una enfermedad así lo dicta o porque la persona afectada tiene muchos años.

Tiempo atrás lo común era morir en casa. Es lo que sucedía, a buen seguro, en el medio rural, pero también en las ciudades. Las personas solían morir rodeadas de la atención y del cariño de sus seres queridos. De por medio no se hacían valer, por otro lado, las parafernalias tecnológicas a las que hoy estamos acostumbradas. Ni se revelaban los efectos, en ocasiones perniciosos, de los hospitales y de sus reglas. Entiendo yo que todo lo anterior servía, en un grado u otro, para aplacar el dolor, y pienso tanto en el dolor físico como en el vinculado con la propia muerte y su rosario de duelos y soledades. En semejantes circunstancias a duras penas sorprenderá

que, aún hoy, sean muchas las gentes de edad que prefieren morir en sus casas. Tienen sus razones.

Sabido es que lo habitual en nuestros días no es lo que acabo de retratar. Morimos en un entorno que no conocemos —un hospital—, a menudo en un recinto cerrado y vigilado que nos coloca lejos de nuestros seres queridos, rodeadas de dispositivos tan extraños como molestos y con frecuencia castigadas por un sinfín de estrictas normas legales. Para que nada falte, y no sin paradoja, semejante entorno no siempre alivia el dolor físico, aun cuando acreciente —parece— el vinculado con la pérdida.

Ya sé que a la hora de levantar un balance entre lo viejo y lo nuevo es obligado contabilizar un hecho relevante: lo suyo es que en nuestros días vivamos bastantes más años que esos antepasados que morían en sus hogares. Pero ni siquiera eso, que es legítimo contabilizar como una ventaja, está exento de polémicas. Hay quien piensa, sin ir más lejos, que estamos violentando nuestros límites biológicos, y que ello arrastra dimensiones negativas nada despreciables. Y es que, y al cabo, ¿somos realmente felices durante esos años que hemos ganado?

1. EL JET PRIVADO DE RAFA NADAL

Parece que, a los ojos de muchas personas, los dos españoles que, ejemplos vivos de pundonor y dignidad, mejor reflejan las virtudes de su país son un empresario, Amancio Ortega, y un deportista, Rafael Nadal. No me corresponde aquí glosar las habilidades del primero con los negocios y las del segundo con las raquetas. Quiero buscar, como inmediatamente se verá, otra cara de la cuestión.

Sabido es que con algu na frecuencia Amancio Ortega realiza donaciones importantes orientadas a permitir que la sanidad pública española adquiera determinados equipos especializados. Qué bien, dirá alguien con un punto de ingenuidad. Salta a la vista, sin embargo, que esas donaciones obedecen al propósito expreso de ocultar que Ortega arrastra un sinfín de problemas, producto de las irregularidades que caracterizan su relación con Hacienda. Pero, si se trata de hurgar en la herida, bueno será que agregue que esos problemas configuran una cuestión menor en comparación con la explotación de tantos seres humanos —incluidos, por cierto, menores— que ha caracterizado la conducta del audaz propietario de Zara. Hay quien prefiere quedarse, sin embargo, con el espectáculo ocultatorio de las donaciones y olvidar lo que hay por detrás. Con el franco respaldo de la mayoría de los medios de incomunicación.

En lo que a Rafael Nadal respecta, me voy a quedar con lo que entiendo que es una anécdota que, bien gráfica, ilustra de nuevo las curiosas preferencias de algunas personas. Hace unas semanas un diario madrileño, de nombre ABC , señalaba que Nadal utiliza a menudo un avión privado que es, por añadidura, de su propiedad. Hasta aquí —convendré— nada que deba sorprendernos particularmente. Lo que tenía su miga era el hecho de que el rotativo mencionado agregaba que en el jet privado de Nadal no había ningún tipo de lujos. Doy por descontado que el periodista había asumido un ejercicio de contención y había preferido no explicarnos, para qué las exhibiciones, que el avión de Nadal en absoluto contaminaba el medio

ambiente. Cabe suponer, en suma, tal y como lo ha sugerido alguien en las redes sociales, que el tenista usaba vasos de papel desechables para tomar el Moët Chandon que a buen seguro llevaba en su avión. Porque, y al fin y al cabo, ¿quién no se ha beneficiado en alguna ocasión de un jet privado concebido para gente humilde?

1. LOS ENTRESIJOS DE LA COMUNICACIÓN EMPRESARIAL

No prestamos suficiente atención a la comunicación empresarial, que está llena, sin embargo, de riqueza. Hace unos años tomé un vuelo en Madrid camino de Galicia. El avión salió con tres horas de retraso que hubimos de soportar, inmóviles, en el aparato. En un momento determinado tomó la palabra el sobrecargo, quien era, sin duda, un tipo divertido. Señaló que en el vuelo anterior, para justificar la demora, habían llegado a sugerir que el avión había sido abducido por extraterrestres, no sin agregar que nada había de verdad, qué pena, en ello. Y concluyó, de manera categórica, que la explicación del retraso era otra: la compañía —dijo— sobreexplotaba los aviones y hacía otro tanto con la gente que trabajaba para ella.

Las palabras del sobrecargo cayeron como una bomba entre el pasaje. En medio minuto habían conseguido desactivar lo que bien podía convertirse en un conato de revuelta. Ante la certificación de que quienes trabajaban para la línea aérea se hallaban en situación peor que la nuestra, nada más lógico que callar. Mi conclusión fue que acabábamos de asistir a un alambicado, y ciertamente arriesgado, procedimiento de comunicación empresarial que, aun a costa de afear la imagen de la línea aérea, resolvía eficazmente un problema. Claro es que lo ocurrido también podía explicarse conforme a otros argumentos, y entre ellos el que sugería que el sobrecargo había sido despedido ese mismo día y había decidido tomar cumplida venganza. Poco probable parece.

Rescato, con todo, un segundo caso que remite, tal vez, a la lógica del sabotaje. Recuerdo haber prestado atención tiempo atrás, en un periódico, a un anuncio de una entidad bancaria. La propuesta del anuncio era un genuino dislate. Mal que bien apuntaba que, aportando medio millón de euros a un fondo de inversión, quien mostrase su disposición a asumir tan evidente riesgo se haría acreedor de un viaje a Londres, para dos personas, para asistir a un partido de la Premier League. Entiendo que la oferta era absurda: a los ojos de alguien que dispone de medio millón de euros no sé qué atractivo podía tener que un banco le regalase un billete de avión, una noche de hotel y una entrada a un partido de fútbol. Aunque fuera para dos personas.

Pero no fue eso lo que llevó mis ojos hacia el anuncio, sino la redacción precisa de la frase principal, que rezaba: “Por sólo medio millón de euros…”. Me pareció que en este caso el adverbio intercalado a duras penas podía explicarse sin invocar la figura de alguien que, en su estudio de publicidad, había decidido vengarse por la vía de la ironía. Del sabotaje, vamos. Preferí mantener mi medio millón de euros en otro banco.

1. AHORRAR TIEMPO, ¿PARA QUÉ?

El mundo contemporáneo está lleno de artilugios que nos prometen ahorrar tiempo. No queda claro, sin embargo, qué hacemos con el tiempo que hemos ahorrado. ¿No será que, en una vorágine sin fin, lo dedicamos a buscar más artilugios que permitan que ahorremos más tiempo?

Hay un trecho de un libro célebre de Antoine de Sant-Exupéry, Le petit prince (El principito), que escarba en lo que acabo de an otar. Reza así: "'Buenos días', dijo el principito. 'Buenos días', respondió el comerciante. Era un vendedor de píldoras perfeccionadas que calman la sed. Se ingiere una cada semana y desaparece la necesidad de beber. '¿Por qué las vendes?', preguntó el principito. 'Permiten ahorrar mucho tiempo', respondió el comerciante. 'Los expertos han hecho sus cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos cada semana'. '¿Y qué hacemos con esos cincuenta tres minutos?'. 'Lo que queramos'. 'Si yo' —dijo para sí el principito— 'dispusiera de cincuenta y tres minutos para gastarlos, caminaría lentamente hacia una fuente'" [12] .

Hay quien, sin embargo, emplea de manera más juiciosa su tiempo que el principito. Es el caso, por ejemplo, de esos centenares de millones de seres humanos que dedicamos el tiempo venturosamente ahorrado a contemplar la televisión. A duras penas parecerá extraño que procuremos a la desesperada ahorrar más y más minutos. Las fuentes y el agua nada nos interesan.

1. VIVIMOS CADA VEZ MENOS

En lo que atañe a lo que acabo de señalar, a nuestro po- co afortunado empleo del tiempo, no parece de más que agregue una observación que tiene, desde mi punto de vista, y por su carácter gráfico, una sugerente dimensión pedagógica. Me refiero a la que nos recuerda que entre mediados del siglo pasado y el momento presente, y al menos en el Norte rico, nuestra vida ha ganado como media nada menos que tres horas diarias. Me explico: hoy vivimos 24 horas por cada 21 que beneficiaban a nuestras abuelas y abuelos.

Y, sin embargo, la ganancia mencionada, muy saludable en una primera lectura, se ve contrarrestada por el he cho de que entre nosotras, y en el momento presente, dedicamos más de cuatro horas al día a ver la televisión —segú n una estimación, en Estados Unidos se asignan nada menos que tres años, íntegros, de la vida a contemplar la caja tonta— , reservamos una hora y media diaria a desplazarnos para acudir, ojerosas y cansadas, a trabajar y en muchos casos —agrego yo— destinamos un tiempo casi ilimitado a desenvolvernos en las redes sociales.

La conclusión está servida: si descontamos todas esas horas, que con un poco de ligereza me permitiré identificar como tiempo perdido, resulta que vivimos como media bastante menos de lo que vivían nuestras abuelas y abuelos. Tal vez por ello nuestros ancestros eran, en la mayoría de los casos, y pese al entorno duro en que tenían que pelear, más felices que nosotras. O eso es, al menos, lo que a mí me parece.

1. POR LA AUSTERIDAD

De siempre he pensado que la palabra austeridad remite, sin dobleces, a un rasgo saludable. Cuando decimos de una persona que es austera estamos enunciando, inequívocamente, una virtud, tanto más si comparamos esa con dición con la que retratan adjetivos como despilfarradora o derrochadora. En cierto sentido, y en paralelo, estamos rec uperando cualidades de gentes de otra época a las que, bien es verdad, acaso no les quedaba más remedio que ser austeras. En un grado u otro, hacían de la necesidad virtud.

Parece, sin embargo, que quienes nos gobiernan, que no siempre son tontos, nos han robado la palabra. Me percaté de ello cuando, hace años, pude comprobar cómo la confederación europea de sindicatos convocaba movilizaciones contra la austeridad . Y, más aún, cuando me vi obligado a certificar que se extendía por doquier un desafortunado y a duras penas comprensible sustantivo: austericidio . El truco no era difícil de desentrañar: desde las esferas gubernamentales se procuraba presentar bajo la etiqueta de la austeridad lo que en los hechos eran medidas de obsceno e impresentable recorte del gasto social. Se recortaba lo único que, vaya por dónde, no había que recortar y la decisión se justificaba sobre la base de un concepto, el de la austeridad , que sigue mereciendo, a mis ojos, todos mis respetos. Aunque supongo que a estas alturas ésta es ya una batalla perdida. Una más.

1. CADUCIDAD PROGRAMADA

La caducidad —la obsolescencia , en dudoso castellano— programada no es en modo alguno un fenómeno nuevo. Bastará con que recuerde al respecto un ejemplo bien conocido. Hablo del que proporciona una bombilla que, concebida por Adolphe Chaillet y fabricada por la Shelby Electric Company allá por 1895, sigue funcionando en nuestros días. Las grandes empresas del sector eléctrico llegaron rápidamente a un acuerdo para que semejante dislate económico, que apenas producía beneficios, tocase pronto a su fin, y pasaron a producir, claro, bombillas que dejaban de funcionar al poco tiempo. Para cerrar el círculo, impidieron la llegada, a los mercados de los países occidentales, de las bombillas Narva que, producidas en Alemania Oriental, eran manifiestamente más duraderas que las fabricadas por los gigantes del mundo capitalista.

El fenómeno que me atrae tiene, aun así, concreciones en l os terrenos más dispares. Por lo que parece, mucho tiempo atrás se encontró una fórmula que convertía en casi irrompibles las medias empleadas por las mujeres. Como bien puede comprenderse, esas medias tampoco eran un negocio saneado. Sabemos, por otra parte, que la mayoría de las impresoras están programadas para dejar de funcionar al cabo de un número, más bien reducido, de hojas impresas. Salta a la vista, en suma, que los electrodomésticos que empleamos duraban más, mucho más, unas pocas décadas atrás.

Pero mal haríamos en olvidar que la caducidad programada tiene otras concreciones más sutiles. Latouche recuerda que una de ellas se despliega en la forma de conductas que, visiblemente inducidas, a buen seguro benefician a fabricantes y distribuidores: muchas personas acuden en coche al supermercado una vez por semana, llenan su carrito con las últimas

ofertas, colocan lo comprado en la nevera hasta que ésta queda repleta, calientan los alimentos en el microondas y, una y otra vez, descubren que con el paso de los días muchos de los productos que han adquirido han superado la fecha de caducidad… [13] .

1. LATOUCHE SOBRE ÁFRICA

Serge Latouche, a quien acabo de mencionar, ha dedicado su vida al estudio y la teorización de la perspectiva del decrecimiento. Latouche ha trabajado mucho sobre África. Una vez le pregunté si su teoría del decrecimiento no era en buena medida tributaria de su experiencia personal en ese continente. Rápidamente me respondió que sí, que así era.

Uno de los libros de Latouche se titula L'autre Afrique (La otra África) [14] . Está traducido al castellano. En un momento determinado su autor dice algo que me interesa rescatar . Recuerda Latouche que en Europa hay gente —a buen seguro que no mucha, pero ahí está— que tiene mala conciencia en relación con África o, lo que es lo mismo, que es sabedora de las secuelas de cinco siglos de expolio, desde el norte, de la riqueza humana y material del continente. Esa mala conciencia a menudo se revela a través de la idea de que estamos en la obligación de ayudar a quienes pueblan África. Latouche pregunta provocadoramente: ¿no será más inteligente que nos dejemos ayudar por esas gentes? En numerosas ocasiones, y en condiciones de penuria extrema, los habitantes de África han demostrado su habilidad a la hora de articular redes solidarias que han venido a resolver, convincentemente, muchos problemas. En el Norte rico, en cambio, hemos perdido dramáticamente esa capacidad. Acaso aún estamos a tiempo de recuperarla .

Si queremos ayudar a África —prosigue provocadoramente Latouche—, lo mejor que podemos hacer es dejar en paz a sus habitantes. Eran mucho más felices cinco siglos atrás, antes de la llegada de nuestros antepasados. Si disponemos de una vacuna contra el sida, eso sí, no estaría mal que se la entregásemos. Sin negocios, claro, de por medio.

1. SUMMERS Y LA CONTAMINACIÓN

EN LOS PAÍSES POBRES

Cuando alguien me pregunta cuál ha sido la filosofía de fondo que ha marcado la deriva de la globalización capitalista suelo mencionar algo que recuperó en su momento Vandana Shiva, la activista india antiglobalización [15] . Shiva ha recordado a menudo las reflexiones que Lawrence Summers, economista jefe del Banco Mundial, dedicó en su momento a la economía del medio ambiente.

Para Summers, y sobre la base de tres argumentos prin cipales, está justificado transferir a los países pobres las industrias contaminantes. En primer lugar, como los salarios son más bajos en esos países, los costos derivados de la contaminación, provocados ante todo por un crecimiento en el número de enfermedades y de muertes, serán felizmente, también, menores. Comoquiera que, en un segundo escalón, en buena parte del Tercer Mundo las agresiones medioambientales presentan niveles

contenidos, lo suyo es contaminar allí donde menos se contaminó con anterioridad. Cito literalmente al economista jefe: “Siempre he pensado que África está demasiado poco contaminada; la calidad del aire es probablemente excesiva en comparación con lo que sucede en Los Ángeles o en México D. F.”. El tercer argumento, en fin, anota que, como las gentes pobres son eso, pobres, no cabe esperar que se preocupen en demasía por los problemas medioam bientales. Habla de nuevo Summers: “La preocupación por un agente que causa una posibilidad entre un millón de contraer un cáncer de próstata será con certeza mucho mayor en un país en el que la población vive lo suficiente como para contraer un cáncer de esa naturaleza que en otro en el que la mortalidad antes de los cinco años de edad es de 200 por mil”.

Un argumento tan tétrico como el desarrol lado por Summers obligó a Vandana Shiva a extraer la conclusión de que, por lo que puede apreciarse, a los ojos de algunas corrientes de la economía la vida de los seres humanos tiene un valor diferente en el Norte rico y en el Sur empobrecido. En una dramática ilustración de por dónde van los tiros en el planeta, Lawrence Summers ocupó un puesto de relumbrón en el equipo económico del presidente norteamericano Barack Obama. A buen entendedor…

1. RATAS Y APOYO MUTUO

Recuerda Óscar Horta un experimento que se desarrolló, décad as atrás, en la universidad estadounidense de Brown [16] . A mi entender, y por encima de todo, demuestra que la solidaridad ante el sufrimiento ajeno no es en modo alguno desconocida entre los animales no humanos, sino que remite, antes bien, a la lógica, omnipresente, del apoyo mutuo.

El experimento en cuestión señala que, para obtener com ida, unas ratas enjauladas necesitaban pulsar una palanca. Como cabe suponer, pronto interiorizaron el mecanismo correspondiente. En un momento determinado, y sin embargo, cuando los animales pulsaban la palanca pasó a generarse en una jaula diferente, pero muy próxima, una descarga eléctrica cuyos efectos dolorosos sobre otras ratas eran visibles. Al percatarse de ello, los primeros animales, los de la palanca, dejaban de pulsar ésta aun a costa, claro, de no ingerir el alimento que necesitaban.

Agrega Horta que no faltan otros experimentos que invitan a llegar a conclusiones parecidas en lo que respecta a la solidaridad con animales que sufrían. Uno de ellos nos habla de cómo, cuando tenían que elegir entre obtener alimento y liberar a congéneres presas en un tanque de agua, las ratas se inclinaban las más de las veces por lo segundo. Sospecho que a Kropotkin le habría interesado sobremanera saberlo. Su teoría del apoyo mutuo habría resultado manifiestamente fortalecida.

1. EL 70 POR CIENTO DE LOS POBRES

SON MUJERES

Según una estimación, el 70 por ciento de las personas pobres —y el 78 por ciento de las analfabetas— existentes en el planeta son mujeres. Siempre digo lo mismo: me parece que son porcentajes muy ilustrativos. No estamos

hablando de un 52 por ciento de mujeres pobres enfrentado a un 48 por ciento de hombres. Nos estamos refiriendo a la distancia abismal que separa un 70 de un 30 por ciento. Conforme a otra estimación, que admito es controvertida, las mujeres realizan el 67 por ciento del trabajo, cuando reciben a cambio el 10 por ciento de la ren ta. Comoquiera que las grandes cifras tienen, pese a lo impactantes que éstas parecen, un aliento limitado, creo que lo que corresponde es bajar al barro y ensuciarse en lo que significan. Lo hago con la ayuda de este texto de María González Reyes:

“Hay mujeres que nunca han estrenado una prenda de ropa. Hay mujeres que no tienen en sus casas un grifo por el que sale agua y aun así consiguen cocinar. Hay mujeres q ue nunca han tenido nada de su propiedad. Hay mujeres qu e nunca han hecho pis en un baño. Hay mujeres que nunca entraron en un centro comercial. Hay mujeres que nunca han vivido en un barrio con alcantarillado. Hay mujeres que cada día se preguntan si conseguirán algo de comida. Hay mujeres que nunca han podido decidir qué querían hacer con su cuerpo. Hay mujeres a las que se les mueren los hijos y las hijas de enfermedades fáciles de curar. Hay mujeres que nunca han tenido derechos laborales. Hay mujeres que nunca han tenido ningún derecho. Hay mujeres que nunca han pensado en el futuro. Hay mujeres para las que el futuro no es otro tiempo, es otro lugar. Hay mujeres que no viven, que sobreviven. Hay mujeres que se han olvidado de respirar. Hay mujeres que viven en el otro mundo y que, sin apretar los dientes, nunca se olvidan de cuidar a las personas que tienen a su alrededor” [17] .

Me permito extraer, eso sí, una conclusión rápida: quienes piensen que los problemas atávicos de marginación simbólica y material de las mujeres se hallan en afortunada vía de resolución le están dando la espalda, infelizmente, a la realidad.

1. ¿QUIÉN NOS PAGARÁ EL JORNAL EL SÁBADO?

Cuando sopesamos las dificultades que pueden manifestarse en el futuro, olvidamos que, si esas dificultades se disponen a presentarse —o se han presentado ya—, ello es así por cuanto hemos conseguido salir del callejón en el que nos encontrábamos y estamos iluminando, a la postre, un mundo nuevo. Recuerdo al respecto la letra, cargada de ironía, de una canción anarquista francesa, supongo que del siglo XIX, que mal que bien reclamaba, por un lado, la necesidad de abolir el capital, para a continuación preguntarse, una vez asumida la abolición, quién nos iba a pagar el jornal el sábado. Bien llamativa resulta esa negativa a aceptar que, caso de acabar, en efecto, con el capital, poco o nada importa la cuestión del jornal, que presenta, en cualquier caso, un sentido distinto del heredado.

No sé si lo que se sigue de lo anterior es una defensa franca del realismo en la acción o, por el contrario, un rechazo no menos franco de otro realismo, éste inocultadamente desmovilizador. Las cosas como fueren, cuando escucho que alguien dice de algo que ese algo no es realista se me disparan todas las alarmas. Y me da por recordar una aserción, tan sonora como descortés, de Georges Bernanos, quien en su momento afirmó que el realismo es la buena conciencia de los hijos de puta. Invocan éstos la realidad como si viniese dada por la naturaleza y fuese literalmente

inmodificable, cuando, con toda evidencia, esa realidad que invocan es la que ellos mismos han perfilado, en descarado provecho de sus intereses más ruines y mezquinos. En estas condiciones sospecho que no nos queda más remedio que ser orgullosamente no realistas. Y abolir el capital.

1. CÓMPRELO DE NUEVO

En uno de sus relatos, los amigos Econoplastas nos hablan de un personaje, Lorenzo, que se desvivía por su coche [18] . Lo lavaba dos veces por semana, todos los días lo sacaba a pasear, como si fuera un perrito, procuraba escrupulosamente no forzarlo y lo llevaba a revisión antes de lo recomendado. Seis meses después de comprarlo, y en uno de los paseos, la tapa del cenicero se abrió. Aunque Lorenzo intentó cerrarla de mil maneras diferentes, el más pequeño movimiento la volvía a abrir. Algún muelle debía haberse soltado. Molesto ante el horizonte de que el coche de sus amores tuviese un defecto, decidió llevarlo al taller.

En el taller se lo dejaron claro desde el principio. Le señalaron que no merecía la pena arreglar el cenicero y que era preferible comprar un coche nuevo. ¿Por qué? El cenicero estaba encastrado en el frente del salpicadero y configuraba una pieza muy particular. Para alcanzar la base del muelle roto había que desmontar todo el salpicadero que, a su vez, formaba una sola pieza con los interruptores de las luces, el intermitente, el mando del limpiaparabrisas, los reguladores de la calefacción y el aire acondicionado, la llave de contacto… En medio del estupor de Lorenzo, el operario le explicó que había que tomar en consideración, también, lo que ocurriría con el cuentakilómetros, el cuentarrevoluciones, la presión del aceite, la temperatura del agua, el ordenador del automóvil, la radio, el lector de cedés, el de MP3 y el puerto USB. La cosa no acababa, sin embargo, ahí, toda vez que había que sopesar lo que sucedería con el cableado, las clemas, los antiparásitos, las bridas y los bornes embutidos en la columna de dirección, que debería ser desmontada.

“Si tenemos suerte, y con mucho cuidado, podríamos desmontar la dirección desde arriba, lo que ahorra trabajo, pero pone en riesgo el mazo de cableado. Caso contrario deberemos acceder desde el motor afectando a la caja de dirección, al cilindro Bendix, a los cojinetes de bolas, a la articulación Carcan, al bracillo peinetero y a la cremallera. Y encima tendríamos que pedir el muelle a Tailandia, más el IVA y la mano de obra… Lo dicho, no merece la pena, cómprese uno nuevo”. Pobre Lorenzo. Que hubiese tenido más cuidado con el muelle de su cenicero.

1. EL PROTOCOLO DE QUIETO

En lo que respecta a mi familia, y supongo que lo mismo ocurre con tantas otras en los países ricos, o moderadamente ricos, cada nueva generación que ha ido entrando viaja más. Mi abuela paterna nunca abandonó —creo— Galicia, y en lo que hace a los abuelos maternos poco más se movieron que entre la propia Galicia, Madrid y Valencia. Mis padres nunca cruzaron las fronteras españolas, con la liviana excepción de un breve viaje que mi madre realizó a Lisboa en la posguerra. Si yo he pisado —no diré que he conocido— una cincuentena de países, mi hija, con un cuarto de siglo recién cumplido, amenaza con dejar atrás rápidamente ese registro. Si es que el colapso no se cruza, claro, de por medio.

Añ os atrás, cuando se hablaba mucho del protocolo de Kioto, en el mundo ecologista se extendió la idea, muy feliz, de que debíamos pelear por aplicar, antes bien, el protocolo de Quieto. Nuestro compromiso con la salud del planeta reclamaba viajar menos, mucho menos, y reconfortarnos con los atractivos, que a buen seguro son muchos, del lugar en el que residimos, o de algunos otros razonablemente próximos. No está de más que recuerde al respecto que si en fecha no muy lejana como es 1970 un solo planeta, el que tenemos, permitía atender razonablemente a nuestras necesidades, las cosas han ido cambiando indeleblemente para mal. Los recursos que nos correspondían para 1980 los habíamos consumido el 3 de noviembre de ese año, en 1990 el 11 de octubre, en 2000 el 23 de septiembre, en 2010 el 8 de agosto y en 2019 el 29 de julio. Para mantener el ritmo de vida que la especie humana se ha impuesto —o, por mejor decirlo, para mantener el ritmo de vida de sus capas privilegiadas—, necesitamos hoy 1,7 planetas. Y, por lo que parece, no los tenemos.

1. PARA PENSAR EL COLAPSO

Cuando hablo sobre el colapso que viene y, más aún, sobre nuestra actitud ante él, me gusta desarrollar dos historias que —creo— tienen la virtud de retratar otras tantas aristas de aquél. La primera de esas historias nos habla de alguien que se halla en un puerto y tiene que viajar, tomando un barco, a una isla [19] . Un amigo le explica que, en el trayecto correspondiente, existe un riesgo, de un 7 por ciento, de que el barco naufrague. Salta a la vista que nadie con capacidades mentales plenas subirá en semejante barco, a menos, claro, de que tenga una necesidad insorteable de llegar cuanto antes a la isla. Parto de la firme convicción, aun con todo, de que el riesgo de un colapso general del sistema se halla muy por encima de un 7 por ciento, y, sin embargo, todos los días seguimos montando e n ese barco.

El segundo relato nos pide que imaginemos que mañana un centro de investigación de máximo prestigio afirmase, sin margen para la duda, que en el año 2072 un gigantesco asteroide chocará con el planeta Tierra [20] . Parece servida la conclusión de que pasado mañana el sistema de Naciones Unidas, los gobiernos de los diferentes Estados, las fuerzas armadas, los centros de investigación y las uni versidades pondrían manos a la tarea de determinar qué es lo que podemos hacer para evitar ese impacto. Aunque las circunstancias que hoy nos empiezan a atenazar en forma de cambio climático y de agotamiento de las materias primas energéticas tienen un peso cada vez más asimilable al que acarrea el asteroide, preferimos, sin embargo, mirar hacia otro lado. Tal vez se deba a que el colapso que se

avecina es el producto de la acción de la especie humana a través de un sistema llamado capitalismo. Y no a una catástrofe natural.

1. LAS LENTEJAS DE DIÓGENES

Cuenta Anthony de Mello en uno de sus textos que un buen día se hallaba el filósofo Diógenes cenando lentejas [21] . Lo vio otro filósofo, Aristipo, quien vivía de manera más que holgada porque no dudaba en adular una y otra vez al rey. Aristipo le espetó a su compañero: “Si aprendieses a someterte al rey, no tendrías que comer esas miserables lentejas, Diógenes”. Éste, muy rápido, le respondió: “Si tú, Aristipo, hubieses aprendido, como es debido, a comer lentejas, no te verías en la obligación de adular al rey”.

El relato sobre Diógenes me trae a la memoria cuántas son las ataduras que acabamos por aceptar para acceder a bienes, o a privilegios, que en los hechos nada sustancioso aportan en nuestra vida. Y lo mucho que ganaríamos si, alejándonos de la servidumbre voluntaria de la que habló La Boétie, procurásemos alejarnos, también, de esas dependencias. Hace unas semanas, y con ocasión de un acto público, una señora de cierta edad dijo algo que me pareció muy sensato. Adujo que la austeridad personal, la renuncia al gasto innecesario, el designio de trabajar menos, y de procurar hacerlo en lo que nos gusta, la voluntad de acrecentar nuestras relaciones personales y el propósito de rebelarnos deberían ser nuestra guía con independencia de lo que ocurra a nuestro alrededor, de que progrese o no la crisis ecológica, de que se avecine o no el colapso, y de que sirvan de algo o no las cumbres internacionales.

Con cierta frecuencia me topo con personas que, acaso de buena fe, sugieren que quienes defendemos prácticas de decrecimiento seríamos incapaces de mantener en pie una sociedad compleja como la de estas horas y de satisfacer de manera convincente, en paralelo, nuestras necesidades. No me queda más remedio que responder, como Diógenes, que nuestro objetivo no es, en modo alguno, mantener esa compleja sociedad, y que nos reservamos el derecho a discutir la bondad de esas necesidades que invocan. Las lentejas, bien cocinadas, son muy sabrosas. Lo sabía a la perfección Diógenes.

1. COLAPSE AHORA Y EVITE AGLOMERACIONES

A menudo me preguntan si podremos esquivar el colapso. Suelo responder que, en mi intuición —subrayo que no hay otra cosa que eso: una intuición—, la respuesta es no. Lo que creo que está a nuestro alcance es mitigar algunos de los efectos más negativos de ese colapso y, tal vez, postergar un poco en el tiempo su manifestación.

Debo confesar, sin embargo, que no sé si esta última posibilidad que acabo de mencionar —la de postergar un tanto el colapso— nos interesa. Me viene a la memoria al respecto una obra de John Michael Greer. Su título en inglés, moderadamente humorístico, es Collapse Now and Avoid the Rush [22] . Lo traduzco libremente al castellano: colapse ahora y evite aglomeraciones. El argumento de fondo viene a decirnos que si, inevitablemente, vamos a colapsar, ¿no será preferible que anticipemos ahora los rasgos de la sociedad poscolapsista y nos medio beneficiemos de

que el cambio climático aún no ha hecho valer sus consecuencias más dramáticas y de que todavía hay reservas importantes de ma terias primeras energéticas? ¿No será más inteligente, en otras palabras, construir desde ya una sociedad alternativa basada en el decrecimiento, la rerruralización, la destecnologización, la despatriarcalización, la descolonización, la descomplejización y la desmercantilización de todas las relaciones? Aunque la operación no diese en plenitud los resultados apetecidos, algo habríamos aprendido, ¿verdad? Con el agregado, y permítaseme la ironía, que debo a Antonio Turiel, de que, si las cosas van mal, bien podríamos regresar, de manera callada, a las miserias de la sociedad que se apresta a colapsar…

1. EL TRANSPORTE EN ESTADOS UNIDOS

Y EN CHINA

Hace muchos años cayó en mis manos un artículo redactado por un premio Nobel de economía. En aquel texto —he perdido su traza— Wassily Leontieff acometía una comparación entre los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. Vaya por delante que, pese a las apariencias, la intención del autor no era sopesar dos macrosistemas económicos, como bien podía ser el caso del capitalismo liberal y de fuere lo que fuere que hubiere en China en aquel momento. Podríamos sustituir el nombre de China por el de Tailandia o el de Birmania, y sospecho que el argumento no experimentaría mayor menoscabo.

El Nobel de economía empezaba señalando que Estados Unidos disfrutaba del sistema de transporte más desarrollado del mundo. Contaba el país con un número ingente de kilómetros de autovías y autopistas, disponía del mayor número de automóviles por habitante y, en suma, exhibía los niveles más altos del planeta en lo que respecta al consumo de gasolina. Cuando llegaba, sin embargo, el momento de valorar cómo ese hiperdesarrollado sistema de transporte satisfacía las necesidades cotidianas, los problemas se manifestaban con fuerza. El habitante medio de Estados Unidos residía a 55 minutos en automóvil de su puesto de trabajo, tenía que madrugar mucho cada mañana, se veía a menudo inmerso en gigantescos atascos que dañaban sus nervios, y que hacían otro tanto con el medio natural, para, en fin, llegar comúnmente tarde a trabajar.

En aquel momento —hablo, conviene tenerlo presente, de varias décadas atrás— Chi na a duras penas se asomaba, en cambio, a los anuarios estadísticos internacionales. En el país no había ni autopistas ni autovías, el número de automóviles de uso privado era muy bajo y, en fin, el consumo de gasolina por habitante y año resultaba ser irrisorio. Y, sin embargo, el habitante medio residía a cinco minutos en bicicleta de su puesto de trabajo, podía dormir cada mañana una hora más que su homólogo norteamericano y no se veía inmerso en formidables atascos que dañasen sus nervios, e hiciesen lo propio con el medio natural, para, al cabo, lleg ar comúnmente en hora a trabajar.

Leontieff se preguntaba, claro, cuál de esos dos sistemas de transporte, el norteamericano o el chino, era objetivamente más desarrollado. En el buen entendido de que —agregaba— en modo alguno deseaba ignorar que resultaba más que probable que la mayoría de la población china no

ingiriese el número de calorías necesario para llevar adelante una vida digna. Que todo hay que decirlo.

1. LA HISTORIA DEL NENÚFAR

Es bien conocida la historia del nenúfar [23] . Sirve para ilustrar lo fácil que es equivocarse cuando llega el momento de evaluar el destrozo que hemos provocado en el medio natural. Y para llamar la atención, en paralelo, sobre la rapidez con que se hacen valer procesos que visiblemente escapan de nuestras manos.

Imaginen ustedes un lago en el que hay un nenúfar. Sabemos que este último se multiplica al ritmo de dos por uno cada día. Si el lunes hay un nenúfar, el martes serán dos. Sabemos también que, conforme a ese ritmo de multiplicación, el lago estará repleto de nenúfares luego de veinte días, con lo que las plantas, faltas de espacio vital, perecerán. Caso de que yo les preguntase en cuál de esos días piensan ustedes que el lago estará cubierto en su mitad por nenúfares, un procedimiento de razonamiento rápido y espontáneo tal vez aconseje responder que será el décimo día. Como inmediatamente se percatarán, no es la respuesta correcta. La respuesta correcta habla del día 19: si en ese momento los nenúfares ocuparán la mitad del lago, comoquiera que se multiplican por dos cada jornada, el vigésimo día colmarán todo aquél.

El día 18 los nenúfares ocuparán una cuarta parte del lago, el 17 una octava parte y el 16 una dieciseisava. Pongamos por caso que estamos en el día 16. Alguien dirá: no es tan grave lo que hemos hecho, toda vez que, al fin y al cabo, sólo hemos dañado una dieciseisava parte de la superficie del planeta. Alguien replicará, sin embargo, con mejor criterio: hemos puesto en marcha un proceso endiabladamente rápido, de tal manera que nos quedan sólo cuatro días. Y de tal manera, por añadidura, que cuanto más posterguemos nuestra intervención mayores esfuerzos, recursos y energías serán necesarios.

1. LA FARSA DEL AUTOMÓVIL,

Y DEL AUTOMÓVIL ECOLÓGICO

Hay dos textos de Eduardo Galeano que nos emplazan delante de la triste realidad de lo que el automóvil y su mundo han acabado por significar. El primero, incluido en Espejos , ve en aquél al niño mimado de la familia, lamentablemente glotón —devora petróleo, gas, maíz y lo que toque—, dueño del tiempo de los humanos que supuestamente disfrutan de él, inmerso en una vorágine de recalcitrante reproducción, asesino en calles y carreteras, empeñado en robarnos el aire y sarcástico cuando nos escucha decir eso de “Yo conduzco” [24] .

El segundo se revela en otro li bro, El cazador de historias , y habla de una ceremonia religiosa que se desarrolló con formidable eco mediático en Quito, en el Ecuador, a mediados de 1972 [25] . Tras entonar el himno nacional y con las emociones a flor de piel, en el altar construido al efecto, rodeado de flores, se pudo observar el primer barril de petróleo producido en el país por Texaco. Cuenta Galeano que, en medio de la devoción popular, el

general Rodríguez Lara, que había entregado el negocio a la empresa norteamericana, gritó: “¡Vamos a sembrar petróleo! ¡Una nueva era ha nacido!”. Esa era la configuraban, claro, las más feroces matanzas de indígenas de la historia de la selva amazónica.

Quiero agregar una última glosa a lo del automóvil y su mundo, y lo hago llamando la atención sobre esa farsa contemporánea que es el coche ecológico . Dejaré de lado que la producción de ese tipo de automóvil es tan onerosa, en términos medioambientales, como la de un vehículo convencional. Me olvidaré también de que esos automóviles contaminan menos, ciertamente, por el tubo de escape, pero contaminan más, en cambio, a través del sinfín de artilugios que incluyen en su interior. Lo que me interesa subrayar es que, a tono con una idea que manejo en otro lugar en este librito, e infelizmente, quienes dirigen el planeta consiguen que no hagamos las preguntas importantes. En este caso la más relevante que deberíamos formular es la relativa a si necesitamos coches. La industria automovilística ha decidido ya, por nosotras, que los necesitamos y nos los ofrece con el envoltorio de un supuesto compromis o ecológico que no acierta a ocultar la miseria que hay por detrás.

1. BONDADES DE LA ALTA VELOCIDAD

Entre los mitos españoles del momento descuella, con fuerza propia, el del AVE, el de la alta velocidad ferroviaria. Se materializa en trenes para ricos que, insostenibles, consumen cantidades ingentes de energía y propician, no sin paradoja, una llamativa desertización ferroviaria.

Hace unos años el entonces presidente español, José Luis Rodríguez Zapatero, inauguró un tramo de alta velocidad entre Córdoba y Antequera, en Andalucía. El reclamo publicitario de esa inauguración era la idea de que el trayecto en tren entre Granada y Madrid se reducía de seis horas a cuatro horas y media. Un par de días después apareció en un diario una carta de un granadino que con fesaba haber realizado el experimento y certificaba que era verdad: había ahorrado una hora y media de su tiempo en el viaje a Madrid y otra hora y media en el regreso a Granada. Cada una de esas horas ahorradas le costaba, sin embargo, 18 euros adicionales. El granadino en cuestión confesaba preferir el viejo tren, que le dejaba leer una hora y media más por trayecto y que, sobre todo —y no nos engañemos—, le permitía ahorrarse un dinero que no le sobraba.

Unos años después, en 2010, el entonces ministro de Fomento español, José Blanco, convocó en Madrid una rueda de prensa para promocionar la nueva línea de alta velocidad que debía comunicar Madrid y Valencia. En su intervención echó mano de una estimación desoladora. Según Blanco, la nueva línea debía permitir que se redujese en un 55 por ciento el tráfico aéreo entre esas dos ciudades, en un 25 por ciento el tráfico en automóvil y en un 5 por ciento el tráfico en autobús. Retraduzco el que entiendo que es el significado insorteable de esas cifras: hemos invertido millones de euros para aprestar una nueva infraestructura ferroviaria, pública, llamada a permitir que la mitad de las personas pudientes que viajaban en avión entre Madrid y Valencia cambien al tren, mientras la abrumadora mayoría de las pobres que lo hacían en autobús van a seguir empleando ese medio. No parece el mejor uso de los recursos de todas.

Un colega andaluz afirmó en su momento que el AVE es un ejemplo de libro de cómo los integrantes de las clases populares celebran con alegría que con los impuestos que pagan se construyan líneas de alta velocidad al servicio, casi en exclusiva, de los miembros de las clases adineradas. Y es que si alguien se pregunta a quién beneficia el AVE habrá que responder que, las empresas constructoras y las gentes de la mordida aparte, su gran beneficiario son, vaya paradoja, las compañías privadas de autobu ses.

1. FELIPE GONZÁLEZ, EL OLVIDADIZO

A Felipe González, el otrora presidente español, le preguntaron en una ocasión cómo habría que afrontar los retos derivados del agotamiento progresivo de las materias primas energéticas. Respondió que al efecto había que asumir tres grandes medidas: desplegar energías limpias y renovables, diversificar las fuentes de suministro y, en suma —creo que cito de forma literal—, reabrir mesuradamente el debate relativo a la energía nuclear, o, lo que es en los hechos lo mismo en la neolengua de González, aprestar nuevas centrales nucleares.

No me interesa ahora glosar lo que González dijo, sino, muy al contrario, llamar la atención sobre lo que, significativamente, no dijo. Parece que en un escenario de escasez la primera respuesta, la más elemental, reclama por fuerza reducir el consumo de energía. ¿Por qué González no invocó en primer lugar —en realidad no mencionó en momento alguno— lo primero que tenía que invocar? No voy a descartar la posibilidad de que tuviese una mala tarde. A cualquiera le puede pasar. Pero creo que la explicación mayor llega de otro lado: Felipe González llevaba muchos años cobrando, y bien, de una poderosa empresa del sector eléctrico. Su silencio era un silencio culpable: no estaba haciendo otra cosa que defender los intereses de la empresa que le pagaba.

Para hacer frente al delicado panorama energético que se nos echa encima hay que asumir, simultáneamente, dos grandes medidas. La primera es, ciertamente, la primera de las defendidas por González: hay que desplegar energías limpias y renovables, pero nunca al servicio de nuestro estilo de vida despilfarrador y derrochador. Y ello siquiera sólo sea por una razón muy prosaica: no dan para eso. La segunda exige, inexorablemente, reducir —que podemos hacerlo con facilidad— el consumo energético. Aunque ello no interese a la empresa de la que González cobraba.

1. SEMINARIOS Y APOYO MUTUO

La introducción del llamado plan de Bolonia en las universidades europeas acarreó, en el terreno pedagógico, y en el de los tiempos asignados a diferentes menesteres, un cambio significativo: se acrecentó el relieve asignado a los seminarios, una figura que existía de antes, ciertamente, pero que tenía hasta entonces una importancia menor. Cuando hube de enfrentarme a ese cambio decidí que la mejor manera de asumir la tarea correspondiente era organizar debates con el alumnado.

Al calor de esos debates, y en el primer año de aplicación del plan, me sorprendió desagradablemente el eco que sobre la mayoría de las personas asistentes —había, claro, sus excepciones— tenía la idea de que las sociedades sólo progresan en virtud de la competición más feroz, del codazo más descarnado. Contestar esa percepción no es tarea sencilla, y no lo es ante todo por una razón: la idea en cuestión da cuenta, innegablemente, de una parte significativa de la realidad. Sería absurdo negar que hay una dimensión competitiva en la naturaleza humana. Lo único que estaba a mi alcance era subrayar que, por fortuna, esa naturaleza, muy compleja, incorpora también poderosos elementos vinculados con la solidaridad y la cooperación.

En algún caso me atreví a sugerir la lectura de un libro a mi entender maravilloso. Hablo del Mutual Aid (El apoyo mutuo) de Kropotkin [26] . Sabido es que este último fue uno de los pensadores anarquistas más afamados a caballo entre los siglos XIX y XX. Pero fue también —no lo olvidemos— un científico de renombre internacional. Lo que hace Kropotkin en su libro es demostrar empíricamente que hay muy numerosos y muy consistentes ejemplos de especies animales que progresan a través de esa solidaridad y esa cooperación que antes mencionaba. Importa subrayar la dimensión biológica del argumento correspondiente, que viene a explicar —entiendo yo— por qué, pese a capitales, Estados y patriarcados, la práctica de la solidaridad no ha muerto.

1. SOBRIEDAD Y GENERACIONES

Aunque doy por seguro que muchos de los conceptos que manejamos tienen una dimensión generacional, lo cierto es que apenas prestamos atención a ésta. Me parece evidente, sin embargo, que términos como los que hablan de sobriedad y sencillez voluntaria muestran un significado diferente a los ojos de alguien que nació en 1940, de alguien que lo hizo en 1970 y de alguien que tiene hoy veinte años de edad.

Permítaseme que rescate al respecto dos vivencias que redundan en provecho de esa conclusión. La primera se refiere a una figura que ha medio desaparecido de los trenes españoles: la de un anciano, o una anciana, que procedía a comer en el vagón y sacaba al efecto un bocadillo y una pieza de fruta. El arrobo con que contemplaba y manoseaba esos alimentos sólo podía explicarse porque en algún momento de su vida le habían faltado. Quienes nacimos después mantenemos una relación fría, y creo yo que poco inteligente, con los alimentos: damos por descontado que están ahí, tranquilamente, a nuestra disposición. Craso error, tanto más si tomamos en consideración lo que probablemente se nos va a venir encima.

Señalaré, en segundo lugar, que todos los años, y hasta hace bien poco, recibía en Madrid una llamada telefónica que, en nombre de un grupo de mujeres de mucha edad, sondeaba mi disposición a dar una charla. Hace algo así como una década me preguntaron de qué quería hablarles y respondí que deseaba hacerlo de decrecimiento. El día previsto para mi intervención no tuve tiempo, con todo, de prepararla. Prepararla en este caso significaba sentarse un momento, pensar en la condición del público que te va a escuchar y, llegado el caso, reorientar argumentos, ejemplos o anécdotas. Así las cosas, conté a estas buenas señoras lo que suelo relatar cuando hablo de decrecimiento, y lo hice con el temor de que no me entendieran y se abriese camino una situación conflictiva.

No fue así. Creo que comprendieron rápidamente lo que reclama la perspectiva del decrecimiento. Acaso volvieron la mirada a una etapa muy dura de su juventud —el franquismo más oscurantista y ultramontano—, rebuscaron lo que por aquel entonces podían significar la sobriedad y la sencillez voluntarias, y llegaron a la conclusión de que una y otra aportaban valores interesantes. Pienso, para situarnos, en un momento en el que un jersey tenía que durar una década y en el que era literalmente impensable tirar a la basura un mendrugo de pan. Estas buenas mujeres conservaban en la cabeza un espacio virgen que, convenientemente estimulado, podía producir sorpresas agradables.

1. EL NEGOCIO DE LA SEGURIDAD

Tiene su interés escarbar en las paradojas de la vida, y en singular, y por una vez, en las paradojas de la vida del capital. Me cuenta un colega que los robos en viviendas dotadas de alarma de seguridad son más numerosos que los que se producen en las que carecen de aquélla. ¿Por qué? Por una razón sencilla: quien contrata una alarma está dando a entender que en su hogar hay algo valioso que merece ser protegido. Y que merece —supongo— ser sustraído. A ello se suma el hecho de que, por lo que me cuentan, la policía suele tardar mucho en llegar al escenario del robo. En tales condiciones, a duras penas sorprenderá que se me haya pasado por la cabeza la idea de crear una empresa que expida, a precio de oro, carteles que recen: “Lo sentimos: en esta vivienda no opera ninguna alarma de seguridad”.

Cuando coloqué en las redes sociales un comentario sobre lo anterior, me convertí en beneficiario de algunas historias que beben, en un grado u otro, de esas paradojas. Recuerdo que un amigo me habló de alguien que había instalado una puerta blindada en el piso que estaba comprando con el sudor

de su trabajo. El día en que, incapaz de pagar la hipoteca, lo desahuciaron decidió arrancar de cuajo la puerta en cuestión y llevársela. Menos traumático fue lo de mi padre. Hace mucho tiempo instaló, también, una puerta blindada en su casa. Me vi en la obligación de señalarle que la puerta era, con mucho, el objeto más valioso de cuantos adornaban aquella más bien modesta vivienda. A ver si se la iban a robar…

1. EL JUICIO FINAL

En este libro ya me he referido a la sorpresa que tiene que producir el hecho de que la práctica de la solidaridad perviva, pese a todo, en un escenario marcado desde tiempo atrás por el capital, el Estado y la sociedad patriarcal. Jorge Riechmann rescata en uno de sus textos la opinión de Ken Booth, quien a su vez invoca un juicio final en virtud del cual nos encontraríamos con formas de pensar y de comportarnos tan arraigadas como regresivas [27] . Al amparo de ese juicio, la historia ajustaría cuentas con esas formas que, tal y como las concibe Booth, y en la expresión de Riechmann, serían las que siguen.

“Cuatro mil años de patriarcado (la idea de que los varones son superiores y deben dominar la sociedad); dos mil años de religiones proselitistas (la convicción de que nuestra fe es la verdadera y merece ser universalizada); quinientos años de capitalismo (‘un modo de producción de increíble éxito, pero que exige que haya perdedores además de triunfadores, siendo la naturaleza uno de los perdedores más destacados’); unos trescientos años de estatismo-nacionalismo (el juego de la soberanía acoplado con el narcisismo nacional, que genera una política internacional concebida como lucha competitiva de unas naciones contra otras, en el contexto de la desconfianza humana y la institución de la guerra); unos doscientos años de racismo (la ideología según la cual hay seres humanos superiores e inferiores, basada en diferencias biológicas menores), y casi cien años de democracia de consumo , que ha conducido a lo que Galbraith llamó una cultura de la satisfacción para los triunfadores dentro de cada sociedad y entre unas sociedades y otras, mientras los perdedores viven en condiciones de opresión y explotación. El juego histórico de estas ideologías e instituciones nos ha llevado a un mundo crecientemente disfuncional, donde cientos de millones de seres humanos, y la naturaleza, se encuentran cada vez peor”.

Apostilla Riechmann que aunque el homo sapiens sapiens lleva unos 200.000 años en el planeta, ha bastado apenas siglo y medio de sociedad industrial para situarnos ante al abismo. Hay que preguntarse —agrego yo— si en estas condiciones no estamos obligadas a desechar todo lo que una ideología, la del progreso , ha descrito y, sobre todo, nos ha prometido.

1. CAMPESINADO

Hace unos años me cupo en suerte hablar sobre decrecimiento en tres institutos de bachillerato de la Galicia ru ral. Aunque no se me había pasado por la cabeza plantearlo, pregunté al centenar de adolescentes que, en cada salón de actos, asistía a esas charlas quiénes tenían un conocimiento, siquiera somero, de las faenas agrícolas y ganaderas. Sólo tres brazos, uno en cada grupo, se levantaron para confesar ese conocimiento. Si esto

ocurría en la Galicia rural —pensé—, parece servida la conclusión de que no tenía sentido alguno formular una pregunta similar en Madrid o en Barcelona. Los urbanitas nada sabemos de las faenas agrícolas y ganaderas.

Unos meses después participé en una mesa redonda sobre soberanía alimentaria en Albacete, en La Mancha. Escuché con mucha atención a un hombre de mi edad que lo primero que hizo fue, con criterio inapelable, autodescribirse como campesino . Aclaró que él era tal, y no un agricultor , término este último que remite sin rebozo a la neolengua de la Unión Europea y de su maravillosa política agraria incomún. Y explicó que, apoyados por sus progenitores, los pocos jóvenes que quedaban en el pueblo en el que vivía lo último que tenían en mente era dedicarse a plantar patatas, tomates y pimientos. La certificación de la vergüenza que les producía el trabajo de sus ancestros hizo, aun así, que se me encendiese una bombilla: acaso entre esos otros jóvenes que me escucharon, no sé si con mucha atención, en Galicia había bastantes más que conocían las faenas del campo que quienes habían levantado el brazo. Lo que ocurría era que les producía genuina vergüenza confesar ese conocimiento. No sé, claro, si esta conclusión que acabo de enunciar invita a la alegría —aún queda esperanza — o, por el contrario, nos sugiere que debemos dar la batalla por perdida.

Cierto es que queda, con todo, una puerta abierta: la que bien podrían cruzar muchas de esas gentes inmigrantes que proceden de zonas rurales del África subsahariana o de América Latina y que conservan un tesoro de conocimientos que a nosotras nos han robado. Unos días antes de acudir a Albacete había tenido la oportunidad de leer un libro sobre textos escolares de la España del primer tercio del siglo XX. Brillaba con luz propia una materia llamada horticultura. ¿Estaremos a tiempo de recuperar esos conocimientos?

1. MISERIAS DE LA RESILIENCIA

En uno de sus textos, Verónica Sánchez ha llamado la atención sobre la singular condición de las islas Batanes, en Filipinas [28] . Este pequeño archipiélago, acosado una y otra vez por los tifones, constituye un modelo de lo que ha dado en llamarse resiliencia , esa capacidad de afrontar las presiones y los problemas, y de conseguir mantener, ante unas y otras, la esencia propia. Una vez que el tifón se ha retirado, con los destrozos consiguientes, se inicia inmediatamente la reconstrucción, sin aguardar ayudas externas. La cultura local se basa en una combinación de autonomía, austeridad y fortaleza, desde el trabajo comunitario y desde el apoyo mutuo. Recuerda Verónica que, para los habitantes de las islas, no haber reconstruido su vivienda o no haber ayudado a hacerlo a quienes viven cerca es motivo de vergüenza. Conservan una cultura que, en todos los ámbitos, desde la alimentación hasta la construcción, resiste al temporal.

En el mundo rico se habla a menudo de resiliencia, un concepto que se vincula con el diseño y con el desarrollo territorial y urbano. Es frecuente que las ciudades desplieguen planes al efecto. A su amparo se combinan, por un lado, la riqueza, la seguridad, la tranquilidad y la co modidad, y, por el otro, la fragilidad y la vulnerabilidad de los habitantes. Estos últimos configuran poblaciones que dependen de macrosistemas que se

desequilibran con facilidad ante problemas menores o ante la simple interrupción de los suministros. Los planes mencionados parecen llamados a convertirse en papel mojado si se descuida, como es muy común, la capacitación individual. “Es el precio del bienestar”, apostilla Verónica, “de la educación basada en la felicidad, de la seguridad como medio anhelado de vida, de la reducción del esfuerzo, del lujo entendido como confort . La consecuencia de la supeditación del individuo a infraestructuras de las que no forma parte, que generan una población subordinada a sistemas de defensa y protección ajenos”.

Vivir en medio de una tormenta constante ha permitido que los habitantes de las Batanes afronten el temporal. Su cultura es inercial y espontáneamente resiliente, y al tiempo todas las personas lo son, con conciencia clara de la necesidad del apoyo mutuo. Bien diferente es el escenario de muchas de las grandes ciudades, que se colocan la etiqueta de la resiliencia aun cuando sus habitantes poco tengan que ver, infelizmente, con esta última.

1. CONSULTORES, OVEJAS Y… PERROS

La anécdota, que he escuchado muchas veces con formulaciones más o menos similares, es bien conocida. Sirve —creo yo— para subrayar la liviandad de los conocimientos de las gentes muy formadas y la petulancia con la que suelen moverse. Ilustra, también, la conciencia que, de todo lo anterior, muestran muchas personas humildes que pasan por tontas.

Cuenta la historia que un ejecutivo, al que cabe suponer muy trajeado, se presenta con un formidable automóvil en una zona de prados en la cercanía de los Alpes franceses. Se topa con un pastor que cuida, tranquilo, de un gran rebaño de ovejas. El recién llegado, al que supondremos parisino, pregunta al pastor si, caso de adivinar en un par de minutos cuántas ovejas tiene, le regalará una de ellas. El pastor, aunque reticente, acepta la apuesta y el ejecutivo pone en marcha su poderoso ordenador, obtiene rápidamente una imagen de satélite del rebaño y aplica un potente programa de cálculo, de tal suerte que en unos pocos segundos le espeta al pastor: “Tiene usted 1.634 ovejas”.

El campesino, anonadado, asiente y le entrega al parisino el animal prometido. Recuperado del asombro, y mientras el ejecutivo está introduciendo en su automóvil la pieza cobrada, el pastor formula una contrapropuesta: “Si averiguo a qué se dedica usted, ¿me devolverá mi oveja?”. El parisino trajeado acepta inmediatamente el reto. El pastor, sin mayor dilación, le dice: “Es usted consultor, formado en la escuela de altos estudios de París”. El ejecutivo, sorprendido, confirma que es verdad y pregunta, claro, cómo el pastor ha sido tan sagaz. “Muy sencillo”, responde este último. “Ha venido usted aquí sin que nadie lo haya llamado, me ha transmitido una información —el número de ovejas de mi rebaño— que yo ya conocía y, para colmo, y a manera de ilustración cabal de sus conocimientos en materia de ganadería, estaba a punto de llevarse en su coche a mi perro, que en nada se parece a una oveja”.

No sé qué es lo que tiene más relieve en esta historia: si la inteligencia natural del campesinado o la estupidez congénita de muchas de las gentes que se han formado, eso sí, en una escuela de altos estudios.

1. DISPARABAN CONTRA LOS RELOJES

La aparición de los relojes en las torres de las iglesias en la Europa de la Edad Media produjo a buen seguro cambios radicales en la percepción del tiempo, y en particular en la del tiempo de trabajo. Multiplicó los mecanismos de control de manera acaso tan brutal con la que han permitido en las últimas décadas internet y herramientas afines. Así los hechos, a duras penas puede sorprender que a principios del siglo XIX quienes nutrían el movimiento luddita en Inglaterra no sólo destruyesen las máquinas que acarreaba la primera industrialización: hicieron lo propio también con los relojes instalados en las fábricas, en los que veían, con inevitable lucidez, aberrantes formas de control sobre su tiempo y sobre sus vidas. Tampoco sorprenderá que Walter Benjamin tuviese a bien recordar que en París se disparaba contra los relojes durante la revolución de Julio de 1830.

Frente a ello no parece de más subrayar que no faltan las fábulas que otorgan relieve central al tiempo. Una de ellas la cuenta Anthony de Mello y relata cómo los animales, reunidos en asamblea, empezaron a quejarse de que los humanos les robaban [29] . La vaca se quejó de que le quitaban la leche, la gallina se refirió a los huevos, el cerdo a la carne y el tocino, la ballena a la grasa… La única voz disidente fue la del caracol, quien sentenció: “Tengo algo que, por encima de cualquier otra cosa, a los humanos les gustaría poseer. Algo que me quitarían si pudiesen: tiempo”. Un dicho muy conocido recuerda lo extraños que somos los habitantes del norte del planeta: disponemos de relojes pero, sin embargo, carecemos de tiempo.

1. LOS TRANSGÉNICOS DE LA MUERTE

Mi colega Gustavo Duch ha escrito este hermoso texto sobre los transgénicos y sus efectos [30] . Ahí lo dejo.

“Al abrir los ojos aquel árbol trilenario , doscientos años después del parpadeo anterior —que ése es su ritmo normal— lo vio todo totalmente cambiado. Por arte de magia, de birlibirloque, en un abrir y cerrar de ojos —y no es metafórico— el pueblo que divisaba desde sus ramas más altas estaba completamente arruinado, como si hubiera sufrido el peor de los bombardeos. Los huertos que lo rodeaban, los molinos, los corrales de las gallinas, las ni ñas y niños jugando, las vacas pastando…, todo aquel último registro en su retina de madera había sido sustituido por un inmenso, monótono y verde campo de maíz. Su estremecimiento estaba acompañado de una sensación nueva, como un pinchazo en su tronco. Allí tenía clavado un letrero que indicaba que estaba rodeado de maíz transgénico. Rompió en lágrimas de savia clara. (…)

Sumergidos en ese mundo verde y aburrido, a la sombra del viejo gigante, dos gusanos efímeros, en la mitad de sus vidas, conversaban mientras mordisqueaban unas hojas. ‘¿Sabes qué me han explicado?’, preguntó el más risueño de ellos. ‘Hace muchos años aquí se comía maíz pero también

lechugas, acelgas, coles… y con esos alimentos vivíamos mucho más tiempo que ahora. ¡En esos tiempos el Sol se escondía para volver a salir! Entonces, además de nosotros vivían en este mundo otros animales parecidos a nuestros tatarabuelos. Hablan de unos gusanos que no se arrastraban por el suelo como nosotros. Tenían alas de colores que les permitían volar. Otros gusanos eran ciegos y vivían comiendo tierra que luego expulsaban. Sólo se les veía cuando llovía. Incluso existían unos gusanos babosos que cargaban un caparazón sobre sus espaldas'. (…)

Los transgénicos están en nuestros campos y en nuestras dietas. En los campos su expansión latifundista desplaza millones de familias campesinas. Como un rey Midas al revés, todo lo que toca lo convierte en pobreza. Y cuando toca cultivos de semillas autóctonas, les contagia su gen modificado y, así, las marca como prisioneras. ¿Será que les cosen dos triángulos invertidos para asfixiarlas en campos de concentración? Será. Y en nuestras dietas los ingerimos de a poquito. Patatas con transgénicos, carne con transgénicos, palomitas de transgénicos y todo enriquecido con sus pesticidas asociados.

¿Y cómo lo afrontamos? Con una clase política subyugada que pareciera abrir y cerrar los ojos al ritmo de esos viejos árboles. Cuando toman conciencia de la realidad — si la toman— se quedan con cara de bobos, incapaces de reaccionar. (…)".

1. LEER A BAKUNIN EN LA FÁBRICA

No tengo el hábito de leer en casa. En los hechos creo que puedo afirmar que sólo leo en el transporte público, esto es, en los autobuses, en el metro y en los trenes. Leo, sin embargo, mucho, por cuanto en la ciudad en la que vivo, para bien o para mal, el transporte público se lleva mucho tiempo. Mi único enemigo frontal en esos recintos es el ruido, que parece ir a más en sociedades como las nuestras. Aun con ello, creo que no va mal encaminada la conclusión que asevera que, comoquiera que no sé conducir, de no haber sido así habría leído una tercera parte de los libros que he leído. Tal vez por eso —y por otras razones, ciertamente— no me hacen mucha gracia los viajes, cada vez más rápidos, que se empeñan en proponernos.

Me viene ahora a la memoria una circunstancia relevante que ha caído visible y desafortunadamente en el olvido. Nos habla de una práctica que frecuentaban nuestros ancestros, y acaso, en particular, muchos de entre éstos que no sabían leer. La práctica en cuestión es tanto más sorprendente cuanto que se desarrollaba en lugares, los centros de trabajo, que hoy se nos antojan por completo impermeables a este tipo de menesteres. Recuerdo haber leído en alguna ocasión que en países como Cuba y Puerto Rico —a buen seguro que la lista se puede ampliar— era frecuente que quienes se ganaban el salario pagasen de su peculio a uno de ellos, o a una de ellas, para que, mientras se desarrollaba el trabajo, les leyera desde una tribuna durante un par de horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Los autores de los textos que se escuchaban de viva voz no eran nada conflictivos: Bakunin, Kropotkin, Marx… Una vez concluida la lectura, y por

añadidura, se procedía a discutir, hasta que finalizaba el trabajo, las ideas formuladas. Buen empleo ése el de lector, o lectora. Quién me lo diera.

1. ANARQUISTAS DE TEMUCO

Conozco pocos textos —¿alguno?— que retraten mejor la condición de nuestra vida cotid iana. Lo encontré en las redes sociales y lo firmaron, el 1 de mayo de 2014, quienes se hacían llamar Anarquistas de Temuco . Dice así: “Trabajar por obligación será siempre morir un poco. Enriquecer a otros, obedecer a jefes repugnantes, correr para no llegar atrasado, fingir sonrisas, recibir sueldos de hambre: todo mata. Perder momentos de amor y placer, de ocio y creatividad, y olvidar la capacidad de imaginar mañanas totalmente distintas es la condena a la que nos someten los amos de todos los tiempos y colores. Ser un trabajador ejemplar y aguantar sin chistar nunca será señal de orgullo. No seremos esclavos felices. Queremos reconquistarnos, exigimos la Vida. Y si algo tiene que morir, eso es el orden de explotación que nos somete. ¡Salud y li bertad!” [31] .

¿Qué veo yo detrás de esas líneas? Veo, por encima de todo, una contestación franca de una más de las manifestaciones, la enésima, de la servidumbre voluntaria. Acabamos por creer en lo increíble, y pensamos, al tiempo, y contra toda razón, que trabajar nos produce un placer sin límites. Como si un salario de subsistencia o, en algún caso, los ingresos que nos permiten adquirir lo que no necesitamos nos llenasen de felicidad. De por medio, bien es sabido, se barrunta una condición mayor para que se abra camino todo lo anterior: el acatamiento de la jerarquía y de la explotación, entendidas como dos rasgos connaturales de la especie humana. Y se percibe cómo ha desaparecido de nuestra memoria el recuerdo de la vida que en algún momento —cabe suponer— nos ha alegrado la existencia. Bien por los anarquistas de Temuco.

1. HAMILTON Y LAS PERSONAS COMUNES

Entiendo sin problemas que, cuando hablo de decrecimiento, o de colapso, a la cabeza de quienes me escuchan llegue inmediatamente la imagen de activistas hiperconscientes de movimientos sociales críticos. No conviene desdeñar, sin embargo, la posibilidad de que a percepciones próximas a las que defiendo se asomen, espontáneamente, personas que nunca se han vinculado —tal vez lo harán en el futuro— con movimientos sociales de ese cariz.

Hace años se tradujo al castellano un libro de un profesor australiano llamado Clive Hamilton [32] . El libro se titula Growth Fetish (El fetiche del crecimiento) y, en esencia, es un ejercicio de contestación de las presuntas virtudes del crecimiento económico. En un momento determinado de esa obra Hamilton glosa un informe de la Unión Europea relativo a algo que ocurre, al parecer, en los países escandinavos. Aunque, ciertamente, los niveles de cobertura social característicos de estos últimos, muy notables, son difícilmente parangonables con los de otros escenarios, el estudio en cuestión se refiere a una figura que conocemos bien: la de una persona de cierta edad que pierde su puesto de trabajo y se topa con enormes problemas para encontrar uno nuevo, con la zozobra psicológica consiguiente. El estudio concluye que en países como Noruega, Suecia y

Finlandia es harto común que se descubra que, con una ayuda pública, o con una pensión, que acaso equivale a una cuarta parte de lo que se ingresaba antes al amparo de la rueda del trabajo esclavo, y tras reducir unos desaforados niveles de consumo, se puede vivir mucho mejor con menos.

Me interesa subrayar lo que a esta altura debe ser obvio: Hamilton no se está refiriendo a activistas hiperconscientes de movimientos sociales críticos, sino a personas comunes que —repito— parecen dispuestas a concluir, c on argumentos fundados, que pueden vivir mejor con menos.

1. TECNOLOGÍA Y TRAMPAS

La pregunta más delicada que me han hecho en un acto público fue en Vigo, en Galicia, años atrás. En mi charla yo había expresado la conveniencia de analizar críticamente la condición de las tecnologías que el sistema nos regala y había concluido, en paralelo, que estas últimas no son tan neutras como pudiera parecer.

Un paisano tomó la palabra, explicó que est aba vivo gracias a una ultimísima tecnología que había permitido acometer una delicada operación quirúrgica y me preguntó si yo estaba en contra de esa tecnología. Mi respuesta —creo que tan razonable como poco imaginativa— consistió en declarar que, en principio, nada tenía contra la tecnología en cuestión, en el buen entendido de que, antes de asumir un juicio definitivo, creía yo que había que formular como poco dos preguntas importantes. La primera era la relativa a la condición social de esa tecnología, no fuera a ser que beneficiase en exclusiva, qué se yo, a un 5 por ciento de la población planetaria, en cuyo caso, claro, tendríamos un problema. La segunda se refería al carácter ecológico-energético de la tecnología de la que hablo, no vaya a ser, en este escenario, que su disfrute contemporáneo trabase el acceso a la misma por los integrantes de las generaciones venideras. Si hubiese estado más fino, acaso habría agregado que lo suyo es escudriñar también cuál es la dimensión políti ca de esa tecnología, no fuese a ocurrir que su despliegue reclame del concurso de instancias marcadas por la jerarquía más aberrante.

Conviene que añada, de cualquier modo, que las dispu ta s en el terreno que me ocupa tienen un significado diferente según cuáles sean los ámbitos de manifestación de la tecnologías que tengamos en mente. A principios del siglo XIX se reveló en Inglaterra un movimiento muy lúcido, el luddis mo, que hizo frente, procurando su destrucción, a muchas de las tecnologías que incorporaba la primera revolución industrial. Ya entonces el empresariado le espetaba a la clase trabajadora lo mismo que nos dice hoy: esas tecnologías permitirán reducir la jornada de trabajo y acrecentarán ostensiblemente vuestro bienestar. Entonces, como ahora, mentían.

1. BOTES SALVAVIDAS Y CARPE DIEM

Son muchas las historias que remiten al viaje, y al hundimiento postrero, del Titanic. A duras penas puede ser casualidad: nos hablan, en un grado u otro, de un prodigio de la tecnología que se presentaba como insumergible y que, sin embargo, bajó al fondo del mar con ocasión del primero de sus desplazamientos.

Recupero ahora dos de esas historias. La primera se pregunta por qué murieron tantos seres humanos a bordo del Titanic. La respuesta es sencilla: los botes salvavidas no permitían acoger a tantas personas como las que se hallaban dentro del buque. A menudo me he preguntado si esto tenía remedio, atribuyendo, claro, a la discusión correspondiente un relieve metafórico vinculado con el colapso que viene. En ese terreno creo que salta a la vista cuál era ese remedio que buscaba: desmantelar los camarotes de lujo del barco y emplear la madera para construir nuevos botes salvavidas. Me importa subrayar que esta propuesta mucho tiene que ver con la necesidad de contestar una visión, muy extendida, que sugiere que debemos encarar todos los problemas de tal manera que nadie pierda. Ésa es, a mi entender, una genuina estafa moral: quienes nos han situado en el escenario presente, el de un precipicio económico, social y ecológico, por razón tienen que perder.

La segunda historia llama la atención sobre los efectos del carpe diem en su relación, de nuevo, con la discusión sobre el colapso. Cuenta la leyenda que muchas de las personas que viajaban en el Titanic, acaso las más pobres, sabedoras de que el barco inexorablemente se iba a pique, decidieron seguir bebiendo champán y bailando un vals. El carpe diem —no se olvide— nos invita a interesarnos en exclusiva por lo más próximo, en el tiempo y en el espacio, en abierta desatención de todo lo demás. Igual no es una opción muy inteligente.

1. DOS HELADOS DE DESCANSO

Una más de las tretas que comúnmente nos acosan es la q ue nos invita a atribuir a otras personas o instancias la res ponsabilidad sobre circunstancias que en realidad remiten más bien a nuestra conducta. Muchas veces he escuchado hablar, en España, de la competencia desleal de los capitales chinos. Según esta versión de los hechos —a la que, aclararé, no quiero negar en modo alguno relieve—, esos capitales prescindirían de cualquier consideración en lo que hace, por ejemplo, a impuestos y a derechos laborales, de tal suerte que el sufrido empresariado español a duras penas podría plantar cara a semejantes tiburones de los negocios.

Recuerdo que hace unos años tuve la oportunidad de departir un rato con dos empresarios gallegos. El primero se quejó, amargamente, de la competencia que acabo de invocar y señaló que estaba por tirar la toalla. El segundo, como que lo que decía nada tenía que ver con lo anterior, confesó que había viajado muchas veces a China y que estaba invirtiendo allí el grueso de sus recursos. La pregunta parecía servida: esos capitales desleales que describimos como chinos, ¿no serán a menudo nuestros capitales que, volcados en China, procuran beneficiarse de esa competencia que se describe como desleal?

Y, al cabo, ¿ qué hay por detrás de ese designio de invertir en China? Como es fácil comprender, lo que despunta es el propósito de beneficiarse de niveles de explotación laboral mucho más duros —ya sé que es difícil imaginarlo— que los que se registran aquí. Alguien me contó años atrás que un empresario, de nuevo gallego, había creado un importante complejo fabril en el interior de China. Un buen día le comunicaron que los in-

tegrantes de su plantilla deseaban ampliar el tiempo de descanso del que se beneficiaban a media mañana. Querían que, en vez de permitirles tomar un helado, el tiempo en cuestión fuese el correspondiente a dos. El empresario, que obtenía pingües beneficios, estaba dispuesto a concederles, sin mayor quebranto, un descanso q ue permitiese ingerir tres helados. O cuatro. Pero la co sa no fue a más: la organización local del partido y la sucursal del sindicato oficial pujaron por despedir a unas gentes tan disolutas, y tan glotonas, como aquéllas. ¡Cómo no va a enamorar China a segmentos enteros del empresariado europeo!

1. LA FELICIDAD A LOS OJOS DE UN NIÑO

El relato lo recoge el economista ecuatoriano Alberto Acosta [33] . Cuenta que en una ocasión un hombre rico llevó a su hijo, de corta edad, a realizar un viaje por el campo, con el propósito de que comprobase cómo vive la gente humilde. Se alojaron un día entero, con la noche correspondiente, en la granja de una familia campesina muy modesta. De regreso a casa, el padre preguntó al niño qué le había parecido el viaje. El niño, que había tomado buena nota de lo que había visto, se declaró muy satisfecho con la experiencia.

Comoquiera que el padre procurase afinar un poco más y preguntase qué es lo que, al cabo, había aprendido, el hijo se explicó. “Vi que nosotros tenemos un perro en casa; ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina que llega de una pared a la mitad del jardín; ellos disfrutan de un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio; ellos tienen las estrellas. El patio llega hasta la pared de la casa del vecino; ellos tienen todo un horizonte de patio. Ellos tienen tiempo para conversar y estar en familia; tú y mamá tenéis que trabajar todo el tiempo y casi nunca os veo”. Como es fácil intuir, el padre quedó mudo y perplejo, tanto más cuanto que hubo de escuchar la conclusión que el niño extraía de todo lo vivido: “Gracias, papi, por enseñarme lo ricos que podemos llegar a ser”.

Me parece que salta a la vista que las gentes, en el Norte y en el Sur, entre quienes tienen riquezas y entre quienes carecen de ellas, muestran a menudo diferencias abismales en lo que se refiere a la determinación de qué es la felicidad. Tal vez por eso no deba sorprendernos que algunos países que comúnmente, y no sin razones, etiquetamos como pobres se encuentren, sin embargo, en el grupo de los privilegiados cuando se aplican indicadores que lo que procuran es medir eso, la felicidad, y no las magnitudes que quedan reflejadas en esa gigantesca estafa que es el producto interior bruto.

1. DEL COSER Y DE LOS LAVADEROS

En uno de sus textos explica María González Reyes qué significa, para muchas mujeres, coser [34] . Lo hace así: “Se juntan para coser. Bueno, en realidad no se juntan para cose r, se juntan para otras cosas. Y, de paso, cosen. Si cosen, sus maridos no dicen nada. Si se juntan con otras mujeres para coser, sus maridos no dicen nada. Tampoco dice nada la policía. Y ellas cosen, de paso cosen. Mientras dan puntadas y se intercambian los hilos de colores hablan. Hablan de sus cosas. Cosas de mujeres. Hablan de economía, de la de casa, de la del mundo. Hablan de política, de cómo revertir situaciones injustas. Hablan de cómo cuidar a los que les rodean.

Hablan de cómo cuidarse entre ellas. Hablan de cosas de mujeres. Y, de paso, cosen”.

El relato de María me trae a la memoria una historia mil veces contada. Tuve contacto con ella por vez primera, hace tiempo, en Marruecos. Hablaba de una organización no gubernamental española que, cargada de buena intención y sabedora de que las mujeres de un pequeño pueblo tenían que hacer un largo trecho de camino para llegar al lavadero, peleó para llevar el agua a todos los hogares. Sin darse cuenta, claro, de que el lavadero, lejano, era el único lugar en el que las mujeres podían hablar de lo suyo lejos de las miradas inquisitoriales de los hombres. Bendito lavadero.

La historia del lavadero me invita a rescatar, a su vez, un cuento breve de Anthony de Mello, titulado “El mono que salvó a un pez” [35] . Dice que alguien le preguntó a un mono qué se proponía hacer cuando sacó a un pez del agua y lo colocó en la rama de un árbol. “Lo estoy salvando de morir ahogado”, respondió el mono… El infierno está plagado de buenas intenciones.

1. LOS PROFESORES, Y LAS PROFESORAS,

DE NUESTRA INFANCIA

Si había algo que lamentaba cuando daba clases en la universidad era la presión del tiempo. En virtud de un proceso que se fue agudizando con el paso de los años, y que lo era con toda evidencia de pulsión productivista, el profesorado se veía en la obligación de embuchar en un período de tiempo preciso, por lógica breve, los contenidos de materias complejas. De resultas, los ejemplos que ilustraban la teoría desaparecían, y también quedaba reducida la posibilidad de debatir con el alumnado. El escenario propiciaba la consolidación de conocimientos que a duras penas podían ser objeto de discusión y contestación.

Creo que no me equivoco cuando afirmo que los profesores, y las profesoras, de los que, en lo que hace a nuestra infancia y adolescencia, guardamos mejor recuerdo eran los que conseguían sustraerse a esa pulsión. Pienso en quienes, cuando estimaban que algo tenía relieve, le dedicaban a ese algo, con enorme paciencia y cariño, todo el tiempo del mundo, sin escatimar esfuerzos. Poco les importaba, al cabo, cumplir a rajatabla lo que establecía un programa determinado por burócratas del Ministerio de Educación. Que, infelizmente, apenas hemos progresado en este ámbito acaso lo demuestra el escaso eco que entre nosotras ha encontrado lo que se ha dado en llamar el movimiento por la educación lenta.

Tiempo atrás escuché cómo una periodista defendía otro movimiento de perfil similar: el que reivindica un periodismo lento. Ya sé que este último poco menos que remite a lo que se antoja una contradicción en los términos. Pareciera como si fuese imposible imaginar un periodismo alejado de las urgencias y de las presiones temporales. Y, sin embargo, los fundamentos de la propuesta se antojan sólidos: ¿qué menos que reclamar el tiempo necesario para desarrollar tres o cuatro entrevistas más, para confirmar un dato controvertido, para conocer sobre el terreno el escenario de los hechos o para revisar con ojo crítico el material recopilado?

Me parece que el único movimiento de este cariz que ha medio prosperado es el que reivindica una comida que, de nuevo lenta, una slow food , nos sirva para dedicar el tiempo correspondiente a acrecentar nuestra vida social y para preguntarnos de dónde procede, y cómo ha llegado hasta nosotras, lo que ingerimos. Sin dejar de mirar de reojo a lo que significaba un folleto de Slow Food Bilbao que, con toda evidencia promocionado por algunos de los restaurantes más caros de la capital vasca, ofrecía comida lenta a quienes por lo común han comido siempre despacio: la gente rica.

1. DOS ANÉCDOTAS ITALIANAS

Y UNA CODA CATALANA

En septiembre de 2011 acudí a Turín, en el norte de Italia, para participar en un debate sobre el movimiento del 15 de mayo. De aquel viaje, que fue muy breve, recuerdo dos anécdotas que, mal que bien, beben de la eterna discusión sobre lo público , sus grandezas y sus miserias.

La primera asumió la forma de una conversación entre un colega francés y otro italiano. No se trataba, sin embargo, de un chiste. El amigo francés señaló que no entendía cómo era posible que tantas gentes en Italia admirasen, o al menos votasen, a un personaje infecto como Berlusconi, quien, agregó, no dudaba en contratar prostitutas para sus fiestas nocturnas. El italiano no negó la mayor. Admitió, antes bien, que muchos, y muchas, de sus compatriotas admiraban, o al menos votaban, a Berlusconi, para inmediatamente sugerir que la admiración remitía a algo tal vez más perverso de lo que anunciaba la indignación de su interlocutor. Aclaró que había mucha gente que admiraba a Berlusconi porque pagaba a las prostitutas con dinero público , algo que —creo salta a la vista— nos emplazaba en un terreno de juego diferente.

La segunda de esas anécdotas me obliga a recordar que en las paredes de las calles del centro de Turín pendían unos muy vistosos carteles de publicidad de una revista humorística local. El titular principal rezaba: “El Estado y la mafia se separan”. A continuación se recogía una afirmación de un dirigente mafioso, que decía escuetamente: “Estaban arruinando nuestra reputación”. Como la vida misma.

Si buscan ustedes una réplica ante un escenario tan lamentable, no se me ocurre otra mejor que la que recoge Gustavo Duch en uno de sus textos [36] . Cuenta que José Ramón González visitó a una de las personas que más admiro, el obispo Pere Casaldàliga, en el Mato Grosso brasileño y le preguntó cómo había que combatir el hambre. Pere respondió más o menos lo que sigue: “Mira, el hambre no espera. Al que tiene hambre hay que darle de comer. Luego vendrá lo de enseñarle a pescar. Pero, sobre todo, sobre todo, debe saber que el río es suyo”.

1. EL COMUNICADO DE UNA AGENCIA

DE NOTICIAS BRASILEÑA

Tiempo atrás mi amigo Suso Jares, ya fallecido, me hizo saber de la existencia de un llamativo comunicado en virtud del cual una agencia de

noticias brasileña daba cuenta de algo muy interesante que ocurrió un día que se conserva indeleblemente marcado en el recuerdo. Hablo del 11 de septiembre de 2001, el día de los atentados de Nueva York y de Washington.

El comunicado en cuestión, que se explica por sí solo, decía lo que sigue:

“35.615 niños murieron de inanición el 11 de septiembre de 2001. Víctimas: 35.615 niños (fuente: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO). Lugar: países pobres. Programas especiales de televisión: ninguno. Artículos de prensa: ninguno. Mensajes del presidente: ninguno. Actos de solidaridad: ninguno. Minutos de silencio: ninguno. Foros organizados: ninguno. Mensajes del papa: ninguno. Mercados bursátiles: no les importó. Euro: siguió su camino. Nivel de alerta: cero. Movilización militar: ninguna. Teorías de conspiración: ninguna. Principales sospechosos: países ricos” [37] .

Supongo que no es preciso que agregue que si eso sucedió el 11 de septiembre de 2011, volvió a ocurrir el día 12, se manifestó de nuevo el 13, reapareció el 14… hasta hoy. Cuando uno escucha en labios de mandamases políticos que el principal problema del planeta es lo que llaman terrorismo internacional , está obligado a preguntarse por el equilibrio mental de tantas gentes que encabezan Estados e instituciones. Y por los macabros intereses a los que responden.

1. HAY QUE DEPRIMIRSE

Un texto de Matt Haig da en el clavo, a mi entender, de muchos de los elementos de sinrazón de las sociedades ricas [38] . En esencia nos dice —y traduzco casi literalmente— que el mundo está diseñado, de forma cada vez más evidente, para deprimirnos. La felicidad a duras penas interesa a la economía que nos imponen. Si fuésemos realmente felices con lo que tenemos, ¿por qué habríamos de necesitar algo más? ¿Cómo nos venderían una loción hidratante que permite ocultar el envejecimiento?, se pregunta Haig. ¿Cómo conseguirían que la gente acudiese a votar a un partido político? Hacen lo imposible para que nos preocupen el envejecimiento y la inmigración. ¿Cómo provocan la obsesión por la seguridad? Promoviendo, claro, que todo nos produzca inquietud. ¿Cómo logran que nos interese la cirugía plástica? Subrayando, como es lógico, nuestros defectos físicos. ¿De qué forma nos obligan a ver un programa de televisión? Generando la preocupación que nace de las consecuencias que se derivarían de no verlo. ¿Cómo consiguen que compremos un teléfono móvil nuevo? Haciendo que envidiemos el que otras personas llevan.

Así las cosas, quedarse quietas, como el pescador mexicano, bien puede convertirse en un acto más que respetable. Se trata, al cabo, de ser felices con nuestra existencia normal, esa que no se ve marcada por el deseo de crecer y de imitar. A quienes dirigen la economía no les interesa que vivamos satisfechos en nuestro cotidiano y personalísimo caos. No les agrada que sigamos siendo nosotras mismas.

1. DELICIAS DE LOS ZOOS

Quiero recoger aquí dos historias, dos propuestas, relativas a nuestros hermanos los simios. La primera invita a recordar lo ocurrido con un gorila albino, muy conocido, llamado Copito de Nieve.

Tal y como relatan lo ocurrido Salvador Cotelo y Teresa Tristán, Copito de Nieve fue capturado en África luego de que se asesinase a toda su familia [39] . Adquirido por un precio equivalente a lo que hoy son 91 euros, en 1966, cuando tenía sólo dos años, fue introducido en una jaula en el zoo de Barcelona y recibió lo que en los hechos fue una condena a prisión perpetua. Comoquiera que se trataba de un ejemplar único, se convirtió en la mayor atracción del zoo. La falta de pigmentación del gorila, la fuerza del sol mediterráneo y la ausencia de la sombra que proporciona la selva invitaban a concluir que, antes o después, Copito de Nieve padecería un cáncer de piel. No parece que eso importase, sin embargo, a quienes dirigían el zoo, que decidieron mantenerlo en el exterior pese a que en el animal se hicieron presentes desde muy temprano problemas en la piel e irritación en los ojos. Aunque en 2001 el cáncer acabó con la vida de Copito de Nieve, no por ello concluyó el negocio del zoo, que había sometido al animal a un ambicioso programa de cría cuyo propósito no era, claro, devolver la libertad a su descendencia, sino explotar a nuevos gorilas albinos que permitiesen mantener las ganancias. De la veintena de vástagos de Copito, en marzo de 2009 solo habían conseguido sobrevivir ocho. Ninguno de ellos vio jamás la selva africana. Todos nacieron, y morirán, entre rejas.

La segunda de las historias que anunciaba bebe de una reflexión de Óscar Horta, quien nos invita a suponer que, por lo que fuere, los seres humanos empezásemos a volvernos menos inteligentes, hasta el punto de acabar exhibiendo capacidades intelectuales similares a las que hoy muestran muchos chimpancés [40] . Supongamos también que, en virtud de un proceso de signo contrario, los chimpancés se volviesen cada vez más inteligentes, hasta alcanzar capacidades intelectuales similares a las de los seres humanos de hoy en día. Y que decidiesen cazar a estos últimos, confinarlos en jaulas y explotarlos con unos u otros fines. ¿Qué juicio nos merecería semejante conducta?

1. CHANZAS SOBRE EL TRABAJO

En un libro que publiqué años atrás, La parábola del pescador mexicano , recogí algunas bromas —igual son tan reales como la vida misma— que versan sobre el trabajo y sus aledaños. Recupero aquí alguna de ellas.

La primera dice escuetamente: “Y el trabajo, ¿qué tal?”. “Bah, me parte la mañana…”. La segunda, similar, asevera: “Y el trabajo, ¿qué tal?”. “Bah, no tengo tiempo…”. Una colega me contó en su momento que, cuando llamaba por teléfono a una amiga, solía preguntarle a ésta si estaba ocupada. La respuesta habitual era: “No, qué va. Estoy trabajando”. Por lo que parece, cuando la amiga en cuestión se hallaba fuera del trabajo nunca respondía, en cambio, y creo yo que con buen criterio, al teléfono. Otro colega me habló, en fin, de un conocido que agarró una única borrachera en toda su existencia; le duró desde los 14 hasta los 45 años. Alcanzada esta última edad le diagnosticaron una cirrosis tan grave que al poco lo jubilaron por incapacidad. Preguntado sobre si no había bebido demasiado en la vida,

respondió: “He bebido lo justo. Si bebo una copa más, me voy al cementerio. Si bebo una copa menos, aún estaría trabajando en la fábrica”.

Aunque poco tiene que ver con el espíritu de estas anécdotas, no me resisto a colocar aquí una frase que se atribuye a George Best, el célebre futbolista norirlandés. Dice algo así como lo que sigue: “El momento más duro de mi vida fue cuando decidí dejar de beber. Fueron veinte minutos horribles…”.

1. MALDITOS AUTOMÓVILES

Cu ando me toca hablar sobre decrecimiento procuro recordar que no soy una persona particularmente consecuente. Arrastro, sin embargo, algunas virtudes que nacen de mis carencias. Una de estas últimas es que no sé conducir, de tal suerte que, después de meditarlo mucho, decidí no disponer de un automóvil. Alguien se preguntará si en la ciudad en la que resido echo de menos contar con un coche. La respuesta, que intento justificar inmediatamente, es un no rotundo.

Vivo en Vallecas, un barrio emplazado al sureste de Madrid. Desde el portal de mi casa a un apeadero de ferrocarril hay cinco minutos caminando. Por término medio, y antes de jubilarme, tardaba en llegar, en tren, unos cincuenta minutos al que era mi despacho, emplazado en la Universidad Autónoma, situada al norte de la ciudad. ¿Qué habría ocurrido si hubiese dispuesto de un automóvil? A buen seguro que muchos días habría tardado menos. Pero otros, y con los atascos comunes en las ciudades de por medio, no habría sabido a ciencia cierta a qué hora iba a llegar. Mal negocio para el sufrido alumnado que me aguardaba en un aula. En un segundo escalón, creo que no tengo que justificar que desde una perspectiva ecológica el transporte público en general, el tren en particular, es manifiestamente preferible al automóvil, tanto más cuanto que lo común es que este último vaya ocupado por una única persona. En un tercer estadio, el tren me resultaba mucho más barato. La bibliografía sobre decrecimiento está llena de exhortaciones dirigidas a las personas que disponen de un automóvil y encaminadas a que calculen cuál es el porcentaje de las horas que trabajan que precisan para mantener aquél. Cuántas horas de libertad permite el automóvil y cuántas horas de trabajo esclavo previo son necesarias para pagar el vehículo, la gasolina, los impuestos, las reparaciones, los seguros… En cuarto lugar, yo en el tren podía ir leyendo, algo que hasta donde llega mi conocimiento no debe hacer quien conduce un automóvil… Me permito agregar, en fin, que la estación de tren de mi universidad se halla felizmente a una docena de minutos, a pie, del lugar en el que yo daba mis clases: todos los días me veía obligado a asumir un ejercicio físico elemental que no habría desplegado en caso de disponer de un coche.

Ya sé que hay personas que viven en determinados lugares, o tienen determinados trabajos, de tal forma que el concurso del automóvil resulta ineludible. Parto, sin embargo, de la convicción de que no es ésta la condición más habitual entre nosotras. O, por decirlo de otra manera, de que la mayoría de quienes hoy poseen un coche vivirían mejor si prescindiesen de él.

1. LA MEMORIA DEL AMIGO DE BERGER

Relata Joh n Berger en su libro Pig Earth (Puerca tierra), de 1979, que una vez iba caminando por las montañas en compañía de un amigo que tendría por aquel entonces unos setenta años de edad. “Al pasar al pie de un alto barranco me contó que una joven había encontrado la muerte allí, al despeñarse desde los pastos cuando estaban segando el heno. ¿Fue antes de la g uerra?, pregunté. En 1833, respondió él” [41] .

Qué corta es, hoy, nuestra memoria, señal —supongo— de lo poco intenso que es, en paralelo, lo que guardamos en la cabeza. Igual hacen bien las gentes de mucha edad cuando pierden la memoria cercana y se quedan con la lejana. En lo que a mí respecta, durante muchos años viví en la certeza de que lo más cercano era la guerra civil española. A buen seguro que esa percepción, una obvia distorsión de la realidad para quien nació en 1956, mucho le debía al hecho de que lo que vino de resultas de esa guerra no me interesaba nada, o me interesaba muy poco. Hoy me veo en una encrucijada delicada, porque lo que tengo más cerca, la España llamada democrática, me interesa, también, muy poco. Me parece sórdida, anodina, aburrida e hipócrita. Claro que, al mismo tiempo, la guerra civil me queda muy, pero que muy, lejos.

Por detrás de estas desmemorias sospecho, aun con todo, que está el hechizo que me siguen produciendo la etapa de entreguerras y las guerras mismas. Un hechizo que con certeza no sentiría de haber vivido estas últimas. Las cosas como fueren, aunque algún recuerdo de expresiones en gallego que oí en casa cuando era muy niño remite nada menos que a la llamada guerra de la independencia de principios del XIX, mi memoria es mucho menos firme, mucho menos intensa, que la del amigo de Berger. Y lo lamento.

1. NONO Y SUS CUENTAS

Le s ave ntures de Nono (Las aventuras de Nono) es un libro que, escrito por un francés, Jean Grave, y publicado a principios del siglo XX, tuvo mucho predicamento en el mund o anarquista español antes de la guerra civil de 1939 [42] . Recupero aquí un par de párrafos de sus páginas porque me parece tienen la virtud de subrayar que hace más de un siglo ya existía, en la cabeza de determinadas gentes, una conciencia clara en lo que atañe a algo importante: en la escuela se modelan nuestras mentes conforme a criterios que tienen, infelizmente, mucho que ver con las reglas del beneficio privado y, en su caso, de la usura.

En esos párrafos se relata que, comoquiera que a Nono le correspondió dictar un problema, decidió enunciar uno que recordaba de sus tiempos en la escuela. Hablaba de un comerciante que, tras comprar un buen puñado de piezas de paño, muchos metros, por una cantidad dada, se preguntaba a cómo debería vender el metro de tela para ganar una suma determinada. La maestra, llamada Solidaria, que acababa de presentarse, le señaló a Nono que el problema estaba bien planteado pero que en la formulación se apreciaban algunas reglas egoístas que no estaría de más discutir, toda vez que bebían, con mucha claridad, del propósito de explotar a otros seres humanos. Y para que Nono entendiese lo que quería decir, sugirió una suerte de formulación alternativa como la que sigue: “Dado que un hombre

posee tantas piezas de paño y puede sacar de cada una tantos vestidos, ¿a cuántos amigos podrá complacer entregando un vestido a cada uno de ellos?”.

Besando cariñosamente a Nono, Solidaria añadió: “Quizá eres demasiado joven para percatarte de la diferencia, pero cuando crezcas y puedas comparar, bien que lo entenderás”. Ojalá alguien hubiese tomado nota, en los últimos cien años, a la hora de redactar muchos de los libros de texto que engulle la gente menuda. Y ojalá que, de vez en cuando, el poseedor de tantas piezas de paño fuese, en esos libros, una mujer.

1. LAS GALLINAS DE BARRETT

Pocos textos retratan mejor los vicios de la propiedad privada que est e cuento magistral de Rafael Barrett, el anarquista español que medró en tierras de Argentina, Brasil, Uruguay y, sobre todo, Paraguay. A sus líneas se asoman la infelicidad que nace, qué curiosa paradoja, de la acumulación de bienes, el enrarecimiento —y, después, el encanallamiento— de las relaciones humanas y, al cabo, una lacerante inseguridad que invita a añorar los tranquilos tiempos en los que uno no disponía ni de gallos ni de gallinas.

“Mientras no poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada. La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, y la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llena para mí de presuntos ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó el cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas al intruso, pero saltaban el cerco y aovaron en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy un propietario…” [43] .

1. UNA LIBRERÍA QUE CONFUNDE VALOR Y PRECIO

Hace no mucho recibí un mensaje que me enviaba una mujer. Me explicaba que trabajaba en una librería radicada en una capital de provincia española. Y agregaba que la librería en cuestión celebraba, el año siguiente, su quincuagésimo aniversario. Querían conmemorarlo con un puñado de actos y me preguntaban por mi disposición a acudir a esa capital para mantener un diálogo, con un periodista local, sobre los avatares de la política internacional del momento.

Respondí inmediatamente para señalar que iría encantado siempre y cuando nos pusiésemos de acuerdo, claro, en la fecha prevista para ese debate. Mi interlocutora se tomó su tiempo para reaparecer en mi correo electrónico. Unas semanas después de mi respuesta me preguntó, al amparo de un mensaje escuetísimo, cuánto deseaba cobrar por mi participación en el acto previsto. Respondí, una vez más con rapidez, que si tenían dinero para pagarme lo aceptaría de buen grado, pero que, si no lo tenían, no por ello dejaría de acudir a esa medio centenaria librería.

No volví a saber nada más de la mujer. Aunque para desentrañar ese silencio pueden invocarse, ciertamente, muchas explicaciones, se me ocurre una que —a mi entender— despunta por encima de las demás: mi interlocutora cayó en la cuenta de que alguien que no cobraba por participar en un debate no tenía la suficiente categoría como para intervenir en los actos de conmemoración del aniversario de una librería de postín. Ya se sabe que Machado, don Antonio, nos invitaba a no confundir valor y precio. Pena no haber pedido tres mil euros.

1. LOS EMOLUMENTOS DEL MEJOR VIOLINISTA DEL MUNDO

A una historia que en algo recuerda a la de la librería remite —me parece a mí— una anécdota jugosa que se recoge en uno de los cuentos del escritor argentino César Aira [44] . La historia habla de una mujer inmensamente rica que, deseosa de dar empaque a una cena, se empeñó en amenizarla con música de violín y se propuso contratar al efecto al mejor violinista del mundo. Daba por descontado, claro, que la operación estaba a su alcance.

Alguien le mencionó el nombre de quien pasaba por ser el más granado violinista del planeta —el nombre y el apellido eran inequívocamente alemanes— y, ni corta ni perezosa, la organizadora de la cena lo telefoneó. El violinista, cabe suponer que más bien seco, respondió que no acudía a eventos privados, toda vez que sus emolumentos eran muy altos y dudaba que nadie estuviese en condición de satisfacerlos. La señora, sin echarse para atrás, preguntó a cuánto ascendían esos honorarios y el violinista respondió que a la cifra, presuntamente inalcanzable, de diez mil dólares. “No hay ningún problema. Lo espero esta noche”, replicó la acaudalada señora, quien agregó inmediatamente, eso sí, una exigencia: “Cenará usted en la cocina con la servidumbre y en modo alguno podrá dirigirse a mis invitados”. “Entonces”, replicó el músico, “mis honorarios cambian”. “Ningún problema”, asintió la organizadora de la cena. “Dígame cuánto es”. “Son dos mil dólares”, sentenció el violinista.

Aunque, por lo que creo entender, la historia que acabo de relatar despunta con frecuencia en los libros de psicología, más fácil me resulta hacerle un hueco en los de sociología o, aún mejor, en los de ética. Al violinista le resultaba mucho más agradable la compañía, y la conversación, de la servidumbre . Por eso estaba dispuesto a cobrar mucho menos. O incluso, por qué no, a tocar gratis.

1. LAS TRES FRASES DE 2017

A finales de 2017 decidí recopilar los argumentos más impactantes que, a lo largo de los meses anteriores, había encontrado en las redes sociales. Mi lista recogió tres que —creo— dan cuenta del momento miserable en que, en lo que hace al poder, a las relaciones sociales y al conocimiento, nos encontramos.

El primero cobró cuerpo al amparo de una viñeta en la que aparecían dos ancianos. El uno le decía al otro algo así como lo que sigue: “Quién nos iba a decir a nosotros que nuestro compromiso más revolucionario iba a consistir, sin más, en seguir viviendo para que nuestros hijos y nietos puedan seguir haciéndolo también gracias a nuestras pensiones”. El segundo se lo debo a mi amigo Felipe Zapico, quien con enorme tino afirmó que “como los bancos tengan que devolver todo lo que han robado, nos vamos a enterar”. Pues sí: los bancos ganan siempre, y cuando creemos haber salido triunfadoras, al final se llevan la pelota. ¿Por qué será? ¿Qué orden de cosas lo permitirá? El tercero, en fin, asumió la forma de una frase redonda que da cuenta de que cómo, a costa de prestar atención a materias importantes, olvidamos, sin embargo, otras que tienen, sin duda, relieve mucho mayor. Decía, más o menos, esto: “Tú, que estás tan indignado por lo que significa la corrupción, ya verás cómo vas a flipar cuando te enteres de lo que es la plusvalía”. Y es que, siendo la corrupción un fenómeno innegablemente relevante, parece que su enjundia es menor, mucho menor, comparada con la que corresponde a la explotación cotidiana de miles de millones de ser humanos. Pero —ya ven— de la plusvalía, pobre Marx, hablamos más bien poco. O nada.

1. LIBERTARIOS ESPAÑOLES

Muchas veces he pensado —volveré sobre ello en el epílogo de este libro— que la fascinación que el anarquismo español anterior a 1939 sigue produciendo entre nosotras hunde sus raíces en una realidad precisa. Me refiero al hecho de que en el mundo anarquista se dieron cita, de forma felizmente espontánea, dos pulsiones tan distintas como complementarias, la una de carácter precapitalista y la otra de condición anticapitalista.

La primera de esas pulsiones remitía al origen rural de muchas de esas gentes y se materializaba en la preservación, vivencial y no ideológica, de prácticas de trabajo colectivo y de conductas que hundían sus raíces en la solidaridad y en el apoyo mutuo. La segunda la acarreó una ideología, el anarquismo, que, orgullosamente anticapitalista, dio alas a muchos de los elementos de corte colectivo y solidario que aportaba la pulsión precapitalista.

La combinación de esos dos elementos tuvo muchas consecuencias venturosas. Permitió, por ejemplo, el sugerente experimento de las

colectivizaciones que cobraron cuerpo durante la guerra civil española. Demostraron palmariamente que es posible gestionar una sociedad compleja sin contar con empresarios, capataces y burócratas. Pero hizo posible también una huelga en virtud de la cual una parte significada del proletariado zaragozano mostró su solidaridad con un dirigente comunista alemán encarcelado con los nazis. Ojo que no estoy hablando de una huelga desplegada por motivos laborales. Lo que se hallaba de por medio no eran ni incrementos salariales ni solicitudes de reducción de la jornada laboral. Esta última, la reducción de la jornada, estaba por detrás, sin embargo, de las demandas de respeto de las fiestas religiosas que formularon durante la guerra civil muchos trabajadores y trabajadoras anarcosindicalistas que entendían, con rigor implacable, que no era imaginable una revolución que no supusiese una reducción de la jornada de trabajo. Me da que por detrás estaba el aliento, que no había muerto, de muchos códigos propios de las sociedades precapitalistas.

1. INDÍGENAS Y AUTOCONTENCIÓN

Recojo aquí un puñado de textos que, surgidos de comunidades indígenas, configuran una genuina reivindicación de la tierra, una reivindicación claramente enfrentada a las miserias que caracterizan la relación del hombre occidental con aquélla. La primera noción que —creo— inspira esos textos es la de autocontención.

Norbert S. Hill nos recuerda cuál es la conducta de mu c hos de los indígenas del norte de América: “Cuando los in dios matamos carne, nos la come mos. Cuando cavamos raíces, hacemos pequeños agujeros. Cuando construimos ca sas, practicamos también agujeros de reducidas dimensio nes. Cuando quemamos pasto, no arruinamos la tierra quemada. Sacudimos las bellotas y las piñas. No cortamos los árboles. Sólo usamos madera muerta. Pero el hombre blanco ara el suelo, derriba los árboles, lo mata todo. El hombre blanco no presta atención. ¿Cómo pueden congeniar el espíritu de la tierra y el hombre blanc o?” [45] .

En otro lugar he tenido a bien subrayar que, con intención provocadora, y por su parte, Eugene P. Odum ha señalado que algunas culturas indias radicadas en el territorio de lo que hoy llamamos Estados Unidos “muestran características de un ecosistema maduro : protección en lugar de producción, estabilidad en lugar de crecimiento, calidad en lugar de cantidad. En las sociedades indígenas se practica una forma extrema de democracia. Plantas y animales son también gente, y a través de determinados rituales y danzas se les otorga espacio y voz en las discusiones políticas de los humanos. Están representados todos los seres vivos” [46] .

Pierre Clastres ha anotado, en suma, que si el ser humano primitivo no rentabilizaba su actividad no era por no saber hacerlo, sino, antes bien, por no desearlo: no aspiraba a obtener beneficios, sin más, de esa actividad. En las lenguas de muchas de las comunidades indígenas que pueblan la Amazonia no existe, llamativamente, la palabra trabajo . El tiempo se destina a reír, hablar, festejar. Cuando hay que construir una cabaña, se

construye. Cuando hay que cazar para comer, se caza. Pero no se prolongan de manera innecesaria esas actividades.

1. LA RANA NO BEBE EN EL CHARCO EN QUE VIVE

“La rana no bebe en el charco en que vive”, reza un proverbio de los indígenas del norte de América. No hay mejor retrato que esa frase para dar cuenta de un designio de pervivencia equilibrada que piensa, clara y lúcidamente, en el futuro.

Eduardo Galeano ha tenido a bien recordarnos que en determinadas áreas de la Amazonia —viajo al sur del continente americano— se ha revelado con claridad la inteligencia propia de las agriculturas indígenas. Subraya Galeano que en la tierra correspondiente los suelos se fertilizan sin descomponerse, alimentados por un sinfín de pequeños trozos de cerámica que los indígenas esparcen, de tal forma que devuelven a la tierra lo que de la tierra viene. Así las cosas, esta última se regenera constantemente, “de tiempo en tiempo, de mano en mano” [47] .

Dejaré hablar, en fin, a otro indígena —vuelvo ahora al norte del continente — que, en c onversación con el poderoso hombre blanco, retrata con claridad preferencias y valores: “Nuestra tierra es más valiosa que tu dinero. Seguirá existiendo siempre. Ni siquiera perecerá con las llamas del fuego. Mientras el sol brille y las aguas fluyan, esta tierra estará aquí para dar vida a los seres humanos y a los animales. No podemos vender las vidas de los seres humanos y de los animales, y en consecuencia no podemos vender esta tierra. Puedes contar tu dinero y quemarlo dentro de la cabeza del búfalo, pero sólo el Gran Espíritu puede contar los granos de arena y las briznas de hierba de estas llanuras. Como regalo para ti, te daremos todo lo que tenemos y todo lo que puedas llevar contigo, pero la tierra nunca” [48] .

1. REDACTEMOS NUESTRA PROPIA CONSTITUCIÓN

No me resisto a incluir aquí esta historia que —creo— da cuenta de cómo el mundo occidental procura imponer siempre sus reglas y principios sin respetar la autonomía decisoria, y en su caso el buen criterio, de quienes entiende son inferiores. La escuché en labios de una colega, Marta Llorente, bastantes años atrás.

El relato está ambientado, hace acaso un siglo, en la Amazonia. Un funcionario brasileño recibió el encargo de explicar el contenido de una Constitución liberal al uso, como la que por entonces imperaba en el país, a quienes formaban parte de una comunidad indígena perdida en la selva. Antes de acometer la tarea se entrevistó con el responsable mayor de esa comunidad y éste le hizo una propuesta: “Explíqueme usted a mí qué es eso de una Constitución y yo, que conozco mejor las claves mentales de mi gente, se lo transmitiré sin problemas”.

Así lo hicieron, y el funcionario observó al poco que la fórmula producía venturosamente sus efectos. El responsable de la comunidad había captado muy bien qué es una Constitución y había explicado de forma muy gráfica sus trazos fundamentales, con lo que el sufrido representante del Gobierno brasileño se había ahorrado un trabajo engorroso y, cabe suponer, poco

eficiente. Las cosas rodaban, pues, a la perfección hasta que el funcionario escuchó la última frase de su traductor: “Ya habéis podido comprobar qué es una Constitución. Y habéis certificado, en paralelo, que es algo saludable. Pongámonos a elaborar nuestra propia Constitución”. Buena réplica, en toda regla, frente al espasmo colonial que arrastran las leyes, presuntamente neutras, que promovemos en todo el planeta.

1. ARENDT Y LOS AFECTADOS POR LA HIPOTECA

Mi amiga S., menuda y de salud frágil, se ha dejado la vida en defensa de causas justas. Hace unos años, y en su condición de activista de la PAH —la Plataforma de Afectados por la Hipoteca— madrileña, pidió cita con el director de una sucursal bancaria. De por medio estaba la situación de una anciana a la que el banco deseaba expulsar de su casa. A la mujer se le ofrecían como alternativa varios pisos; si unos estaban ya ocupados por otras personas, el que restaba presentaba un hueco en el techo que permitía ver las estrellas.

Supongo que S. asumió la entrevista, mal que bien, como una obligación burocrática. Lo cierto es que en su transcurso se permitió recomendar al inhumano director de la sucursal, que no daba su brazo a torcer, la lectura de un libro de Hannah Arendt titulado Eichmann in Jerusalem (Eichmann en Jerusalén) [49] . En sustancia el texto de Arendt se interesa por lo que ésta llama la banalidad — la trivialidad en mejor castellano— del mal y lo hace a través de la figura de uno de los jerarcas nazis más directamente implicados en el holocausto judío. Nos recuerda el libro cómo en aquellas circunstancias fueron muchas las personas que se escudaron en la obediencia debida y subraya al tiempo cómo cualquiera de nosotras podría verse inmersa en una maquinaria infernal como ésa.

Doy por descontado, en fin, que S. abandonó el banco sin mayor esperanza de que la anciana se beneficiase al cabo de una vivienda digna. Unos días después, y para su sorpresa, mi amiga recibió, sin embargo, una llamada telefónica del director de la sucursal. Había comprado el libro, lo había leído, la tesis le había convencido y había decidido asignar a la viejecita una vivienda decente. Arendt se hubiera levantado de su tumba de haber sabido que una de sus obras había servido, con toda evidencia, para algo.

Tiempo después de que yo tuvie se conocimiento de esta historia me encontré una tarde a S. Me explicó que lo ocurrido había tenido una secuela. Un día habían entrado ella y una amiga en un bar de una localidad cercana a Madrid. Un señor la miraba con atención. Cuando fue a pagar descubrió que el señor en cuestión las ha bía invitado. Se acercó a preguntarle por qué y el buen hombre se presentó como el antiguo director de la sucursal bancaria. Había abandonado el banco en cuestión y había puesto un bar. Sospecho que la causa de semejante cambio no era, en realidad, la lectura de Hannah Arendt, sino el empeño de mi amiga S. La fe mueve montañas, y mueve, sobre todo, personas.

1. CONVERSAR ES VIVIR

Varias veces he escuchado, con versiones eventualmente diferentes, esta historia, que en todos los casos está ambientada en algún lugar del África subsahariana. A duras penas podría ser de otro modo.

El protagonista es un campesino que, por fuerza pobre, acudía una vez a la semana, tras recorrer sus buenos kilómetros, al mercado que se desarrollaba en un pueblo importante. Aunque en otras circunstancias esto resultaría sorprendente, y por razones que inmediatamente se conocerán, le gustaba estar allí un buen puñado de horas. Tanto que no dudaba en madrugar mucho y en marcharse cuando ya había anochecido.

Una mañana, muy temprano, colocó en el suelo, en un mantel, los escasos bienes que había conseguido acopiar: dos plátanos, otros tantos tomates, tres manzanas y cuatro cebollas. Al poco apareció un turista que, raudo, le preguntó cuánto dinero quería por todo ello. En un primer momento el campesino, atónito, no supo qué decir. Cuando se recuperó, propuso una cifra que el turista aceptó inmediatamente. Sacó éste el dinero correspondiente y se dispuso a llevarse plátanos, tomates, manzanas y cebollas. El campesino reaccionó, ahora sí, con rapidez y rechazó el dinero del turista, quien no acertó a entender lo que ocurría. Inmediatamente recibió, sin embargo, una cumplida explicación. “Si usted me compra todo esto, no tiene ningún sentido que me quede aquí. Vengo, ciertamente, para obtener un dinero que preciso. Pero para mí tan importante como ese dinero es hablar con la gente que pasa y con las personas que ofrecen, también, sus productos. Creo que podría vivir sin el dinero que obtengo, pero nunca conseguiría hacerlo sin esas conversaciones. Si quiere llevarse un plátano, o un tomate, se lo regalo con gusto, pero lamentablemente no puede dejarme sin todo lo demás”.

1. ARQUITECTURA DECRECENTISTA

Verónica Sánchez —ya he hablado de ella— es arquitecta y se ha especializado en el diseño de hospitales de campaña en zonas marcadas por guerras o catástrofes. Trabaja, en Madrid, en un estudio que se halla, mal que bien, en la órbita del decrecimiento. Aunque resulte difícil imaginarlo, es posible —parece— desarrollar una arquitectura que conteste la vorágine de construcción de parafernalias, y de destrucción del medio natural, que marca indeleblemente los hábitos cotidianos de la disciplina.

Un día me contó, y no creo que distorsione yo mucho la realidad, que su estudio se presentó a un concurso que convocaba un municipio en Suecia. Se trataba de determinar qué correspondía hacer con un espacio situado en las afueras de la localidad. El estudio madrileño ganó el concurso con una propuesta rompedora: se trataba de no hacer nada, esto es, de dejar el espacio razonablemente virgen, tal y como estaba, o en su defecto —e imagino— de eliminar aquellos elementos desafortunados que la intervención humana había podido dejar sobre el terreno. Por lo que parece, y sin embargo, el resultado del concurso fue impugnado por quienes habían quedado en el segundo puesto, que al final, y qué raro, obtuvieron satisfacción para sus quejas y consiguieron sacar adelante —supongo de nuevo— una maravillosa y elitista urbanización.

Cuando tuve conocimiento del relato de los hechos me vinieron a la memoria muchas discusiones que he tenido la oportunidad de escuchar en el mundo anarquista. Creo que en ese mundo es harto común la percepción del Estado como un aparato intrínsecamente físico que habría que proceder a destruir. Deberíamos acudir con picos y palas, entonces, a desmantelar los edificios —horrorosos, por cierto— de los Nuevos Ministerios en Madrid. Aunque a menudo he replicado que la cuestión es, infelizmente, más compleja, toda vez que llevamos el Estado en la cabeza, igual conviene prestar alguna atención a ese designio de deshacerse, como se sugería a las autoridades del municipio sueco, de las consecuencias insanas de la acción de nuestra especie. Y de hacer lo propio con lo que hay dentro de algunas cabezas.

1. CACHIVACHES PARA ENTRETENERSE

Irene, mi madre, falleció a principios de 2018, con 95 años de edad. Aunque rara vez se quejaba, los últimos meses de su vida fueron inequívocamente duros. Postrada en una cama, estaba ciega y muy sorda. Varias veces le pregunté —era inevitable— si no se aburría. Y siempre respondió de la misma manera. Echaba mano de su formidable memoria y se imaginaba entrando en Lugo, su localidad natal, o en A Corunha, la ciudad de sus amores. Recordaba —veía, en realidad— las tiendas rigurosamente ordenadas al paso: la mercería, la papelería, la zapatería, el ultramarinos… y guardaba puntillosamente la memoria de los bancos, de los de sentarse, que había en el parque del Relleno coruñés, alrededor de la estatua de Curros.

Lo que, con ocasión de las varias oportunidades en que asumió ese relato, más me fascinó no fue, pese a todo, la memoria elefantiásica que arrastraba mi madre. Al fin y al cabo, quienes habían sobrevivido a tiempos muy duros por fuerza debían estar dotados de capacidades especiales. Y acaso no les quedaba más remedio que echar mano de una memoria que a nosotras nos falta porque creemos no necesitarla. Lo que mayor fascinación me produjo fue certificar, antes bien, cómo a la mayoría de los miembros de su generación les bastaba, para entretenerse — pongo en cursiva el verbo porque me sabe a poco—, con mover su cabeza y escarbar en lo que había en ella. Qué diferentes son los tiempos que corren. Hoy, para entretenernos —esta vez no me sirvo de la cursiva—, precisamos de un sinfín de cachivaches: el móvil, la televisión, la consola de juegos, las películas, la tablet… Dudo, sin embargo, que disfrutemos más que nuestros progenitores. Nos aburrimos.

1. LAS PEDÍAN MUCHO

Rafael Azcona fue, entre otras muchas cosas, el guionista de varias de las películas de Luis García Berlanga. Gustaba de contar una historia que he conocido a través del relato de Jacobo Fitz-James Stuart, recogido, a su vez, en un artículo de periódico firmado por Fernando Esteve [50] .

Parece que a mediados del siglo XX Azcona viajó en automóvil, de Madrid a Zaragoza, en compañía de unos amigos. Se detuvieron en una venta en la que, según uno de los acompañantes de Azcona, servían unas magdalenas muy sabrosas. Supongo que nuestro hombre y sus colegas disfrutaron de las magdalenas, que les dejaron muy buen sabor de boca. Tiempo después, y sabedor de que un conocido iba a hacer la misma ruta, Rafael se permitió

recomendar la venta en cuestión. Al cabo de un tiempo —supongo de nuevo — inquirió por el resultado de la visita. “¿A que estaban buenas las magdalenas?”, preguntó a buen seguro. Su interlocutor respondió escuetamente que en la venta ya no servían magdalenas. Ante la incredulidad de Azcona, adujo que había preguntado, claro, por ellas y que el camarero, al que probablemente hubo que sacarle las palabras, se explicó secamente: “Ya no las hacemos. Las pedían mucho”.

Sugiere Fitz-James Stuart que el camarero de marras arrastraba una forma singular de entender el negocio. Lo ratifica en su artículo Esteve, quien estima, con buen criterio, que este héroe anónimo era la antítesis del idolatrado emprendedor, o de la idolatrada emprendedora, de nuestros días. Su percepción de los hechos económicos se veía indeleblemente marcada por una larguísima jornada laboral que debía abordar de pie tras una sórdida barra y sin otra conversación que la necesaria para servir un café y unas magdalenas. ¿No era mucho más razonable renunciar al magro beneficio que se derivaba de la venta de éstas en provecho de un trabajo menos prolongado, más tranquilo y portador de unas relaciones sociales más cálidas? ¿No era más lógico, como lo señala de nuevo Esteve, renunciar a su agobiante condición de homo oeconomicus para recuperar la de homo sin adjetivos? El relato, y con él la explicación, me recuerda a algo que me contó Arturo de Nieves. Paseando por una ciudad gallega, Arturo se topó con un bar en cuya puerta pendía un cartel que decía: “Cerrado por cansancio, no por descanso”.

1. EN ALBANIA NO HAY CINES

Tengo la i mpresión de que en los próximos años son muchos los procesos que, al calor de un previsible colapso, van a experimentar una rápida aceleración. Sospecho que, de resultas, y en paralelo, algunos de los conceptos que desde hace tiempo parecen habernos otorgado certezas en la tarea de comprender el mundo van a dejar de servirnos o, al menos, van a tener que experimentar una honda revi sión.

Cuando me refiero a lo a nterior me viene a menudo a la memoria una historia que escuché —creo que en labios de Francisco Veiga— a finales de la década de 1990. Cuenta que por aquel entonces se rodó una película cuyo argumento mayor señalaba que Albania le había declarado la guerra a Estados Unidos. En una tertulia de intelectuales en Francia, en la que tomaba asiento un albanés, procedieron a discutir si la película norteamericana podía proyectarse en Albania o, por el contrario, hería sentimientos nacionales profundos. Mientras unos pensaban lo primero y otros sostenían lo segundo, el albanés permanecía callado. Cuando la conversación fue bajando de tono se escuchó, sin embargo, su vocecita. Se limitó a decir: “En Albania no hay cines”. La apasionante discusión sobre los presuntos efectos de una película en lo que atañe a los sentimientos nacionales pendía de un elemento material que, llamativamente, faltaba.

A mi entender, es fácil que en los próximos años nos veamos en la obligación de afirmar una y otra vez que en Albania no hay cines. Tendremos que hacerlo, por ejemplo, cuando alguien dé por descontado que aparecerán nuevas tecnologías que, de manera casi mágica, nos permitirán resolver

problemas que hoy se nos antojan inabordables. Con el horizonte del colapso en la trastienda habrá que preguntarse, por añadidura, de dónde saldrá la energía —de dónde saldrán los cines— que permitirá que esas tecnologías operen.

1. LA MUERTE Y LA VIDA,

LA OSCURIDAD Y LA LUZ

Hay dos textos de María González Reyes que retratan de forma fidedigna, en el caso de las mujeres, la muerte y la oscuridad —el uno—, y la vida y la luz —el otro—. Se refiere el primero a las mujeres que trabajan como internas y que, de resultas, viven en una casa que no es la suya [51] . “Hay muchas cosas que son duras de nuestro trabajo. Algunas son pequeños detalles, como que no te secas el cuerpo después de una ducha con tu toalla, o con la toalla de una amiga que te prestó una habitación para vivir. Te secas con la toalla de quien te contrata por un sueldo con el que no podrías subsistir un mes en la ciudad. Te secas siempre con la toalla del trabajo en el lugar del trabajo porque vives en el trabajo. Sé que te parece una tontería, secarte la cara con una toalla que es de quien te contrata por un sueld o que nunca admitiría para sí misma. Te toca la piel. Te quita el agua. No puedes tener un proyecto vital si vives en una casa que es tu trabajo. Una casa llena de toallas que se apilan en los armarios. Un día. Otro día. La misma toalla dentro del mismo armario dentro de la misma casa. Los días. Y yo soy esa cara sin toalla propia para secarse. Yo soy esa cara que se mira en un espejo redondo después de quitar el agua de la cara. No hay intimidad para las internas. Hay soledad, en el cuarto más pequeño de la casa, en la zona más apartada. Hay soledad. No hay proyecto vital porque no hay proyectos vitales sin incluir a otras personas. No hay proyecto conjunto de dos. No hay pareja. No hay posibilidad de hijos. No hay cotidianeidad más allá de quien te paga. Un sueldo mísero. No hay sexo con otra persona si vives en tu trabajo. A las internas tambié n nos gusta el sexo. No sé si lo habías pensado”.

El segundo de los textos que anunciaba cuenta que en un acto público una mujer levantó la mano [52] . “Les voy a contar”, adujo, “lo que me decía mi abuela. Mi abuela hablaba de la economía de las manos abiertas. Me miraba y decía: ‘Andá a buscarme aguacate en el patio. Pero contá por tu mano. Un aguacate tiene que ser para la tierra, para que otro aguacate pueda crecer. El segundo es para los pájaros, para que ellos puedan seguir vivos también. El tercero es para los vecinos, por si alguno necesita. El cuarto es para nosotras, para cocinar nuestra receta. Y el quinto es para el que viene’. La abuela —apostilla María— explicaba de manera bien gráfica cómo hay que poner la vida en el centro.

1. EL CERDITO DEL SUPERMERCADO

En un libro titulado Un paso adelante en defensa de los animales , Óscar Horta nos propone un ejercicio de imaginación [53] . Supongamos —dice— que nos hemos roto una pierna, no podemos salir a hacer la compra y realizamos un pedido por teléfono al supermercado. El pedido en cuestión consiste en hortalizas, arroz, legumbres y carne de cerdo. Cuando llaman a la puerta nos comunican, sin embargo, que se está desarrollando una huelga en el matadero, de tal suerte que no pueden servirnos la carne procesada que

hemos solicitado. Nos traen, sin embargo, un cerdito que lame la mano de la repartidora e intenta jugar con ella. Lo acompañan, para que nada falte, un cuchillo de notables dimensiones y un mandil. Podemos quedarnos sólo con los vegetales, claro, pero si queremos comer carne no nos quedará más remedio que acudir al fregadero y sacrificar el cerdito, que a buen seguro se resistirá lo indecible. Horta sugiere que intentemos ponernos en esa situación: ¿qué haríamos?

El propio Horta entra al trapo de una discusión interesante, como es la que plantea si, en el caso de que todos los seres humanos se convirtiesen en veganos, habría suficientes productos vegetales para garantizar nuestra alimentación [54] . ¿No será que el veganismo no es una alternativa hacedera, por muy respetable que sea nuestro empeño de defender los derechos de los animales? La respuesta en este caso es razonablemente sencilla y recuerda que los animales que son explotados para garantizar nuestra alimentación tienen, claro, que alimentarse. Si, en vez de destinar al mantenimiento de la industria cárnica las legumbres, los cereales y otros vegetales que asignamos a la alimentación de esos animales los dedicásemos a alimentar a los humanos, ¿acaso no dispondríamos de comida más que suficiente? ¿No reduciríamos de manera muy sensible, en paralelo, las emisiones de sustancias que, con la industria cárnica de por medio, están en el origen del cambio climático? Y, al cabo, ¿no acabaríamos con el sufrimiento ingente que padecen tantos animales?

1. WANG, EL CAMPESINO POBRE

Coloco aquí la historia de un campesino, supongo que chino, que nos relata Santiago Alba Rico [55] . Dice así: “W ang, un campesino pobre que apenas sí podía alimentar a su familia, encontró un día una gran tinaja vacía y la llevó a su casa. Mientras la limpiaba, el cepillo se le cayó dentro y la tinaja de pronto se llenó de cepillos: cepillos y más cepillos y, por cada uno que sacaba Wang, otro surgía mágicamente de su interior. Durante algunos meses, la familia Wang vivió de vender cepillos en el mercado y su situación, sin llegar a ser ni siquiera desahogada, mejoró notablemente. Pero un día, mientras sacaba cepillos de la tinaja, a Wang se le cayó una moneda y entonces la tinaja se llenó de monedas: monedas y más monedas que se reproducían y multiplicaban a medida que Wang las sacaba a manos llenas.

La familia Wang se convirtió así en la más rica de la aldea y, tantas eran las monedas que producía la tinaja y tantas las ocupaciones de la familia, que los Wang encargaron al abuelo, ya inservible para los placeres del mundo, la tarea de sacarlas con una pala y acumularlas sin cesar en un rincón, montañas y montañas de oro que aumentaban y se renovaban a un ritmo que ningún despilfarro podía superar. Durante algunos meses más la familia Wang fue feliz. Pero el abuelo era viejo y débil y un día, inclinándose sobre la tinaja, sufrió un desmayo, cayó en el interior y se murió dentro. Y entonces la tinaja se llenó inmediatamente de abuelos muertos: cadáveres y cadáveres que había que sacar y enterrar sin esperanza de acabar la tarea, infinitos viejitos sin vida que seguían apareciendo en el fondo inagotable de la tinaja. Así, la familia Wang empleó todo su dinero y todo el resto de su vida en enterrar un millón de veces al abuelo muerto”.

Qué no habrá que decir sobre la codicia y sobre el sentido de los límites. Tanto más si éstos se revelan en un recinto cerrado, el de una familia que no mira hacia afuera, en el que se confunden acumulación y felicidad. Qué difícil parece salir, por añadidura, de todo ello. En China como aquí.

1. DE MARX Y ENGELS A CHINA

Hace un buen puñado de años cayó en mis manos un artículo —no me pregunten ni el título, ni la autoría, ni la publicación— que me hizo pensar. Y mucho. El olvidado responsable de ese texto empezaba recordando que los pronósticos que Marx y Engels formularon, en la segunda mitad del siglo XIX, en relación con la previsible conducta del proletariado en la Europa occidental demostraron ser poco atinados. El proletariado alemán, el francés y el inglés no acometieron la revolución que Marx y Engels acariciaban. Si hay que retratar la cuestión con un punto de ironía, el proletariado europeo entró en un supermercado y decidió quedarse, seducido por la oferta, dentro de ese supermercado.

La reflexión, con todo, no se detenía ahí. Nuestro autor, o autora, nos invitaba a trasladarnos a otro escenario, el presente, en el que el proletariado como clase ha ido desapareciendo en casi todo el planeta. El casi se justifica en parte porque un grupo humano muy numeroso que resiste la aplicación de esa etiqueta ha ido acumulándose en las zonas costeras de China y lo ha hecho, por añadidura, conforme a condiciones que recuerdan poderosamente las de la Europa occidental de la segunda mitad del siglo XIX. ¿Por qué no imaginar —se preguntaba el artículo— que el proletariado chino acabe por realizar la revolución que Marx y Engels asignaban a sus coetáneos alemanes, franceses e ingleses?

Del argumento que acabo de reseñar no me interesa tanto su presunto rigor como aquello a lo que apunta. Expresada un par de décadas atrás, una tesis como ésa no habría provocado otra cosa que sonrisas conmiserativas. Hoy, en la zozobra que nace de nuestra dificultad para entender el mundo en que vivimos, y para vislumbrar su futuro, no nos queda más remedio que sopesarla con seriedad. No vaya a ser que la reseñada sea una más de las sorpresas que el futuro recién mencionado nos reserva.

1. ¡UBUNTU! ¡UBUNTU!

Es otra histor ia que se ha repetido mil veces. En una de sus muchas versiones el protagonista inicial era un antropólogo que, inmerso en su trabajo de campo, procuraba estudiar las costumbres de una comunidad africana. Un buen día decidió proponer un juego a la gente menuda de la aldea en la que vivía. El antropólogo, que había comprado en la ciudad un buen surtido de frutas y de caramelos, colocó unas y otros en una cesta que situó debajo de un árbol. Convocó a niños y niñas, y se limitó a enunciar una sencilla instrucción: quien alcanzase primero el árbol se llevaría todas las frutas y todos los caramelos.

Una vez que el antropólogo dio la señal que anunciaba que podían empezar a correr se abrió camino una situación sorprendente: en el primer momento nadie se movió de su sitio. Al poco, niños y niñas se agarraron de las manos y avanzaron al unísono hacia el árbol. Tras rodear la cesta, se sentaron y

procedieron a repartir frutas y caramelos. Comoquiera que el antropólogo preguntase por qué actuaban de esa manera cuando sabían que quien más corriese podía haberse llevado todo el botín, le respondieron, de nuevo, al unísono: “¡Ubuntu! ¡Ubuntu! ¿Cómo podría sentirse feliz quien más corriese cuando los demás niños y niñas tendrían por fuerza que estar tristes?”.

No es sencillo calibrar cuáles son los estragos, en cualquier caso notabilísimos, que el individualismo imperante en las sociedades occidentales ha provocado entre nosotras. ¿No están cargados de razón esos niños y niñas que han llegado espontáneamente a la conclusión de que a duras penas se puede ser feliz cuando, alrededor, se revelan todos los males del mundo?

1. UN HOMBRE, UNA CAÑA, UN RÍO…

Mi amigo Enrique Falcón es responsable de esta historia que, en forma de cartas, retrata lo difícil que es salir adelante en una sociedad en la que los poderosos no hacen sino poner trabas al despliegue de la vida [56] .

“Carta del 21-1: Hoy he encontrado, junto al muelle, a un hombre que pasa hambre… Carta del 8-2: ¿Recuerdas a aquel hombre del que te hablé? Raquel y yo hemos decidido acercarnos al muelle una vez al día y darle algo de pescado que comer. Carta del 15-2: Continuamos visitándolo (…) con la comida diaria. Tememos, al mismo tiempo, que llegue el día en que no podamos acercarnos hasta allí y el hombre del muelle se quede sin su pez. Él nos lo agradece. Sus mejillas empiezan a recuperar color. Lo vemos algo más fuerte. Alguna noche lo hemos invitado a casa a cenar con la familia. Es bastante tímido. Carta del 10-3: Raquel y yo hemos decidido comprarle una caña de pescar. Le pensamos regalar un manual, comprensivo y a todo detalle, sobre aparejos y técnicas de pesca (…). Dicen que el río está lleno de peces. Nosotros creemos que en poco tiempo sabrá autoabastecerse de pescado. Podrá conseguir comida por su cuenta y quizá algún dinerillo con la venta de la pesca sobrante. Carta del 23-3: Surgen los problemas. Al hombre del muelle de nada le ha servido aprender a pescar para prescindir de nosotros. Necesita una licencia y no sé qué otros papeles para poder coger peces del río. Los permisos cuestan un buen dinero y no tiene con qué pagar. Hemos sabido que la explotación del río es exclusiva del municipio y no se puede pescar allí sin los dichosos papeles en regla. Carta del 25-3: Más problemas: la policía local pilló al hombre del muelle pescando sin licencia y ahora se encuentra retenido. La fianza (…) no es muy barata que se diga. Vamos a intentar costeársela. La gente del pueblo va diciendo de él que ha intentado aprovecharse de la comunidad, que es un ladrón y que le está bien merecido. Carta del 29-4: Otra complicación, y ésta parece grave. ¿Te conté que el hombre del muelle salió de prisión y se hizo con los permisos de pesca necesarios? Pues de nada le sirven: la fábrica de plásticos del pueblo, río arriba, ha contaminado las aguas y todos los peces se han muerto. No queda ni uno y la visión resulta desoladora. Dicen que no volverá a haber pesca hasta dentro de diez años o así. La industria pagará una multa astronómica (de sobra se lo podrá permitir), adquirirá no sé qué filtros para

residuos y seguirá produciendo… Carta del 30-4: El hombre del muelle vuelve a pasar hambre”.

1. CRÉDITOS Y ORDENADORES

Vuelvo sobre la historia, que ya he contado, del tío Arsenio, para darle ahora una dimensión especial, como es la vinculada con las maravillosas tecnologías que nos imponen.

Cuenta John Berger en su libro Pig Earth (Puerca tierra) que a un campesino le ofrecieron la posibilidad de beneficiarse de un crédito para adquirir un tractor [57] . Lo que costaba este último equivalía al rendimiento anual de diez vacas que generaban, cada una, 2.500 litros de leche. En otras palabras, una fortuna. Una vez el campesino se halló en posesión del tractor, le explicaron que, para sacarle el mayor rendimiento posible, debía hacerse con los diferentes artilugios que permitían completar su trabajo. Tenía que solicitar, claro, un nuevo préstamo. Las máquinas en cuestión reclamaban, aun así, sucesivos aditamentos que obligaban a pedir nuevos créditos, de tal suerte que el campesino se vio en la obligación de endeudarse cada vez más. Al final, tuvo que vender su negocio y desaparecieron las vacas, la leche, el tractor y las máquinas auxiliares.

La historia de Berger me recuerda a otra que acogió David Anisi en sus Cuentos económicos [58] . Se refiere Anisi a alguien que tenía el saludable hábito de escribir relatos que plasmaba en un hermoso papel blanco. Uno de sus admiradores le sugirió que se modernizase y que, al respecto, se sirviese de disquetes para conservar y enviar los relatos correspondientes. Nuestro escritor compró un ordenador y hubo de tomarse su tiempo para aprender a manejarlo. También le costó dios y esfuerzo volcar en los disquetes el contenido de sus creaciones. Entre tanto, y como no podía ser de otra manera, dejó de escribir. Cuando la tarea estaba terminada, descubrió que los programas informáticos que empleaba habían quedado anticuados y los disquetes ya no servían. Nuestro autor hubo de adquirir un nuevo ordenador y se vio en la obligación de asumir un cansino proceso de aprendizaje y de volcado que, una vez más, se tomó su tiempo e impidió que siguiese escribiendo.

Ya imaginan ustedes que los dispositivos en los que consiguió, a la postre, colocar sus cuentos al poco dejaron de funcionar, con lo que este pobre infeliz hubo de comprar un ordenador aún más moderno… Tras quince años de sequía creadora, el autor de relatos entendió qué debía hacer: aprender de un vendedor de higos radicado en el puerto de Esmirna que, al acabar su trabajo, se sentaba con los amigos y les relataba los cuentos más hermosos.

1. LA VERDAD DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Elías Milojevi ć , mi amigo serbochileno, tristemente fallecido, me contó en una ocasión una historia —corren por ahí varias versiones— que da cuenta de manera jocosa de la precariedad de muchos de nuestros conocimientos. La historia en cuestión se hace valer en una ciudad del medio oeste norteamericano que se beneficia del desarrollo tecnológico esperable y que cuenta, en las afueras, con una comunidad indígena en la que se dan cita, en una singularísima combinación, ese desarrollo y muchos usos ancestrales.

Un mes de agosto los responsables de la comunidad indígena se dirigen al chamán, el líder religioso, y le preguntan cómo será el invierno siguiente. El chamán responde, sin dudarlo, que será durísimo, con temperaturas extremas, heladas frecuentes, lluvias torrenciales y nieves permanentes. Los integrantes de la comunidad se ponen inmediatamente a cortar leña como posesos. La conversación se repite, en los mismos términos, en septiembre, en octubre y en noviembre, de tal suerte que siguen cortando leña sin resuello. Llega diciembre y el chamán aporta la misma respuesta sobre la dureza del invierno que está a punto de llegar. Una vez los responsables de la comunidad se han marchado, le entra, sin embargo, la duda y decide pedir cita en la estación meteorológica local.

El director de la estación lo recibe e, interrogado por la condición del invierno venidero, responde, para consuelo del chamán, que será extremadamente duro. Liberado de la tensión, el chamán le pregunta cómo lo saben y se atreve a adelantar que supone que comparan las series históricas de los datos manejados por los satélites y los registros de los que disponen desde muchos años atrás. El director de la estación lo interrumpe y le dice: “¡Qué va, hombre! Lo sabemos porque los indígenas llevan cinco meses cortando leña como posesos”… Así se forja a menudo —me temo— el conocimiento de las ciencias sociales.

No hace mucho cayó en mis man os una historia parecida. Habla de un paisano que, impresionado por la precisión de los pronósticos meteorológicos formulados por un instituto neoyorquino, decidió preguntar cómo los elaborab an. El responsable del instituto le explicó que éste se hallaba radicado en el edificio más alto de Estados Unidos. Tras preguntar si los dispositivos de medición funcionaban por ello mejor, el responsable le dijo que no, que no era por eso, y le pidió que lo acompañase a la azotea. Una vez en ésta, el director del centro le mostró las señales de humo que emitían los indígena s dakota.

1. LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Mucho me gusta un texto de Eduardo Galeano que robo de su libro Patas arriba [59] . Dice así: “Desde el punto de vista del búho, del murciélago, del bohemio y del ladrón, el crepúsculo es la hora del desayuno. La lluvia es una maldición para el turista y una buena noticia para el campesino. Desde el punto de vista del nativo, el pintoresco es el turista. Desde el punto de vista de los indios de las islas del mar Caribe, Cristóbal Colón, con su sombrero de plumas y su capa de terciopelo rojo, era un papagayo de dimensiones jamás vistas”.

El propio Galeano ha tenido a bien recordar que la primera vez que le echaron de clase fue cuando, muy niño, la maestra les explicó que Balboa, el conquistador español, había visto al tiempo, desde una cima en Panamá, los océanos Pacífico y Atlántico [60] . Cuando la maestra apostilló que era el primer hombre que había visto los dos mares a la vez, el pobre de Eduardo se permitió preguntar si los indígenas eran ciegos…

Quienes, con toda evidencia, no vemos somos nosotras. Hemos construido nuestra civilización sobre la base del olvido, en el mejor de los casos, y del exterminio, en el peor, de las gentes que entendemos son

desafortunadamente diferentes. Parece que una vez le preguntaron a Gandhi qué pensaba de la civilización occidental. Con toda razón, y con un uso muy apropiado del condicional, respondió: “Creo que sería una excelente idea”.

1. BANCARROTA ESTABLE EN GAZA

Hace acaso treinta años conocí, en Nicaragua, al etólogo uruguayo Eduardo Gudynas. Era la época —¿cuál no lo habrá sido?— de la hiperinflación en su país. Un buen día se me ocurrió preguntarle cómo sobrellevaban el hecho de que el pan costase diez por la mañana y once por la tarde. Me respondió, con ironía no disimulada, que en Uruguay vivían en un escenario de bancarrota estable. Bancarrota lo era, sin duda, pero comoquiera que no había alteraciones mayores en su despliegue, la cabeza acababa por adaptarse a un panorama que al cabo se antojaba normal. Supongo que no está de más que deduzca que las gentes de Uruguay no veían la realidad como la vemos a menudo en el Norte, presuntamente marcada por altibajos a los que llamamos crisis y bonanzas. Son las ventajas de disponer de una bancarrota estable.

Cuando, en 2016, publiqué un libro titulado Colapso , en el trabajo de redacción con frecuencia me asaltó la idea de que el concepto que daba título a la obra tiene, en su uso cotidiano en los países del Norte, un carácter eventualmente etnocéntrico. Nosotras entendemos lo que significa la palabra colapso porque damos por descontado que no estamos todavía en él, de tal suerte que comparamos nuestra situación presente con lo que tal vez va a ocurrir en el futuro. Explicar qué es el colapso a una niña nacida en la franja de Gaza me parece, en cambio, extremadamente difícil: esa niña no tiene la posibilidad de la comparación, toda vez que su vida entera ha sido un genuino colapso. Bien está recordar esto a efectos de subrayar que el colapso del que hablo no es algo que puede ocurrir mañana: es la realidad presente de centenares de millones de seres humanos.

1. EL PRECIO DE LAS PATATAS

Hay una viejísima viñeta de Mingote, de los años de Franco, que recoge la imagen de un pobre que se dirige a un rico y, mal que bien, le dice: “Creo que les han subido a ustedes el precio de las patatas”. La miseria era tal que la inferencia de que la subida del precio en cuestión tenía por fuerza que perjudicar a las gentes más pobres esquivaba el hecho de que éstas ni siquiera tenían para patatas.

Me viene a la memoria también, con todo, algo que me contó mi madre. En los días en los que se introducía el euro bajó a la tienda que estaba al lado de su casa y escuchó una conversación entre la propietaria y una señora de mucha edad. Esta última preguntó: “¿Y cuánto dices que cuesta ahora una barra de pan?”. “Treinta céntimos”, respondió la tendera. Con los ojos desorbitados, la viejecita reaccionó inmediatamente y dijo entusiasmada: “Dame seis barras”. El retorno a muchos años atrás, a una era de la peseta marcada por penurias sin cuento, aconsejaba comprar, para aprovechar una supuesta oferta, lo que con toda evidencia no se necesitaba. Pero había que ponerse en el lugar, y en la vida, de la viejecita.

No está de más que concluya, en fin, con un chiste que cuenta que un judío —qué feraces son los judíos en materia de generación de bromas— le dice a otro: “Si yo hubiera sido Rothschild, tendría más dinero que él”. “Anda, ¿y eso por qué?”, replica su interlocutor. “Porque yo habría seguido dando clases particulares por la tarde y me habría sacado un dinerito adicional”… Qué difícil es sopesar las opciones, y las percepciones, económicas de las gentes. Por oscuras que nos parezcan.

1. ¿QUIÉN ESCRIBE LA HISTORIA?

La historia que nos han enseñado distorsiona dramáticamente la realidad. James C. Scott nos ha recordado que la historia del campesinado la escriben los habitantes de las ciudades, la de las gentes nómadas la proponen quienes han dejado de serlo, la de los pueblos cazadores-recolectores la redactan quienes se dedican a la agricultura y, en fin, de la de los pueblos sin Estado se encargan los escribas de la corte. Para los poderes establecidos todos los demás son bárbaros [61] .

Las cosas así, a duras p enas sorprenderá lo que cuenta Eduardo Galeano en uno de sus libros. Señala, sin ir más lejos, que a finales del siglo XVIII los soldados de Napoleón descubrieron con sorpresa que a los ojos de muchos de los niños y de las niñas de Egipto las pirámides habían sido levantadas por los franceses o por los ingleses. Dos siglos después, eran muchos, entre tanto, los pequeños japoneses que creían que las bombas atómicas que habían caído sobre Hiroshima y Nagasaki habían sido lanzadas por los rusos [62] . De resultas de un sinfín de películas proyectadas una y otra vez —agrego yo—, en Francia hay quien piensa que en 1944-1945 fueron los norteamericanos, ellos solitos, quienes liberaron Europa. Los soviéticos, por lo que se ve, no existían.

No puedo sino recordar, en relación con todo esto, los versos de Bertolt Brecht: “¿Quién construyó Tebas, la de l as siete Puertas? En los libros aparecen los nombres de los reyes. ¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra? Y Babilonia, destruida tantas veces, ¿quién la volvió a construir? ¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores? ¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la muralla china? La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? ¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? ¿Es que Bizancio, la tan cantada, sólo tenía palacios para sus habitantes? Hasta en la legendaria Atlántida, la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían gritaban llamando a sus esclavos. El joven Alejandro conquistó la India. ¿Él solo? César derrotó a los galos. ¿No llevaba siquiera cocinero? Felipe de España lloró cuando su flota fue hundida. ¿No lloró nadie más? Federico II venció en la guerra de los siete años. ¿Quién venció además de él? Cada página una victoria. ¿Quién cocinó el banquete de la victoria? Cada diez años un gran hombre. ¿Quién pagó los gastos? Tantas historias. Tantas preguntas” [63] . Y eso que Brecht no parecía tener muy presentes a las mujeres.

1. QUÉ PENA LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

Año s a trás, al rematar en Logroño una de mis charlas sobre decrecimiento, un joven se me acercó y me contó algo que había escuchado en labios de una familiar. Si no mal recuerdo, esta última era una monja salesiana. Con

tono más bien airado, y como se verá, la monja procedía a describir la que a su entender era la condición de una comunidad primitiva que había tenido la oportunidad —la desgracia— de conocer en algún lugar recóndito de Venezuela.

Como el relato, aunque breve, ilustraba a la perfección lo que significan y lo que reclaman mundos distintos, no dud é en tomar nota de los rasgos que la religiosa atribuía a la comunidad en cuestión. Ahí van resumidos: “No hay quien les haga trabajar; cuando consiguen la comida que necesitan, dedican una semana entera a conversar. Viven en una choza de grandes dimensiones. Lo tienen todo en común y todo el mundo se ocupa de todo; hasta de los niños. Van completamente desnudos, por lo que urge vestirlos. En el terreno sexual hacen lo que les viene en gana y, por si poco fuere, disponen de unas hierbas que permiten que las mujeres no se queden nunca embarazadas”.

En ninguna circunstancia se me habría ocurrido imaginar un mundo tan extremadamente tedioso como el descrito. Con el agregado de que nunca he podido comprender con tanta claridad por qué porfiamos en acabar con gentes tan primitivas, infelices e improductivas. Cuántas cosas tenemos que enseñarles.

1. LA ECONOMÍA DE LA LIBIDO

Rescato, con tono inequívocamente jocoso, un par de anécdotas que tienen que ver con una economía, la de la libido, que también merece —supongo— una versión anticapitalista. O precapitalista. Para introducirlas me permito recordar que siempre que hablo de decrecimiento procuro subrayar que la lógica de la familia no se vincula con la competición y la mercantilización. Lo habitual es, antes bien, que remita al don, al regalo y a la gratuidad. Cuando, para entendernos, los padres costean los estudios de sus hijos, comúnmente no lo hacen esperando obtener, con el tiempo, alguna contraprestación económica. Pero suelo llamar la atención, también, sobre el hecho de que la perspectiva del decrecimiento no tiene un carácter triste y sombrío, y recuerdo al efecto que la mayoría de las teorizaciones de aquél postulan, valga la paradoja, un crecimiento general de la relaciones sexuales, que justifican sobre la base de la necesidad de recuperar la vida social que hemos ido dilapidando en nuestra obsesión por la producción y el consumo.

Hace tiempo, y al acabar una charla sobre decrecimiento, se me acercó un hombre de unos cuarenta años y me dijo que le había gustado sobremanera una de mis observaciones. Comoquiera que yo preguntase, claro, cuál era, respondió que le había agradado mucho la idea de que debíamos follar más y mejor —algo que, al menos literalmente, yo no había dicho—, no sin agregar que tenía un consejo, bien sesudo, que darme. “Di lo de follar al principio de tu charla y luego suelta todo ese rollo sobre la autogestión y la democracia directa”, apostilló…

Tiempo después, y en un recinto más bien solemne, tuve, de nuevo, que hablar sobre decrecimiento. Nadie me avisó de que tomaba asiento a mi lado un jurista, miembro del Opus Dei, exdiputado del Partido Popular en España y ponente contra la ley del aborto. La primera intervención en el debate fue

suya. Señaló —bien es cierto que de manera cordial— que yo llevaba un buen caos en la cabeza: si, por un lado, y a su entender, defendía la institución familiar, por el otro postulaba, también a su entender, el más franco libertinaje. Adujo, por añadidura, que mi posición quedaba bien reflejada de la mano de una frase de Woody Allen, que, sin embargo, confesó no recordar en aquel momento de manera precisa. Aunque yo sabía cuál era —“masturbarse está bien, pero follando se conoce gente”—, la solemnidad del lugar me invitó a guardar silencio. Prometo no volver a hacerlo.

1. LA FELICIDAD EN EL PALEOLÍTICO

Ya he señalado que cuando, a principios del siglo XIX, los ludditas ingleses se lanzaron a la tarea de destruir las máquinas que incorporaba la primera revolución industrial fueron objeto de una unánime repulsa. Esta última subrayaba que las máquinas serían beneficiosas para todo el mundo, no en vano acortarían la jornada laboral y multiplicarían la riqueza. Nada ha venido a confirmar semejante aserción: quienes, hoy, disponen de un empleo se ven comúnmente obligados a trabajar cada vez más, y en la mayoría de los casos en peores condiciones.

Obligado parece certificar al respecto que muchas de las sociedades del pasado a duras penas se ajustaban a la descripción que sugiere que en ellas los seres humanos peleaban desesperadamente, trabajando hasta la extenuación, para sobrevivir. A menudo existía, antes bien, cierta abundancia natural, el tiempo dedicado a trabajar era reducido y las presiones ejercidas al efecto resultaban ser razonablemente llevaderas. Los textos de un antropólogo norteamericano, Marshall Sahlins, invitan a concluir que en el paleolítico la faena cotidiana reclamaba un tiempo más o menos similar al que hoy necesitamos para acudir a trabajar. No está de más recordar que, según una estimación, y por proponer un ejemplo más cercano, quienes formaban parte del campesinado en la Europa medieval trabajaban como media 1.620 horas anuales, en tanto hoy un asalariado, o una asalariada, en Estados Unidos tiene que dedicar al trabajo unas 2.000 horas.

A lo anterior conviene agregar que el trabajo parece haberse hecho más intenso y exigente con el paso de los siglos, y que los mecanismos de control y de presión se han agudizado. Mientras cada vez hay más gente sin empleo, la tendencia general en las sociedades opulentas lo es, en cualquier caso, a acrecentar —hay que reiterarlo— el número de horas de trabajo. Una más de las paradojas, por decirlo finamente, del capitalismo contemporáneo.

1. LA FRANCIA DE LA DÉCADA DE 1960

Cuando empecé a trabajar sobre la perspectiva del dec recimiento recuerdo que me produjo una honda impresión la opinión vertida en su momento por un ensayista francés llamado Philippe Saint-Marc. Nos invitaba Saint-Marc a imaginar una Francia en la que el número de personas desempleadas no excediese las 200.000, en la que las tasas de criminalidad presentasen niveles cinco veces inferiores a los de hoy, en la que las hospitalizaciones vinculadas con trastornos mentales se redujesen a una tercera parte de las del momento presente, en la que los suicidios retrocediesen un 50 por ciento y en la que no se consumiesen drogas [64] . Ese mundo idílico, aparentemente

inalcanzable, era, sin embargo —asevera Saint-Marc—, la Francia de la década de 1960… Al amparo de una percepción paralela, consta que cuando un cineasta desea recrear un mundo urbano razonablemente tranquilo bien sabe que una de las posibilidades de fácil empleo es la que pasa por retirar los automóviles, esa genuina plaga contemporánea, de calles y plazas.

Me atrevo a adelantar que con frecuencia, y no sin paradoja, las bondades que atribuimos al pasado son, sin más, el producto de una austeridad que, entonces, era acaso inevitable. Las cosas como fueren, parece servida la conclusión de que cada vez hay más personas que añoran, seguro que c on alguna simplificación, la vida económica y social que co nocieron otrora, en el buen entendido, claro, de que no hablo ahora del pasado cercano: es lógico que, en un momento de crisis como el que nos atenaza, no falten quienes echan de menos, también de forma en exceso simple, la relativa, y falsa, bonanza de unos pocos años atrás.

1. EL VALOR DEL TIEMPO

La historia que recupero se desarrolla en una región perdida de la Amazonia brasileña, habitada por una comunidad indígena cuyos integrantes se dedicaban ante todo a cortar leña con instrumentos extremadamente primitivos [65] . Unos misioneros que accedieron a esa región, al percatarse del duro trabajo que la población indígena debía acometer, decidieron obsequiar a aquélla con unos cuchillos de acero inoxidable de fabricación norteamericana. Un par de años después los misioneros regresaron a la región, se toparon de nuevo con los habitantes del lugar y uno de los primeros preguntó —era inevitable— por los cuchillos. La respuesta fue inmediata: tardaban ahora diez veces menos tiempo que antes en cortar la leña. Comoquiera que el misionero diese por descontado que, entonces, estaban produciendo diez veces más leña que antaño, recibió inmediatamente una rotunda réplica: obtenían la misma cantidad de leña que con anterioridad, en el buen entendido de que ahora disfrutaban de diez veces más tiempo libre para dedicarlo a aquello que objetivamente tenía que ver con su bienestar y su felicidad…

Parece evidente que entre nosotras, en las sociedades del Norte del planeta, se ha desvanecido, lamentablemente, el chip mental que tantas comunidades indígenas han conservado, en cambio, indemne. Un chip que —debo subrayarlo— es perfectamente racional y respetable. Cuántas veces no deberíamos preguntarnos si los ingresos que obtenemos en virtud de una sobrecarga de trabajo a duras penas compensan el placer, más bien magro, que nos proporcionan los bienes o los servicios que, gracias a aquéllos, conseguimos alcanzar. ¿No se encontrará el tiempo entre los bienes más preciosos?

1. ECOLOGÍA Y GOBERNANTES

La conciencia ecológica de las gentes que nos gobiernan, en todo el planeta, es muy liviana. Lo común, por no decir que lo universal, es que se hallen dramáticamente supeditadas a los intereses de poderosas corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda, de tal suerte que en el mejor de los casos abrazan las posiciones propias del capitalismo verde, que entiende la ecología como una fuente adicional de beneficios. Para que nada

falte, en fin, la política al uso es aberrantemente cortoplacista, de tal manera que poca o ninguna atención dispensa a los problemas de medio y largo plazo.

Permítaseme que recoja una anécdota que —creo— da cumplida cuenta, simbólicamente, de buena parte de lo anterior. Su protagonista fue Alfredo Pérez Rubalcaba, político socialista, a la sazón vicepresidente del Gobierno español. En el mes de enero de 2011 convocó en Madrid una rueda de prensa para promocionar una medida que, si queremos ser generosas, discurría por el buen camino. Hablo de la que se traducía en la decisión de reducir de 120 a 110 kilómetros por hora la velocidad máxima en autopistas y autovías.

Cuatro meses después el mismo personaje convocó una nueva rueda de prensa, en la misma ciudad, para anunciar en sustancia dos cosas. La primera subrayaba que la medida de enero había producido los efectos deseados. Si, por un lado, la factura energética española se había reducido de manera apreciable, por el otro el número de m uertos en las carreteras había menguado, también, de for ma notable. Lo segundo que señaló Pérez Rubalcaba fue que, de resultas de lo anterior, se había tomado la decisión de restaurar los 120 kilómetros por hora como velocidad máxima en autopistas y autovías…

Hubiera esperado uno que alguien se abalanzase sobre el cuello de Pérez Rubalcaba con la sana intención de estrangularlo: estaba violentando las normas más elementales de la lógica formal. Si uno despliega determinada medida y anuncia que ha dado los resultados apetecidos, lo suyo es —parece— mantener como poco esa medida o, tal vez, llevarla más lejos. El Partido Popular, que poco después se hizo con el Gobierno español, coqueteaba, eso sí, con el horizonte de situar la velocidad máxima en cuestión en 130 kilómetros por hora… Vivir para ver.

1. UN OXÍMORON: CRECIMIENTO SOSTENIBLE

Pocas palabras tienen hoy en día mayor presencia, y más vaga, que el vocablo sustentabilidad. Recuerdo que hace unos años, al escuchar que un locutor la pronunciaba en un informativo de televisión, mi madre, ya muy anciana, comentó con inapelable lucidez que eso de la sustentabilidad no debía significar nada, no en vano todo el mundo se declaraba comprometido con ella. No hay programa de partido político que se precie que no se reclame orgullosamente de la sustentabilidad. Aunque el programa en cuestión alimente las agresiones ecológicas más burdas.

Doy por seguro que en origen quienes decidieron promover el concepto correspondiente operaban con lucidez y con buena fe. Por echar mano del que cabe entender que es uno de sus significados, nos estaban diciendo que cada nueva generación debe entregar a la siguiente —ya me he referido a esta percepción— al menos el mismo capital natural que heredó de la anterior. Y no me pidan que escudriñe en las controversias que genera eso del capital natural porque —creo— ahora no hacen al caso.

Un buen indicador de que un concepto que tenía vocación rompedora ha experimentado con el paso del tiempo una visible degradación lo aporta el

hecho de que el otrora presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, fundía una y otra vez el sustantivo crecimiento y el adjetivo sostenible. A sus ojos, y al parecer, el primero se llenaba de contenido al amparo de un crecimiento que se sostenía, que se mantenía, en el tiempo. Le pese lo que le pese a Rodríguez Zapatero, en el estadio en el que estamos, y al menos en el Norte rico, la expresión crecimiento sostenible se antoja, inevitablemente, una contradicción en los términos.

1. HUELGA DE CUIDADOS

Discutía yo con un colega, un tiempo atrás, y con ocasión de una tibia huelga general que se había hecho valer en España, sobre los ámbitos a los que esa huelga debía afectar. Este amigo, un tanto anclado en un pasado en el que la producción lo era, o parecía serlo, todo, no acertaba a comprender por qué demandábamos también una huelga de consumo. ¿Qué sentido tiene —le preguntaba yo— que paremos en las fábricas o en las escuelas para luego acudir presurosas a comprar en un supermercado? ¿Dónde estaban, por cierto, los derechos de quienes trabajaban en éste?

A men udo sucede, sin embargo, que cuando uno cree haber dado un paso de gigante en la comprensión de los problemas del mundo tiene que tomar nota, al poco, de que se ha quedado corto. Porque, si la huelga ha de serlo de producción y de consumo —también, claro, de distribución, como nos lo han enseñado los chalecos amarillos franceses—, ¿qué sentido tendrá que hablemos de repartir el trabajo si ignoramos al tiempo el relieve, ingente, del trabajo doméstico realizado de manera abrumadoramente mayoritaria por mujeres? ¿No habrá que reivindicar, y sin cautelas, una huelga que afecte al trabajo correspondiente?

Antonella Picchio lo explica con claridad: “El pensamiento feminista nos ha enseñado cómo la econo mía dominante invisibiliza gran parte del trabajo aportado por las mujeres. Pero el proceso productivo no se sustenta sólo en el trabajo remunerado que permite producir bienes y servicios; alcanza también al trabajo, no remunerado, que permite la reproducción social y la de la clase trabajadora. Sin el trabajo doméstico —cocinar para alimentar a las familias, mantener la ropa y las viviendas…— y el cuidado de las personas y de sus relaciones, el sistema económico no podría perpetuarse. Y, sin embargo, la economía del crecimiento no lo contempla de ninguna manera” [66] .

A duras penas sorprenderá —y vuelvo a la carga con el argumento— que a ese idolatrado indicador que es el producto interior bruto no le interese en absoluto el trabajo doméstico. El indicador mencionado, y el propio crecimiento económico, tiene un carácter patricéntrico y machista. A los ojos de Anselm Jappe uno y otro se vinculan con los valores masculinos —dureza, determinación, razón, cálculo, contrato—, en tanto las actividades no mercantiles se asocian con los valores femeninos: dulzura, comprensión, emoción y gratuidad.

1. LA BICICLETA GANA DE CALLE

El que hayamos aceptado la consolidación de sociedades cada vez más complejas tiene un correlato muy delicado: cada vez somos más

dependientes. Frente a ello —entiendo yo— no queda otro remedio que pelear por una progresiva descomplejización del mundo en el que vivimos. Admitiré de buen grado, aun así, que el concepto de descomplejización arrastra sus problemas, toda vez que hay formas de complejidad que merecen, ciertamente, un respeto cabal.

Intento explicar, aun con todo, lo que quiero decir, y procuro hacerlo de la mano de un ejemplo preciso, como es el que aportan el automóvil y la bicicleta. La fabricación del primero no la puede acometer cualquiera: exige altísimas tecnologías que sólo están al alcance de grandes empresas. Cuando el automóvil se estropea, por otra parte, lo común es que no estemos en condiciones de repararlo: necesitamos echar mano de profesionales especializados. Para que el coche se mueva —agrego— debemos contar con el concurso de fuentes de energía que las más de las veces proceden de países lejanos y están en el origen, como es sabido, de muchos conflictos bélicos. Por no hablar, para terminar, de las agresiones medioambientales de las que son responsables el automóvil y su mundo.

Las circunstancias que rodean a la bicicleta son, en cambio, afortunadamente diferentes. La producción de ésta reclama tecnologías mucho menos especializadas y mucho más difundidas. Exagerando un poco, puede decirse que cualquiera se halla en condiciones de fabricar una bicicleta. Las reparaciones están las más de las veces a nuestro alcance. Y, en fin, no precisamos de otra energía que la que proporcionan nuestras piernas, que no contaminan. Sobran las razones para concluir que, dadas estas condiciones, la bicicleta se antoja una herramienta de transporte mucho más adecuada que el automóvil para hacer frente a los retos que, el colapso de por medio, se avecinan.

1. PREGUNTAS QUE NO DEJAN QUE NOS HAGAMOS

Una de las mayores habilidades que caracterizan al sistema que padecemos es la de lograr que, una y otra vez, no consigamos formular las preguntas realmente importantes. Propongo al respecto un ejemplo —creo que muy ilustrativo— de lo que quiero decir.

El discurso dominante afirma que tenemos que buscar nuevas materias primas energéticas que nos permitan mantener esto que hemos alcanzado y, en su caso, y más aún, acrecentarlo. Cuál es, entonces, la pregunta principal que logran que no hagamos. Reza, mal que bien, lo que sigue: ¿realmente estamos interesados en mantener esto que hemos alcanzado o, por el contrario, obtendríamos un franco provecho derivado de prescindir de muchos de sus elementos?

Supongamos que un día de éstos el presidente de la Federación Rusa, Vladímir Putin, anunciase que su país ha descubierto en las aguas del océano Glacial Ártico una gigantesca bolsa de hidrocarburos llamada a permitir que el consumo planetario de energía se mantenga conforme a los niveles actuales durante una década más [67] . ¿Alguien piensa en serio que aprovecharíamos esos diez años para repensar críticamente la sinrazón que acosa a nuestras sociedades? Doy por descontado que dentro de un decenio tendríamos que encarar los problemas en términos muy parecidos a los que nos vemos en la obligación de emplear hoy. O lo que es lo mismo:

tendríamos que recuperar las preguntas que, de manera porfiada, no nos dejan formular.

1. UN REFERENDO SINGULARMENTE PERTINENTE

Cuelgo aquí un texto de Gustavo Duch que tiene la virtud de recordarnos, a tono con lo que acabo de señalar, que hay cuestiones sobre las que no nos dejan pronunciarnos [68] . Doy por descontado que, aunque la trampa estilística que incorpora juega con la estela del referendo catalán de octubre de 2017, el amigo Duch en modo alguno quiere rebajar el relieve de este último. Su propósito es llamar la atención —lo repito— sobre la conveniencia de que nos dejen opinar sobre muchas materias objeto de censura, y no afear lo que ese referendo significaba y significa.

“Después de muchas manifestaciones y ninguna respuesta seria, la sociedad decidió organizar un referendo. Dónde se podría votar y con qué censo, dónde había que conseguir las urnas y guardarlas sin ser vistas, cómo debía hacerse el recuento de forma transparente y otras cuestiones logísticas fueron fáciles de resolver desde la autogestión y la colaboración social.

La pregunta que había que plantear se decidió colectivamente en procesos asamblearios. Todo estaba previsto excepto que el día de la celebración del referendo llegaran, siguiendo órdenes de los gobiernos centrales, las fuerzas militares y policiales para evitar, con porrazos y balas de goma, la consulta ilegal.

Pero se votó y se conocieron los resultados. La gran mayoría de la población de cientos de países respondió sí a la pregunta de las papeletas: ‘Para erradicar la pobreza, frenar el cambio climático y evitar la sexta extinción, ¿considera que hay que acabar con el capitalismo?’”.

1. SOCIABILIDAD ANTIGUA

Siempre he pensado que en Portugal se ha preservado un tipo de sociabilidad antigua que en tantos otros lugares se ha evaporado. Me parece que el fenómeno, aunque sometido a la presión mercantil de la Unión Europea y sus miserias, pervive, pese a todo, por mucho que sus señales hayan ido reculando. Al mismo ritmo —intuyo— que lo ha hecho un mundo rural que está en buena medida en el origen de esa sociabilidad.

El ejemplo que se me ocurre a efectos de ilustrar esta tesis no remite, sin embargo, al mundo rural. Me sitúa, antes bien, en el interior de un tren que, producto del último grito tecnológico, o casi, comunica las dos grandes ciudades portuguesas: Oporto y Lisboa. No hablo, en otras palabras de un tren de madera del siglo XIX.

Iba leyendo en mi asiento y, dejada atrás Coimbra, escuché la conversación que, en el pasillo, mantenían el revisor y una señora de cierta edad que se expresaba en francés. La señora, que quería viajar hacia el norte, hacia Oporto, se había confundido de tren y había subido a otro que la conducía a Lisboa. Medio horrorizada, preguntó al revisor cuál era la siguiente parada. El interpelado le respondió que la siguiente parada era Lisboa, esto es, que no había ninguna estación intermedia en la que el tren fuese a detenerse.

Supongo que en España la conversación habría terminado ahí. Si alguien, muy osado, se hubiese atrevido a preguntar por la posibilidad de que el tren hiciese una parada extraordinaria en alguna estación intermedia, habría recibido del revisor, probablemente en tono poco amistoso, una respuesta de este tipo: “No pregunte tonterías. ¡El sistema informático no lo permite, señora!”. En Portugal, sin embargo, el conato de trifulca quedó rápidamente abortado. El revisor telefoneó al conductor del tren, le explicó lo que ocurría y le pidió que parase en la primera estación. El conductor así lo hizo. Llegamos a Lisboa, eso sí, con un retraso, imperdonable, de tres minutos. Maldita sociabilidad antigua.

1. LA SALVACIÓN NUCLEAR

No sé quién es el autor de la frase, que tie ne, sin embargo, un amplio predicamento. Mal que bien reza lo que sigue: “Soy firme partidario de la abolición plena de la pena de muerte, excepto en el caso de los arquitectos”. Yo me permito sustituir a estos últimos, en el enunciado, por los tertulianos, y las tertulianas, de las radios y de las televisiones. Ya saben ustedes: esas personas, los todólogos , que, en los momentos más generosos, gustan de iniciar sus intervenciones confesando que nada saben sobre la materia de la que se van a ocupar para demostrar inmediatamente que, por una vez, tenían toda la razón y, en efecto, nada sabían.

Hace unos años, contemplando una tertulia en un canal de televisión, observé atónito cómo uno de los todólogos al uso, persona acostumbrada a castigar la lengua castellana, amigo de argumentos vaporosos y siempre servil con los poderosos, aquel día parecía sembrado. No ironizo: realizó lo que a mi entender era una reflexión extremadamente lúcida, seria y puntillosa sobre el delicado panorama que se nos echa encima en virtud del agotamiento de todas las materias primas energéticas que hoy empleamos. Cuando terminó su intervención entendí lo que ocurría: esa reflexión tan sagaz obedecía al propósito expreso de subrayar que sólo había una salida. Fácil es imaginar cuál: la energía nuclear. No creo equivocarme cuando identifico lo ocurrido: este buen señor había comido la víspera con uno de los responsables de prensa de una de las empresas del sector atómico, que le había explicado qué es lo que debía argumentar para justificar la conclusión de que esa modalidad de energía era la única salida solvente.

Creo que a estas alturas conviene que no nos dejemos engañar. Según los datos al uso, en el planeta hay uranio para 35 o 40 años. Quienes quieren convertir la energía nuclear en nuestra tabla de salvación afirman que hay que multiplicar al menos por tres el número de centrales atómicas hoy existente. El cálculo aritmético es sencillo: tendremos uranio para 12 o 13 años. Nadie sabe qué hacer con los residuos generados por las centrales, que son un legado dramático, uno más, para los integrantes de las generaciones venideras. Si la construcción de esas centrales, de los edificios, es muy gravosa en términos de cambio climático, la energía que producen resulta, por otra parte, universalmente cara y reclama casi siempre onerosas subvenciones públicas. Y ello por no hablar de los problemas de seguridad de las centrales, un debate aireado —valga el verbo, conflictivo donde los haya— por el accidente japonés de años atrás. Nuestro amigo el todólogo debería comer menos, leer más y, sobre todo, hablar con otras gentes.

1. SE MARCHÓ DEL PODER CON EL MISMO ABRIGO

Las conductas y los códigos igualitarios no mueren. Tanto que hay quien siente genuina fascinación al certificar —ya me he referido a ello— su pervivencia tras siglos de capitalismo, de Estado y de patriarcado. Para ilustrar esa pervivencia no voy a viajar, por una vez, al Sur del planeta. Lo voy a hacer a ese singularísimo espacio que es la Europa central y oriental.

A finales de la década de 1990, y con ocasión de un viaje a Moscú, una amiga rusa que residía en Madrid me pidió que le llevase a su madre un paquete con ropa y con víveres. Me personé en la casa de esta buena señora, situada en un barrio modesto de las afueras de la ciudad. Y pronto me percaté de que la madre de mi amiga tenía motivos no menores para rechazar el orden soviético de antaño. Bastará con señalar que sus familiares habían padecido en sus carnes los efectos de la crudelísima represión desplegada en los años de Stalin.

En un momento determinado pregunté a e sta señora qué pensaba de los dirigentes que en aquel momento, o poco antes, se hallaban en el poder en la Europa central y oriental. Inició una larga respuesta en virtud de la cual fue demonizando, uno tras otro, a esos dirigentes. Se refirió con tono poco amistoso a Gorbachov, quien a su entender había llegado muy modesto al Kremlin para hacerse vestir enseguida por sastres de relumbrón y disfrutar en paralelo de dos formidables mansiones. De Yeltsin dijo algo parecido, con el agregado inevitable de algún comentario sombrío sobre la afición al alcohol que arrastraba el primer presidente de la Rusia independiente. Tras criticar agriamente a otros responsables políticos, se detuvo y me dijo: “De toda esta gente, sólo hay uno que me merece confianza”. “¿Y quién es?”, pregunté. “Tadeusz Mazowiecki, el ex primer ministro polaco. Llegó al poder con un abrigo y se marchó del poder con ese mismo abrigo”, respondió.

Me parece llamativo que alguien a quien se hubiera situado lejos de una cosmovisión igualitaria, cuando llegaba el momento de juzgar a quienes dirigían su país y otros del entorno, no dudase en emplear, con orgullo, esa cosmovisión. Habrá quien se sienta tentado de afirmar que ese poso igualitario, de rechazo del lucro y del enriquecimiento privado, no era sino

un legado de la etapa soviética. Lo dudo. Si, por un lado, los sistemas de tipo soviético fueron cualquier cosa menos igualitarios, por el otro, antes de su irrupción ya existía, claramente inserto en el imaginario colectivo, ese código igualitario. Basta con echar una ojeada, por cierto, a lo que defendían los naródniki , los populistas, rusos del siglo XIX. Y a lo que postula, en un mar de contradicciones, la propia Iglesia ortodoxa autocéfala.

1. EL NOSOTROS, O NOSOTRAS, DE MARCOS

No sé cuál es la palabra que más se usa en castellano. Cuando hablamos, y en principio de frase, intuyo que es yo. Aunque alguien aducirá, respetablemente, que es lógico, prefiero ver las montañas y los mares desde otro lugar y sugerir que el yo arrincona infelizmente al nosotros , o al nosotras , y que retrata en muchas de sus manifestaciones los tributos de sociedades lastradas por un lamentable individualismo. Da qué pensar al respecto este texto del subcomandante Marcos [69] .

“Según nuestra tradición cultural, el mundo fue creado por varios dioses. Unos dioses muy bailadores, muy reventadores —también decimos—, que no lo hicieron cabal. Dejaron cosas pendientes, o cosas que se hicieron mal. Una de ellas fue que no hicieron a los hombres y mujeres cabales, todos, es decir, de buen corazón. Sino que se les salió por ahí algún gobernador, o algún presidente del país que salió con el alma mala y con el corazón chueco. Cuando se dieron cuenta los dioses de esta injusticia, de que había hombres y mujeres que estaban viviendo a costa de los demás, quisieron ayudar algo a los hombres y mujeres de maíz. A los pueblos indios de este país. Y para ayudarlos les quitaron una palabra: les quitaron el yo . En los pueblos indígenas, en los de raíces mayas y en muchos pueblos de este país, la palabra yo no existe. En su lugar se usa el nosotros . En nuestras lenguas mayas es el tic . Esa terminación de tic , que menciona al colectivo o a la colectividad, se repite una y otra vez. Y no aparece por ningún lado el yo . ‘Nosotros no tememos seguir luchando’, decimos nosotros. Nunca hablamos en singular. El tic , que se repite una y otra vez en nuestras lenguas, viene a ser como el tic-tac de ese reloj que nosotros queremos llevar, para ser parte de este país, sin ser una vergüenza para él, una afrenta o un motivo de burla o de limosna”.

1. BARRER LA CASA PROPIA

“He observado —dijo el señor K.— que muchas personas se horrorizan de nuestra doctrina porque a todo sabemos darle respuesta. ¿No podríamos añadir a nuestra propaganda una lista con las cuestiones que consideramos irresueltas?”. Lo escribió, con buen sentido, Bertold Brecht en sus Geschichten vom Herrn Keuner (Historias del señor Keuner) [70] .

Responderá alguien, sagaz, que la lista reclamada sería tan larga que acabaría por hacer un daño irreparable a la propaganda consiguiente… Aunque, y en sentido contrario, parece un buen principio lo de reconocer nuestras limitaciones, y ello tanto a la hora de formular preguntas como a la de responderlas. Un buen principio que aconseja, por añadidura, acatar de corazón que no conviene presumir de nada. Cierto es que, antes, habrá que empezar por discutir qué es eso de una doctrina y si es saludable disfrutar de una, o, al menos, dejarse absorber por ella. Tanto más si la doctrina de la que hablamos, como sucede muy a menudo, se antoja impuesta o importada.

También habrá quien sugiera que en muchos terrenos lo mejor que tenemos son, sin paradoja, nuestros defectos y nuestras carencias. Y que tal vez por eso no es saludable, por un lado, despreciar a nadie y es aconsejable, por el otro, barrer primero la casa propia. Por higiene.

EPÍLOGO

PRECAPITALISTAS, ANTICAPITALISTAS

Va a permitir el lector que, de forma muy somera, intente aportar alguna luz sobre lo que entiendo que está por detrás de muchas de las historias que se recogen en esta obra. Lo voy a hacer de la mano de dos categorías que, desde el principio, tengo que asumir son lo suficientemente nebulosas como para que en ellas quepa lo que cada cual estime, caprichosamente, conveniente y de ellas desaparezca lo que, no menos caprichosamente, no nos interese.

La primera de esas categorías, la que en los hechos se va a llevar aquí el grueso de mi atención, nos habla del mundo, de las sociedades y de las culturas precapitalistas . Conviene dejar sentado desde ya que la categoría en cuestión acarrea problemas no precisamente menores. Me limitaré a señalar que, por lo pronto, parece responder a una visión que coloca el capitalismo en el centro de la historia y dibuja al respecto sociedades precapitalistas y, tal vez, también, sociedades poscapitalistas. No sólo eso: parece entender, frente a todas las evidencias, que bajo el paraguas de un único término pueden acogerse realidades que han sido, y son, extremadamente diferentes. Para que nada falte, en fin, hay que aparcar ingenuidades y recordar que, existiendo elementos innegablemente venturosos en las sociedades que me ocupan, muchas veces se han visto acompañados por otros que no lo son tanto.

Por lo que respecta a la segunda de las categorías, la del anticapitalismo , arrastra también sus dobleces, que en buena medida remiten a los problemas de consideración de en qué grado una u otra propuesta o realidad merece ser tildada de eso, de anticapitalista. Bastará con que recuerde que si la socialdemocracia de hace un siglo planteaba horizontes que legítimamente se ajustaban a ese adjetivo, parece imposible afirmar lo mismo de la realmente existente en nuestros días. Buena parte de la izquierda —ya sé que el vocablo es problemático donde los haya— que vive en las instituciones se antoja, por otra parte, más antineoliberal que propiamente anticapitalista. ¿Qué hacer, en suma, con los sistemas de tipo soviético, que a menudo han sido descritos como formas de capitalismo burocrático de Estado?

Aun con carencias como las mencionadas, y con otras que podrían proponerse, creo que a efectos de clarificación no está de más mantener en este texto las dos categorías que he invocado. En los últimos tiempos, con relativa frecuencia, y por plasmarlas en un ejemplo, me he permitido sugerir —lo hago en uno de los textos recogidos en esta obra— que buena parte del hechizo que sigue produciendo el movimiento anarquista que existió en España antes de 1939 se debe a que en él se hizo valer, de forma manifiestamente espontánea, una feliz combinación de elementos precapitalistas y anticapitalistas. Los primeros habrían hundido sus raíces en el hecho de que el grueso de la militancia de ese movimiento procedía del mundo rural, o lo aportaban personas que eran descendientes de gentes originarias de ese mundo, de tal suerte que en su cabeza y en su conducta se habían conservado vivencialmente muchos elementos de organización colectiva y apoyo mutuo. A ello se agregó el ascendiente, poderoso, de una ideología, el anarquismo, que había visto la luz en la Europa del siglo XIX y que contribuyó en buena medida, de la mano de un ejercicio de influencia recíproca, a fortalecer el peso de los elementos mencionados. Me parece que es lícito apreciar un fenómeno de hibridación semejante en iniciativas como las que, y son ejemplos entre muchos, han germinado en los últimos tiempos en Chiapas y en Rojava.

Las cosas como fueren, creo yo que hay que subrayar que la pulsión precapitalista tiene una dimensión más vivencial y material que la que corresponde a la anticapitalista, en la que el peso de la ideología es sin duda mayor. “La oralidad del campesino no se encuentra en lo que dice, sino en lo que hace”, afirma con criterio Raúl Iturra [71] . Y creo también que el designio de buscar en el futuro una combinación de esas dos pulsiones puede ser una guía muy sugerente que nos permita movernos por el proceloso mar que pueblan revoluciones y emancipaciones. Me parece, en suma, y al cabo a esto iba, que en muchas de las historias que se recogen en este libro es relativamente sencillo identificar, unas veces, la huella de una pulsión precapitalista —su fortaleza es mayor en el mundo campesino y en los países del Sur— y, otras, el peso de una propuesta anticapitalista.

Obligado estoy, de cualquier modo, a bucear en la condición del universo precapitalista, que es a la postre el que me interesa en estas líneas. E. P. Thompson echó mano con frecuencia en sus escritos del concepto de economía moral para referirse a un conjunto de realidades que, acaso en virtud de la ausencia de nacionalismos y de ortodoxias religiosas homogeneizadoras, se tradujeron, y se traducen, en una enorme diversidad de prácticas [72] . Éstas emergieron al amparo de normas que no necesariamente eran acordes con las dictadas por las autoridades políticas o religiosas del momento [73] . En esencia, la economía moral pretendía, y pretende, proteger a la comunidad frente al riesgo y se manifestaba a menudo a través de resistencias ante las innovaciones técnicas —recordemos el relieve correspondiente al luddismo— y ante las racionalizaciones propias del mercado [74] . Paul Greenough ha definido la economía moral como “un conjunto de relaciones de cambio entre grupos sociales, y entre personas, en virtud de las cuales el bienestar y el mérito de las partes que intercambian tienen prelación con respecto a otras consideraciones como las relativas al beneficio de unos u otros” [75] . Muchos de los trabajos de Thompson identifican en la Inglaterra del siglo XVIII, y en

particular en la del XIX, una confrontación entre el mercado que iba asomando la cabeza y la economía moral de la plebe, que resistía, pese a todo, frente a las intrusiones de la burguesía y del clero [76] .

Las resistencias que me ocupan se materializaban ante todo en una forma de entender el trabajo que atribuía a éste un carácter colectivo y contribuía a desdibujar la separación entre aquél y la vida; en los hechos, uno y otra se entremezclaban [77] . No se trabajaba, por lo demás, para el mercado, en un escenario en el que la autosubsistencia era la norma general. De por medio se revelaban con claridad la lógica de la solidaridad, por un lado, y algunas formas de organización de carácter democrático y asambleario, mal que bien equivalentes a los concejos que existían, y existen, entre nosotras, por el otro. Se barruntaba también el concurso de redes que, aparte las propias de la familia, permitían sostener un esfuerzo colectivo y solidario [78] . No está de más que agregue, en fin, que en la organización social correspondiente, y en las revueltas consiguientes, las mujeres tenían una activa presencia [79] que se diluyó en la nada al amparo de una economía de mercado de ficticias pretensiones universalistas y liberadoras [80] . Las resistencias de las que hablo asumían en ocasiones la forma de la ironía, de la ridiculización y de pequeños actos de disensión con respecto a los poderosos [81] como los acaso retratados en algunas de las historias recogidas en este libro.

Cierto es que no era oro todo lo que relucía al calor de esa economía moral. Será suficiente con recordar al efecto que, al menos en lo que hace a la Europa occidental, la economía moral se desarrolló en un escenario marcado, en un grado u otro, por los intereses de nobles, de señores, de propietarios y de clérigos, que pujaron por mantener buena parte de los rasgos propios de sociedades en las cuales la desigualdad pervivía con claridad. Aunque es verdad que el d eseo de propiciar cierta seguridad y de posibilitar un mínimo de ingresos y de tierras disfrutadas [82] consumía en algún grado códigos igualitarios, y lo es también que las clases pudientes estaban dispuestas a renunciar a una parte de sus beneficios con tal de evitar desórdenes y revueltas [83] , pervivieron con toda evidencia mecanismos represivos al servicio de los poderosos.

A tono con la sugerencia de interpretación que he planteado en lo que hace a la condición del anarquismo español anterior a 1939, Michael Löwy ha puesto empeño en subrayar, con todo, que existían vínculos importantes entre el mundo de la economía moral precapitalista y el característico de la cultura obrera que se abrió camino en el siglo XIX [84] . Cita Löwy al respecto a Richard Hoggart, quien ha señalado que muchas de las raíces de la cultura obrera son de hecho campesinas. La cultura obrera ha bebido en buena medida de los valores de la comunidad local y familiar, y de los lazos afectivos, frente a lo que ocurre con la modernidad, que remite siempre a una sociedad lastrada por el comercio, la competencia, el egoísmo y la corrupción [85] . Lo anterior no obliga a rechazar, sin embargo, la aseveración de Peter Laslett que sugiere que la irrupción del mundo moderno acabó con otro mundo “en el que la vida entera se desenvolvía en la familia, dentro de un círculo de rostros familiares y amados, de objetos conocidos y acariciados, todos a la altura del hombre” [86] . Me permitiré añadir que, aunque a los ojos de Marx y Engels no tenía sentido imaginar una tradición persistente de fenómenos que, procedentes del pasado, fundamentasen, sin

embargo, las luchas del presente, para Raymond Williams los valores precapitalistas deben desempeñar, antes bien, un papel central en el proceso emancipador [87] . Acaso, y en lo que a Marx respecta, conviene adelantar, con todo, una cautela: en sus últimos años, tan luminosos como olvidados, cambió de opinión, venturosamente, sobre materias como éstas y lo hizo en un grado u otro en la estela de lo sugerido por Williams.

Verdad es, de cualquier modo, que la afirmación de Williams resulta más comprensible si la volcamos en los países del Sur, en los que por muchos conceptos cabe sostener que la economía moral se ha revelado con mucha fuerza en el pasado —ahí están, para testimoniarlo, las muy numerosas comunidades indígenas que han desplegado prácticas de corte libertario o libertarizante— y pervive en el presente. Serge Latouche sugiere que la economía informal existente en muchos países del Sur refleja la dicotomía entre la aeconomía , que remite a una gestión inteligente en el plano doméstico, y la crematística , que procura la acumulación ilimitada. Apostilla el propio Latouche que Ivan Illich empleaba el término aeconomía vernácula para designar las prácticas populares de supervivencia, que hablando en propiedad no configuraban un tercer sector sino un universo extrasectorial [88] . El propio Latouche se refiere a la existencia en los países del Sur, junto a los polos capitalista y público , de un polo relacional , organizado en torno a valores humanos y sobre la base de relaciones que se articulan conforme al vínculo social y a formas de propiedad comunitarias. Obligado resulta reconocer, eso sí, que categorías como las reseñadas tienen significados diferentes, o muestran bases distintas, en África, en Asia y en América. La sociabilidad primaria parece mayor en el primero de esos continentes, donde perviven el sistema de clanes y la solidaridad familiar, por un lado, y donde, por el otro, la penetración de la modernidad occidental es menor [89] . Es cierto, aun así, que acabo de utilizar tres conceptos, los referidos a tres continentes , que esconden que por detrás de cada uno de ellos despuntan realidades muy diferentes. A buen seguro que no es la misma la propia de las comunidades indígenas del altiplano boliviano que la que se hace valer en Lima o en Iquique, de la misma suerte que no es la misma la característica de los montañeses del sudeste asiático que la que se revela en Saigón o en Bangkok.

Me permito extraer tres sucintas conclusiones relativas a lo que me ha interesado en este epílogo. La primera invita a rechazar la idea, tan cara a Hobsbawm y a tantos historiadores de matriz marxiana, de que el campesinado y el artesanado son inevitables víctimas que se mueven contra la corriente de la historia [90] . Esa corriente ha producido vástagos tan deleznables que aconseja moverse con prudencia, a la hora de establecer normas de relieve universal, en un terreno tan cenagoso . Y que, si bien obliga a reconocer al campesinado, y acaso al artesanado, la condición de víctima, recela de la conveniencia de acatar de forma sumisa que la historia inequívocamente tenía —tiene— que llevárselos. La segunda viene a señalar que, si los valores y las prácticas propios de la economía moral precapitalista disfrutan hoy de una presencia muy reducida en el Norte rico y urbano del planeta, no puede decirse lo mismo, en cambio, del Sur pobre y, a menudo, campesino. La tercera, en fin, sugiere, al calor de una te sis que ha hecho suya el varias veces citado Thompson, que aunque no tiene sentido imaginar un regreso al escenario precapitalista —no sé, aun as í, si un

imaginable colapso general no obligará a recelar de esa conclusión—, ese escenario bien puede aportar horizontes alternativos para nuestras magras posibilidades de acción [91] . A eso es a lo que aspiran algunas de las historias que he procurado llevar a la cabeza de quienes han leído estas páginas.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

(Los números incluidos en este índice remiten a los que encabezan los 101 textos que constituyen el núcleo de este libro)

alimentos 35, 51, 75

anarquismo 34, 44, 64, 70

animales, derechos de los 21, 34, 41, 55, 65, 75

apoyo mutuo 9, 21, 34, 37, 39, 64, 78

arquitectura, 34, 70

austeridad 17, 35, 89, 99

autocontención 1, 2, 25, 60, 65, 66, 76, 78

automóvil 24, 29, 32, 57, 94

autosuficiencia 4, 9, 79, 86

ayuda al desarrollo 19

bicicleta 29, 94

biodiversidad 42

caducidad 18, 24

campesinos 38

capitalismo/anticapitalismo 2, 4, 26, 37, 44, 48, 64, 76, 93, 96

ciudades 5, 6, 39

colapso 6, 26, 28, 47, 83

conocimiento 14, 40, 63, 73, 77, 85, 95, 96, 98, 101

consumo 2, 24, 37, 54, 60, 93

crisis 83

decrecimiento 5, 6, 19, 27, 33, 45, 57, 70, 87, 89

descolonización 11, 67, 82

descomplejización 27, 94

deslocalización 8
desmercantilización 4, 7, 8, 11, 59, 61, 68, 69
deuda 8, 80
dinero 61, 62, 66
ecología 20, 30, 91
educación 51, 59
emprendedores 72
empresarios 46, 48
energía 33, 95, 98
Estado/poder 27, 52, 70. 79, 85, 91, 99
etnocentrismo 83
explotación 10, 13, 20, 44, 48, 63
felicidad 2, 39, 44, 49, 54, 86, 87, 88, 89, 90
generaciones 25, 35, 63, 89, 92
globalización 20
igualdad 99
inacción 70
indicadores económicos 49, 93
indígenas, comunidades 1, 4, 65, 66, 90
individualismo 78, 100
inmigrantes 38
lectura 43
lentitud 51, 54
medios 13
memoria 2, 57, 58, 71, 85, 94, 97
muerte 12, 53
mujeres 2, 22, 37, 50, 74, 93
organismos financieros 9, 20, 53, 63, 68, 80

pobreza 22, 83, 84

precapitalistas, sociedades 1, 10, 11, 39, 64, 78, 97

progreso 37

proletariado 77

propiedad privada 52, 60

público 52, 57, 99

realismo 23

resiliencia 39

ricos 13, 49, 62

rural, mundo 1, 6, 9, 11, 38, 40, 42, 64

seguridad 36, 60

servidumbre voluntaria 27, 44

sustentabilidad 92

tecnología 2, 6, 12, 41, 46, 71, 73, 80

tiempo 15, 16, 41, 90

tierra 65, 66, 74

transporte, medios de 29, 32, 57, 94, 97

trabajo 4, 8, 10, 29, 37, 41, 43, 44, 56, 64, 65, 72, 88, 93

transgénicos 42

transnacionales 8

turismo 25

vida social 50, 54, 60, 62, 72, 87

NOTAS

1 . José Saramago, Último caderno de Lanzarote (Porto, Lisboa, 2018), pág. 184.

2 . Cit. en Luis Aguirre Prado, Antología de anécdotas (Labor, Barcelona, 1967), pág. XV.

3 . Anónimo, cit. en Roberto Petrini, Proceso a los economistas (Alianza, Madrid, 2010), pág. 12.

4 . Vladímir Arséniev, Dersu Uzala (DeBolsillo, Barcelona, 2019), pág. 31.

5 . John Zerzan, El crepúsculo de las máquinas (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016), págs. 35-36.

6 . http://omal.info/spip.php?article8625

7 . AA VV, Los papalagi (RBA, Barcelona, 2019), pág. 32.

8 . Nigel Barley, El antropólogo inocente (Anagrama, Barcelona 1998), pág. 79.

9 . Fernando Esteve, “Hombres (poco) económicos”, El País (20 de septiembre de 2013).

10 . http://labatidoradegustos.blogspot.com.es/search?q=t%C3%ADo+Arsenio

11 . Pierre Rabhi, Vers la sobriété heureuse (Actes Sud, Arlés, 2010), págs. 65-67.

12 . Cit. en Pierre Pradervand, Vivre le temps autrement (Jouvence, Saint-Julien-en-Genevois, 2004), pág. 21.

13 . Serge Latouche, Bon pour la casse. Les déraisons de l’obsolescence programmée (Les Liens qui Libèrent, s. l., 2012), pág. 84.

14 . Serge Latouche, La otra África. Autogestión y apaño frente al mercado global (Oozebap, Barcelona, 2007).

15 . Vand ana Shiva, “El mundo en el límite”, en Anthony Giddens y Will Hutton (dirs.), En el límite. La vida en el capitalismo global (Tusquets, Barcelona, 2001), págs. 164-165.

16 . Óscar Horta, Un paso adelante en defensa de los animales (Plaza y Valdés, Madrid, 2017), pág. 52.

17 . http://omal.info/spip.php?article8662

18 . Colectivo Econoplastas, Cuentos chinos de la economía (Los Econoplastas/ Ediciones Lentas, Guadalajara, 2012), págs. 60-61.

19 . Mark Lynas, Seis graus. O nosso futuro num planeta em aquecimento (Civilização, Oporto, 2007), pág. 231.

20 . Stephen Emmott, Ten Billion (Penguin, Londres, 2013), pág. 191.

21 . https://tecoloteloco.wordpress.com/2011/07/25/reflexiones-de-anthony-

de-mello-diogenes/

22 . John Michael Greer, Collapse Now and Avoid the Rush (Founders House, s. l., 2015).

23 . Véase Albert Jacquard, L'équation du nénuphar (Calmann-Lévy, París, 1998).

24 . Eduardo Galeano, Espejos (Siglo XXI, Madrid, 2010), pág. 331.

25 . Galeano, El cazador de historias (Siglo XXI, Madrid, 2016), pág. 94.

26 . Piotr Kropotkin, El apoyo mutuo (Pepitas de Calabaza, Logroño, 2016).

27 . https://vientosur.info/documentos/DE%20TRAMAS%20PIRAMIDALES%20 A%20COMPL.pdf

28 . https://blogfundacion.arquia.es/2017/12/resiliencia/

29 . https://parapensarenti.blogspot.com/2010/07/parabola-sobre-la-vida-moderna. html

30 . Gustavo Duch, Sin lavarse las manos (Play Attitude, Barcelona, 2011).

31 . https://andaresdelviento.blogspot.com/2018/05/morir-un-poco-anarquistas-de-temuco.html

32 . Clive Hamilton, El fetiche del crecimiento (Laetoli, Pamplona, 2006).

33 . Cit. en Antonio Elizalde, "Las adicciones civilizatorias: consumo y energía. ¿Caminos hacia la felicidad?", en "¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?", monográfico de Papeles de relaciones ecosociales y cambio global (nº 102, 2008), pág. 75.

34 . http://omal.info/spip.php?article8730

35 . https://planetacuentos.wordpress.com/2008/09/27/el-mono-que-salvo-al-pez/

36 . Gustavo Duch, "Avalancha de paz (y otros textos)", suplemento del Cuaderno nº 215 de CJ (septiembre de 2019).

37 . Aparece recogido en http://www.wesak.net

38 . Matt Haig, "Reasons to Stay Alive", en https://www.goodreads.com/work/quotes/42923140-reasons-to-stay-alive

39 . Salvador Cotelo/Teresa Tristán, Veganismo: de la teoría a la acción (ochodoscuatro, Madrid, 2018), págs. 90-91.

40 . Horta, op. cit. , pág. 191.

41 . John Berger, Puerca tierra (Punto de Lectura, Madrid, 2001), pág. 27.

42 . https://grupodeestudiosgomezrojas.files.wordpress.com/2012/10/las*aventuras*de_nono.pdf

43 . https://rafaelbarrett.blogspot.com/2009/06/gallinas-de-rafael-barrett.html

44 . César Aira, “Cecil Taylor”, en Juan Forn, Buenos Aires. Una antología de narrativa argentina (Anagrama, Barcelona, 1999), págs. 141-142.

45 . Norbert S. Hill (dir.), Voices of Indian America (Fulcrium, Golden, 1994), págs. 27-28.

46 . Cit. en Julio García Camarero, El crecimiento mesurado y transitorio en el Sur (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013), pág. 31.

47 . Eduardo Galeano, El cazador …, op. cit ., pág. 51.

48 . Hill (dir.), op.cit. , pág. 23.

49 . Hannah Arendt, Eichmann en Jerusalén (DeBolsillo, Barcelona, 2017).

50 . Esteve, op. cit.

51 . http://omal.info/spip.php?article8788

52 . http://omal.info/spip.php?article8745

53 . Horta, op.cit. , págs. 103-104.

54 . Horta, op.cit. , pág. 158.

55 . http://www.decrecimiento.info/2018/12/la-tinaja-magica-de-wang.html

56 . https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/es79_0.pdf

57 . Berger, op. cit. , págs. 148-149.

58 . David Anisi, Cuentos económicos (Universidad de Salamanca, Salamanca, 2005), págs. 55-60.

59 . Eduardo Galeano, Patas arriba (Siglo XXI, Madrid, 2011), pág. 43.

60 . Galeano, El cazador… , op. cit. , pág. 239.

61 . James C. Scott, Against the Grain. A Deep History of the Earliest States (Yale University, New Haven, 2017), pág. 219.

62 . Eduardo Galeano, Patas arriba… , pág. 265.

63 . https://memoriasyminutos.wordpress.com/2009/09/02/preguntas-de-un-obrero-que-lee-bertolt-brecht/

64 . Cit. en Serge Latouche, Le pari de la décroissance (Fayard, París, 2006), pág. 98.

65 . F. Terris, “I sistemi di scambio locale (SEL)”, en Mauro Bonaiuti (dir.), Obiettivo decrescita (Missionaria Italiana, Bolonia, 2003), pág. 182.

66 . Cit. en Julio García Camarero, El crecimiento mata y genera crisis terminal (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009), págs. 194-195.

67 . Bertrand Méheust, La politique de l’oxymore (La Découverte, París, 2009), pág. 85.

68 . https://gustavoduch.wordpress.com/2019/05/08/el-referendum-fabula/

69 . https://www.javerianacali.edu.co/sites/ujc/files/node/field-documents/field*document*file/cuentosdelsubcomandantemarcos.pdf

70 . Bertold Brecht, Historias del señor Keuner (Barral, Barcelona, 1973), pág. 24.

71 . Cit. en Emilio Barco, Donde viven los caracoles (Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018), pág. 73.

72 . E. P. Thompson, Customs in Common (Penguin, Londres, 1993), págs. 6 y 199.

73 . Ibidem , pág. 8.

74 . Ibidem , pág. 341.

75 . Cit. en ibidem , pág. 344.

76 . Ibidem , pág. 10.

77 . Ibidem , pág. 358.

78 . James C. Scott, The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia (Yale University, New Haven, 1976), pág. 27.

79 . Thompson, op. cit ., págs. 233 y ss.

80 . Ibidem , pág. 319.

81 . Ibidem , pág. 342.

82 . Scott, op. cit ., págs. 5-6.

83 . Ibidem , pág. 7.

84 . Michael Löwy, Utopias (Ler Devagar, Lisboa, 2016).

85 . Ibidem , pág. 79.

86 . Cit. en ibidem , pág. 80.

87 . Ibidem , pág. 103.

88 . Serge Latouche, La otra África. Autogestión y apaño frente al mercado global (Oozebap, Barcelona, 2007), pág. 26.

89 . Ibidem , pág. 31.

90 . Scott, op. cit. , pág. 3.

91 . Thompson, op.cit. , pág. 15.

Índice

PRÓLOGO

LAS HISTORIAS

1. SAL, ARROZ Y CERILLAS
2. LAS CHOZAS DE LAS MUJERES
3. MULTIPLICAR LOS OBJETOS
4. TRABAJAR PARA VIVIR, NO PARA COMERCIAR
5. MERCADILLO ENTRE LAS RUINAS
6. UNA RERRURALIZACIÓN CONFLICTIVA
7. EL PRECIO DE UNA ESTANCIA
8. LA LECHE DEL TÍO ARSENIO
9. UNA ALDEA LAOSIANA
10. LA PARÁBOLA DEL PESCADOR MEXICANO
11. QUEJAS ANTE LA PARÁBOLA DEL PESCADOR
12. CÓMO MORIMOS
13. EL JET PRIVADO DE RAFA NADAL
14. LOS ENTRESIJOS DE LA COMUNICACIÓN EMPRESARIAL
15. AHORRAR TIEMPO, ¿PARA QUÉ?
16. VIVIMOS CADA VEZ MENOS
17. POR LA AUSTERIDAD
18. CADUCIDAD PROGRAMADA
19. LATOUCHE SOBRE ÁFRICA
20. SUMMERS Y LA CONTAMINACIÓN EN LOS PAÍSES POBRES
21. RATAS Y APOYO MUTUO
22. EL 70 POR CIENTO DE LOS POBRES SON MUJERES
23. ¿QUIÉN NOS PAGARÁ EL JORNAL EL SÁBADO?
24. CÓMPRELO DE NUEVO

EL PROTOCOLO DE QUIETO
25.
26. PARA PENSAR EL COLAPSO
27. LAS LENTEJAS DE DIÓGENES
28. COLAPSE AHORA Y EVITE AGLOMERACIONES
29. EL TRANSPORTE EN ESTADOS UNIDOS Y EN CHINA
30. LA HISTORIA DEL NENÚFAR
31. LA FARSA DEL AUTOMÓVIL, Y DEL AUTOMÓVIL ECOLÓGICO
32. BONDADES DE LA ALTA VELOCIDAD
33. FELIPE GONZÁLEZ, EL OLVIDADIZO
34. SEMINARIOS Y APOYO MUTUO
35. SOBRIEDAD Y GENERACIONES
36. EL NEGOCIO DE LA SEGURIDAD
37. EL JUICIO FINAL
38. CAMPESINADO
39. MISERIAS DE LA RESILIENCIA
40. CONSULTORES, OVEJAS Y… PERROS
41. DISPARABAN CONTRA LOS RELOJES
42. LOS TRANSGÉNICOS DE LA MUERTE
43. LEER A BAKUNIN EN LA FÁBRICA
44. ANARQUISTAS DE TEMUCO
45. HAMILTON Y LAS PERSONAS COMUNES
46. TECNOLOGÍA Y TRAMPAS
47. BOTES SALVAVIDAS Y CARPE DIEM
48. DOS HELADOS DE DESCANSO
49. LA FELICIDAD A LOS OJOS DE UN NIÑO
50. DEL COSER Y DE LOS LAVADEROS
51. LOS PROFESORES, Y LAS PROFESORAS, DE NUESTRA INFANCIA
52. DOS ANÉCDOTAS ITALIANAS Y UNA CODA CATALANA

EL COMUNICADO DE UNA AGENCIA DE NOTICIAS BRASILEÑA
53.
54. HAY QUE DEPRIMIRSE
55. DELICIAS DE LOS ZOOS
56. CHANZAS SOBRE EL TRABAJO
57. MALDITOS AUTOMÓVILES
58. LA MEMORIA DEL AMIGO DE BERGER
59. NONO Y SUS CUENTAS
60. LAS GALLINAS DE BARRETT
61. UNA LIBRERÍA QUE CONFUNDE VALOR Y PRECIO
62. LOS EMOLUMENTOS DEL MEJOR VIOLINISTA DEL MUNDO
63. LAS TRES FRASES DE 2017
64. LIBERTARIOS ESPAÑOLES
65. INDÍGENAS Y AUTOCONTENCIÓN
66. LA RANA NO BEBE EN EL CHARCO EN QUE VIVE
67. REDACTEMOS NUESTRA PROPIA CONSTITUCIÓN
68. ARENDT Y LOS AFECTADOS POR LA HIPOTECA
69. CONVERSAR ES VIVIR
70. ARQUITECTURA DECRECENTISTA
71. CACHIVACHES PARA ENTRETENERSE
72. LAS PEDÍAN MUCHO
73. EN ALBANIA NO HAY CINES
74. LA MUERTE Y LA VIDA, LA OSCURIDAD Y LA LUZ
75. EL CERDITO DEL SUPERMERCADO
76. WANG, EL CAMPESINO POBRE
77. DE MARX Y ENGELS A CHINA
78. ¡UBUNTU! ¡UBUNTU!
79. UN HOMBRE, UNA CAÑA, UN RÍO…
80. CRÉDITOS Y ORDENADORES

LA VERDAD DE LAS CIENCIAS SOCIALES
81.
82. LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL
83. BANCARROTA ESTABLE EN GAZA
84. EL PRECIO DE LAS PATATAS
85. ¿QUIÉN ESCRIBE LA HISTORIA?
86. QUÉ PENA LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS
87. LA ECONOMÍA DE LA LIBIDO
88. LA FELICIDAD EN EL PALEOLÍTICO
89. LA FRANCIA DE LA DÉCADA DE 1960
90. EL VALOR DEL TIEMPO
91. ECOLOGÍA Y GOBERNANTES
92. UN OXÍMORON: CRECIMIENTO SOSTENIBLE
93. HUELGA DE CUIDADOS
94. LA BICICLETA GANA DE CALLE
95. PREGUNTAS QUE NO DEJAN QUE NOS HAGAMOS
96. UN REFERENDO SINGULARMENTE PERTINENTE
97. SOCIABILIDAD ANTIGUA
98. LA SALVACIÓN NUCLEAR
99. SE MARCHÓ DEL PODER CON EL MISMO ABRIGO
100. EL NOSOTROS, O NOSOTRAS, DE MARCOS
101. BARRER LA CASA PROPIA

PRECAPITALISTAS, ANTICAPITALISTAS

ÍNDICE DE CONTENIDOS

NOTAS